



FILOSOFANDO CON

Los niños

José Ezcurdia

Barcos de Papel
Serie KAPSI



Filosofando con

los niños

Barcos de Papel / serie Kapsis

Filosofando con
los niños

José Ezcurdia



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes



Universidad de Guanajuato



Instituto de
Investigaciones en Educación



EDICIONES LA RANA

ESTE TEXTO SE REDACTÓ GRACIAS AL APOYO DEL FONCA EN SU
PROGRAMA DE FOMENTO A PROYECTOS Y COINVERSIONES CULTURALES.

Diseño de cubiertas e interiores: Tonatiuh Mendoza

De las imágenes:

© Juan Ezcurdia Corona

Del texto:

© José Ezcurdia Corona

De esta edición:

D.R. © Ediciones La Rana

Instituto Estatal de la Cultura

Paseo de la Presa núm. 89-B,

36000 Guanajuato, Gto.

Primera edición, 2008

Primera edición en la serie “Kapsis” de la colección *Barcos de Papel*, 2008

Impreso en México

Printed in Mexico

ISBN 10: 970-724-118-3

ISBN 13: 978-970-724-118-3

Ediciones La Rana hace una atenta invitación a sus lectores para fomentar el respeto por el trabajo intelectual, es por ello que les informa que la Ley de Derechos de Autor no permite la reproducción de las obras artísticas y científicas, ya sea total o parcial –por cualquier medio o procedimiento–, a menos que se tenga la autorización por escrito de los titulares del *copyright* o derechos de explotación de la obra.

Introducción

Filosofando con los niños es la continuación de *La historia de las preguntas ¿por qué?* y de *Juguemos a preguntar*. Este pequeño libro cierra una trilogía de libros de filosofía para niños. Por eso, si no leíste primero *La historia de las preguntas ¿por qué?* y luego *Juguemos a preguntar*, *Filosofando con los niños* se te va a hacer un libro difícil y complicado. Por el contrario, si leíste estos libros, *Filosofando con los niños* te puede resultar sencillo, ameno e interesante.

¿Por qué te va a interesar *Filosofando con los niños* si leíste ya los dos primeros libros de la trilogía? Bueno, pues porque estos libros quieren invitarte no sólo a que conozcas la filosofía de los filósofos de la tradición, sino que tú mismo te conviertas en un filósofo y comiences a filosofar.

La historia de las preguntas ¿por qué? nos ofrece las preguntas que a través de la historia los filósofos se hacían sobre su mundo. *Juguemos a preguntar* nos muestra filósofos que al preguntar, daban lugar a debates y discusiones sobre cómo era el mundo mismo. *Filosofando con los niños* quiere que tú preguntes sobre tu propio mundo y de esa forma hagas filosofía: si no leíste *La historia de las preguntas ¿por qué?* y *Juguemos a preguntar*, te va a costar trabajo entender las preguntas y los debates que te ofrece *Filosofando con los niños*, pues esas preguntas y debates

que vienen en esos libros son los que a veces usan los filósofos y son los que a ti, al preguntar por tu propio mundo, te pueden ayudar a volverte un filósofo de verdad.

La historia de las preguntas ¿por qué?, Jugando a preguntar y Filosofando con los niños son libros que están escritos por alguien que le gusta la filosofía de Sócrates porque ésta, antes que decirnos que el mundo o los hombres son de tal o cual manera, lo que le gusta es preguntar. ¿Por qué preguntar? Pues para que cada quien responda al pensar por cuenta propia y no según lo que les dicen los demás. La trilogía de libros de filosofía para niños que se cierra con *Filosofando con los niños* trata que tú filosofes al conocer tu propio mundo y desde modo, como decía Heráclito o el propio Sócrates, aunque a veces sea difícil y tal vez doloso, puedas conocerte a ti mismo, puedas hablar con tu propio corazón, que es uno de los mejores regalos que te puede dar la filosofía misma, en tanto un ejercicio de conocimiento que tiene una dimensión vital.

I. La vida en la ciudad

1. Pitágoras y la belleza

¿Te acuerdas de Pitágoras? Recuerdas que en La historia de las preguntas ¿por qué? Pitágoras decía que todo está hecho de números, o sea que todas las cosas tienen proporciones y armonía. ¿Recuerdas el perro que se veía feo porque tenía las patas largas largas y el cuerpo chiquitito, pues tenía malos números en su cuerpo? Pitágoras decía que todo está hecho de números, que éstos dan lugar a la armonía y que la armonía es belleza.

Un día un estudioso de la filosofía de Pitágoras que se llamaba Rodolfo caminaba en una ciudad enorme y desorganizada. Había coches por todas partes haciendo ruido y el cielo nunca, o casi nunca, se veía realmente azul. El alumno de Pitágoras se decía a sí mismo:

“El metal de los coches vibra con el plomo del cielo y suena muy feo”.

¿Te acuerdas que para Pitágoras las cosas al moverse vibraban, como las cuerdas de una guitarra, y que al vibrar, hacían música?

El alumno de Pitágoras volvió a decirse a sí mismo:

“Esta ciudad es como un acordeón desafinado que rechina muy feo. El metal de los coches resuena con el cielo

contaminado y quedan pocos árboles que le den vida al paisaje. Esta ciudad no tiene armonía, no es una ciudad bella”.

¿Estás de acuerdo con el alumno de Pitágoras? Te parece que una ciudad grande y contaminada es fea, porque no tiene armonía, porque cosas feas resuenan y riman con cosas feas, como el humo de los coches, el gris del cielo y el asfalto hirviente y negro de las calles? ¿Cómo harías tú para construir una ciudad bella? ¿Pondrías a resonar, como las cuerdas de una guitarra, las casas con los parques, las fuentes con los jardines donde juegan muchos niños?

¿En qué instrumento te gustaría que se convirtiera la ciudad? ¿En un piano? ¿En una guitarra? ¿En una flauta que toca una dulce melodía?

Justo en las escaleras de una estación de metro, Rodolfo encontró una viejecilla que vendía flores. Estaba sentada en el suelo, con un trapo delante de sí, vendiendo pequeños ramos de colores y aromas. Aunque estaba arrugada, el alumno de Pitágoras descubrió en sus ojos un resplandor profundo y sereno.

Rodolfo, en ese instante, experimentó súbitamente un deseo intenso de comprarle flores. Cuando estuvo frente a ella, tuvo la sensación de que la viejecita lo esperaba. Entonces le dijo:

–Señora, es extraño, pero tengo la sensación de que usted me esperaba.

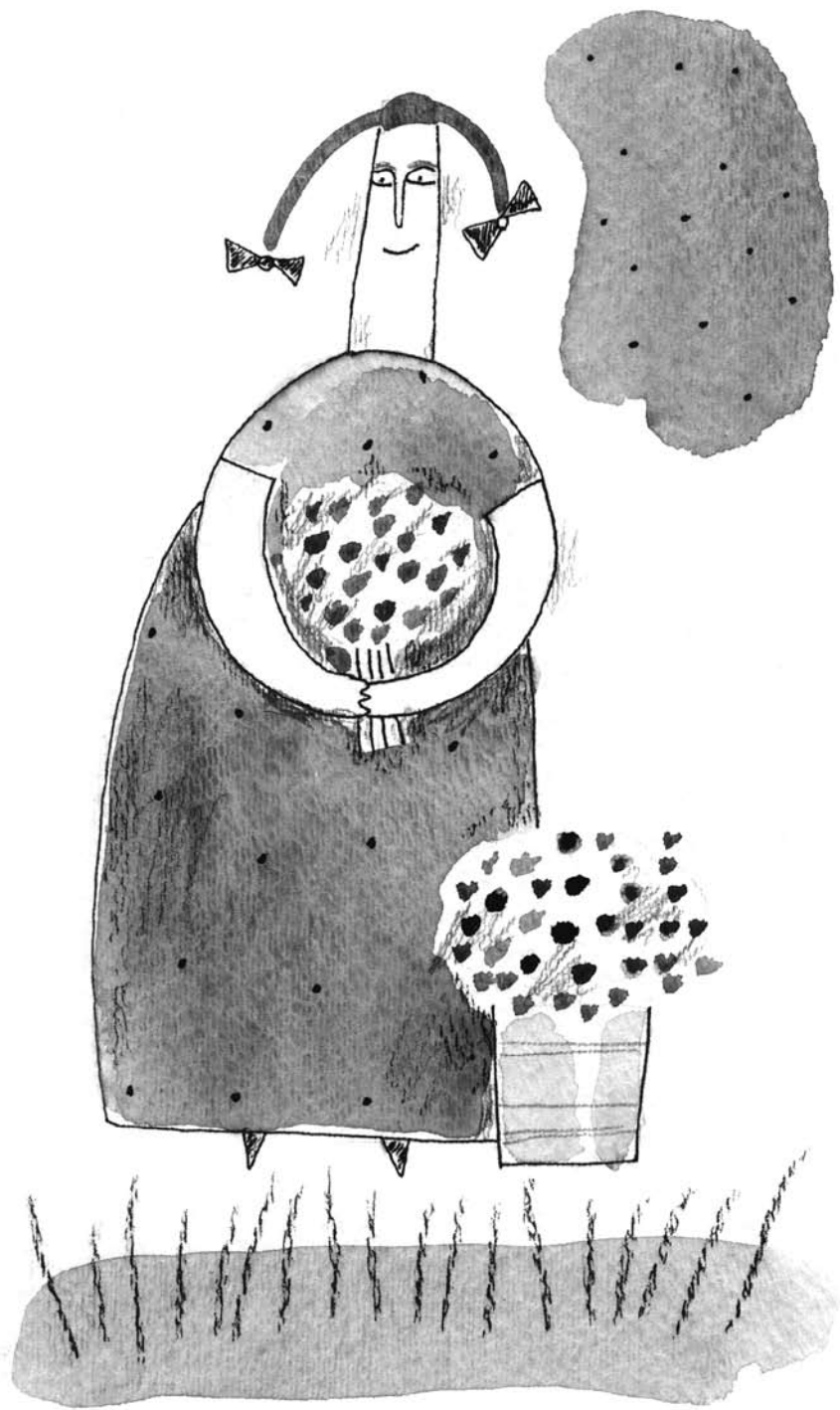
–No yo, sino las flores– le respondió la viejecita.

–¿Las flores?– respondió sorprendido el alumno de Pitágoras –¿por qué las flores?

–Pues porque las flores tienen colores hermosos, colores que bailan. Y como la música y la danza, tienen armonía. Las flores y sus colores que bailan son bellas y usted es un amante de la belleza– le dijo dulcemente la viejecilla.

El alumno de Pitágoras, con expresión de sorpresa, exclamó:

–¿Amante de la belleza?



–Claro– le respondió la viejecilla –hay personas a las que la belleza las llama. Como mis flores que son bellas y lo llamaron a usted sin que se diera cuenta.

–¿Las flores me llamaron sin que me diera cuenta?– preguntó con asombro Rodolfo.

–La belleza llama a las personas cuando tienen un buen corazón– le dijo la anciana.

¿Estás de acuerdo con la viejecita? ¿Piensas que las flores, porque son bellas, pueden llamar a una persona? ¿Has sentido el llamado de la belleza? ¿Crees que la belleza puede llamar a alguien?

En *La historia de las preguntas ¿por qué?* Platón decía que las personas estamos incompletos, que siempre vamos de aquí para allá, buscando lo que nos falta y que gracias al amor, lo podemos encontrar. El amor para Platón, según recordarás, nos permite encontrar lo que nos falta, nuestra mitad perdida, nuestra media naranja.

Y bueno, Platón, después de todo, estuvo en la escuela de Pitágoras, quien decía que los hombres aman la belleza, como Rodolfo, que se enamoró de las flores, pues la belleza es nuestra mitad perdida, aquello que nos hace sentirnos fuertes y completos.

¿Tú te has enamorado de algo bello, de algo que tiene armonía? Por ejemplo, cuando armas un castillo de juguete que tiene muchas torres y banderas, o vistes a tu muñeca con vestidos de colores delicados, ¿no procuras que queden lindos y que a las personas les parezcan bellos? ¿No crees que tus juguetes te llaman a jugar porque tienen armonía y belleza?

La viejecita le preguntó al estudioso de Pitágoras qué flores quería. Éste no sabía qué pensar. Seguía asombrado de que ella le hubiera dicho que era amante de la belleza. Le pagó por un pequeño ramo de rosas. Se miraron por un instante a los ojos, con dulzura y cortesía.

Inmediatamente después Rodolfo subió las escaleras del metro que estaban atestadas de gente, que regresaba de sus trabajos. Mucha gente entraba y salía de la estación de metro. Todos tenían cara cansada y nadie hablaba con nadie. En la calle, grandes camiones y autobuses hacían mucho ruido y ningún árbol le regalaba su frescura a la noche. Sólo casas grises bajo un cielo opaco se extendían en la gran ciudad.

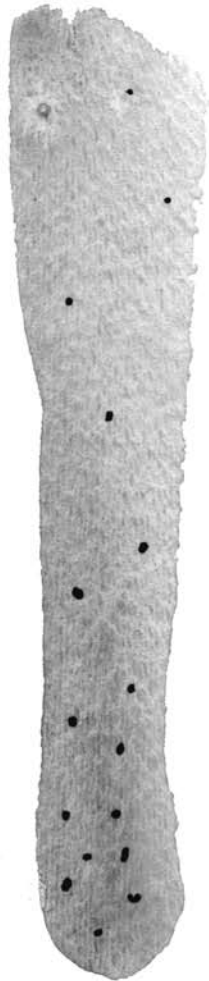
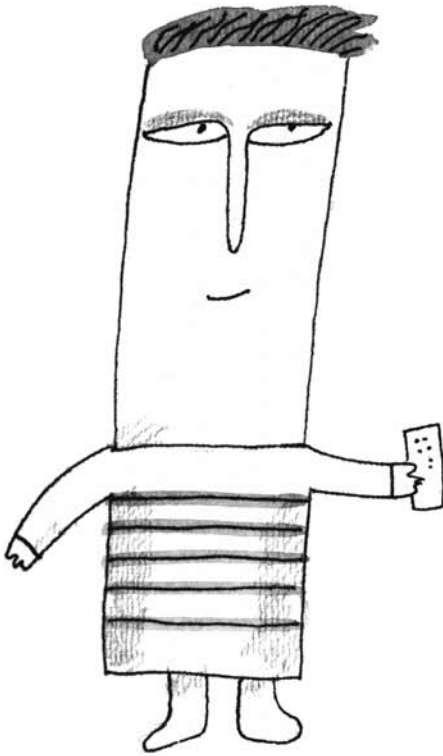
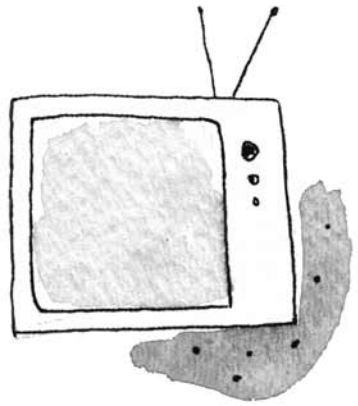
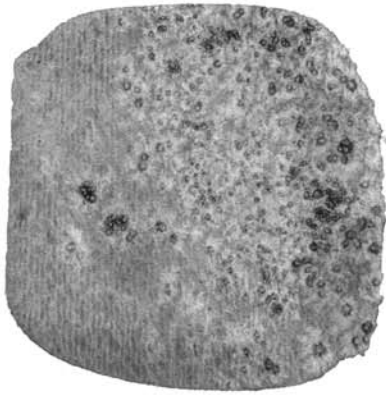
“¡Esta ciudad es fea!” Se dijo el alumno de Pitágoras. “¿Me podré enamorar de ella?”

Los coches seguían rugiendo.

¿Tú te has hecho la misma pregunta que el alumno de Pitágoras? ¿Te podrías enamorar de un lugar feo en el que todo rechina y está en desorden? Por ejemplo, ¿te enamorarías de un juego donde siempre perdieras los turnos o de una covacha donde todo está amontonado y huele mal? ¿El tráfico y la contaminación de la ciudad son bellos? ¿La ciudad te llama, como si fuera un bosque encantado?

Ya era de noche y el alumno de Pitágoras se fue contento a su casa por haber hablado con la viejecilla. Puso el ramo de flores en un jarrón con agua y se metió a la cama para descansar.





2. Sócrates y la ciudad. ¿En nuestras ciudades podemos discutir y dialogar, como lo hacían los hombres en la antigua Grecia?

Un estudioso de la filosofía de Sócrates que se llamaba Genaro se paseaba por una plaza muy bonita, en una ciudad en la que había grandes edificios y mucho tráfico. La gente cruzaba las calles en manada, cuando los autos tenían los semáforos con luz roja. Muchas personas entraban y salían de las bocas del metro, apresuradas por llegar a su trabajo. Comerciantes tenían puestos ambulantes donde vendían algunas mercancías, y también había policías que dirigían el pesado tráfico, chiflando como pájaros con sus silbatos. La plaza era muy bonita, pero la vida moderna la había llenado de prisa y ruido.

“—¿Qué voy a hacer?— se dijo a sí mismo Genaro —Cuando Sócrates caminaba en las calles de Atenas, le preguntaba a todo el que encontraba en qué consistía su trabajo, si lo hacía bien o lo hacía mal, para ver si era dueño de sí mismo y practicaba la virtud. En esta ciudad veo que todos van de prisa de un lado para otro. ¿Cómo voy a detener a la gente para conversar con ella y, como Sócrates, preguntarle en qué consiste su trabajo?”

¿Te acuerdas de *La historia de las preguntas ¿por qué?* cuando Sócrates le pregunta al político si sabe qué es la política para ver si vence sus vicios y sus pasiones, se conoce a sí mismo y puede tener un buen carácter?

Genaro veía que en la gran ciudad iba a ser difícil encontrar a alguien con quien conversar. Sin embargo, hizo el intento.

–¿Señora, disculpe, en qué trabaja usted?

Pero la señora al escuchar a Genaro, puso mala cara, vio su reloj y se siguió de largo sin hacerle caso.

–Señor, disculpe...– le dijo a un caballero elegante, que simplemente desvió la mirada sin prestarle atención.

¿Crees tú que en las grandes ciudades como las que conocemos ahora, con muchos coches y mucho ruido, la gente tendría tiempo para hacerle caso a alguien como el estudioso de Sócrates, que quería que la gente se detuviera un poco para dialogar, preguntarse en qué consisten sus trabajos, si los hace bien o lo hace mal, y conocerse a sí misma?

¿Crees que en una ciudad enorme, donde todos pierden mucho tiempo en ir de aquí para allá, Genaro podría filosofar?

¿Qué pasa cuando en una ciudad la gente no habla y no discute para ver si es dueña de sí misma y no es esclava de sus vicios y sus pasiones, como el político que roba o el maestro que regaña todo el tiempo a sus alumnos, porque no le gusta ir a trabajar?

¿Qué pasa cuando la gente de las ciudades deja de reunirse para hablar y debatir y por el contrario nadie le hace caso a nadie?

Genaro pensó que sería importante hablar con algún político, como el regente de la ciudad por ejemplo, para preguntarle qué es la política, y ver si la mayor parte del tiempo en realidad no se la pasa en la playa sin hacer nada, viviendo de los impuestos de los ciudadanos.

Entonces le empezó a preguntar a la gente que encontraba en dónde vivía el regente de la ciudad. La gente, un poco extrañada por la pregunta, le decía que no sabía dónde o cómo podía encontrarlo.

¿Tú podrías encontrar al regente de una gran ciudad? ¿Crees que si vas a buscarlo a sus oficinas, te va a hacer caso? ¿Dónde vive?

Justo cuando Genaro se preguntaba cómo encontrar al regente de la ciudad para preguntarle si era un buen político, se dio cuenta de que en un aparador lleno de televisiones, una de éstas tenía en su pantalla la imagen del propio regente dando un discurso a un público muy bien vestido.

Entonces el estudioso de Sócrates le preguntó a la imagen del regente que estaba en la televisión:

–Señor regente, ¿por qué en mi colonia hay poca agua y nunca pasa el camión de la basura? ¿Por qué para ir a trabajar, tengo que perder tanto tiempo transportándome? ¿Por qué no puedo encontrar un trabajo cerca de mi casa y no estar todo el día en el tráfico?

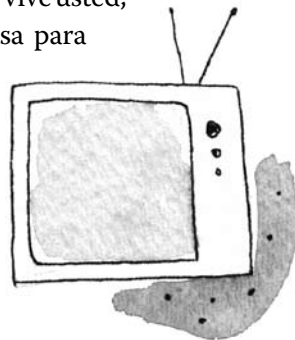
Genaro estaba frente a la televisión, preguntándole al regente de la ciudad si era un buen regente y si sabía qué era la política.

¿Crees que se le pueden hacer preguntas a un político que sólo es posible ver en televisión?

Conforme el alumno de Sócrates hablaba con el televisor, algunos de las personas que caminaban por la calle se reunían a su alrededor. Al principio era sólo curiosidad, pero después todos seguían con interés las preguntas que Genaro le hacía al político de la pantalla.

–¿Por qué es que usted sólo existe en la pantalla y nunca se le puede ver caminando por la calle? ¿Dónde vive usted, pues me gustaría tocar la puerta de su casa para invitarlo a debatir y discutir sobre los problemas de mi colonia, como la pobreza y la contaminación?– le dijo a la pantalla.

Genaro seguía haciéndole preguntas al televisor.



¿Qué crees que buscaba Genaro, cuando discutía con el político de la pantalla? ¿Crees que se había vuelto loco o que quería decirle algo a los que lo observaban?

De pronto, cuando el alumno de Sócrates le preguntaba al regente si sabía en qué consistía la justicia, uno de los presentes le dijo:

–Señor, usted está un poco loco, pues le hace preguntas sólo a una imagen que está en la pantalla.

–Yo creo que son ustedes los que están un poco locos– respondió el estudioso de Sócrates –pues viven sus vidas sin preguntarse y discutir sobre problemas como el tráfico y la falta de agua, y en cambio se conforman con las cosas que les dice una simple imagen de la televisión.

–Claro que no nos conformamos con lo que dice la imagen– respondió indignada una señora muy flaca. –La imagen es el regente de la ciudad– afirmó categóricamente.

–Pero el señor tiene razón– dijo otro joven de pelo largo y arete en la nariz –Nosotros ni siquiera conocemos al regente, no podemos hacerle preguntas, y sin embargo creemos que es un buen político. Sólo conocemos a una imagen que como un fantasma, sale en la televisión.

–Si, pero ese fantasma tiene nuestros votos– dijo la señora flaca indignada.

–Nos gobierna un fantasma– dijo un señor vestido con saco y corbata –y nosotros tenemos la culpa. ¿Cómo permitimos que nos gobierne alguien que ni siquiera conocemos y a quién no le podemos hacer preguntas? ¿Cómo podemos asegurarnos que sepa qué es la política?

–Si, pero hubo unas elecciones, y la gente votó libremente por esa persona– le respondió la señora.

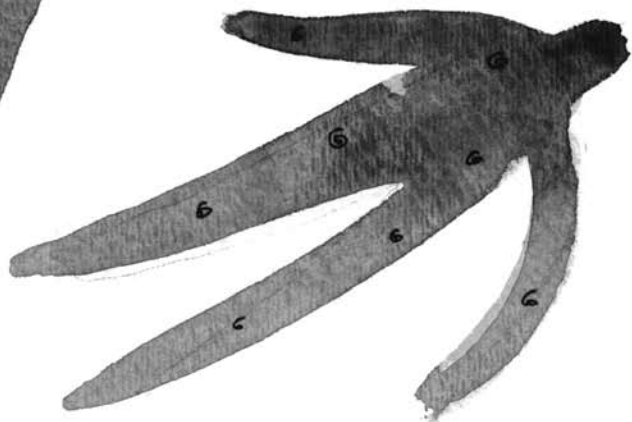
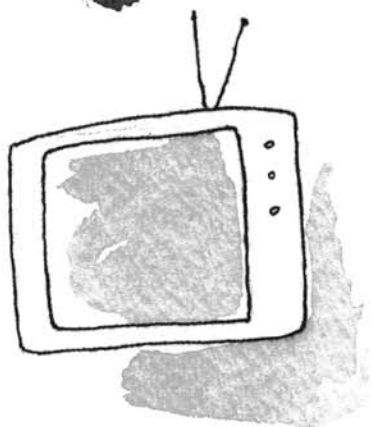
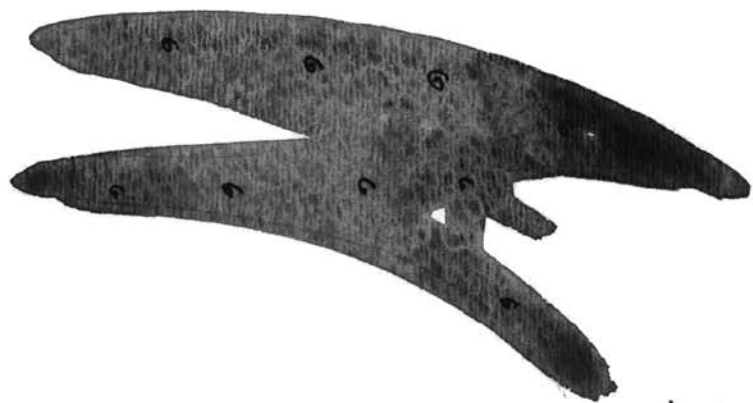
Genaro se dio cuenta de que había logrado encender un debate y una polémica. Los argumentos iban y venían como flechas, y la gente ahí reunida seguía la discusión con interés.

¿Quién crees que tiene la razón? ¿La señora flaca que decía que el político de la pantalla era un buen gobernante porque la gente había votado por él, o los que decían que el regente era una simple imagen de la pantalla, como un fantasma con el que no se podía debatir y al que no se le podían hacer preguntas?

¿Crees que la gente de la gran ciudad esta loca pues confía en que la simple imagen de la pantalla puede ser un buen regente que practica la virtud y domina sus vicios y sus pasiones? ¿Y si cuando el regente no sale en la televisión usa el dinero de la gente para irse de viaje y comprar casas para él y su familia?

La tarde caía en la plaza. En el corazón de una gran ciudad donde todos iban de prisa, había un pequeño grupo de gente debatiendo y discutiendo.

La gente iba de regreso a sus casas salía o entraba de las bocas del metro, y las avenidas estaban repletas de autos y camiones que vomitaban humo. Sin embargo, Genaro estaba contento, pues había encontrado un pequeño grupo de gente viva, de gente de carne y hueso a quien había podido hacer preguntas y con quien había podido debatir. Había encontrado un pequeño grupo de gente con quien pudo filosofar.



3. Platón y la televisión

Platón, como recordarás en *Juguemos a preguntar*, decía que los hombres la mayor parte de la vida la pasamos como si estuviéramos dentro de una caverna: ¿Qué quería decir Platón con eso? ¿Qué quería decir cuando comparaba nuestras vidas, con una caverna?

Bueno, Platón seguía a su maestro Sócrates, que decía que los hombres, como no nos conocemos a nosotros mismos y somos esclavos de nuestros vicios y nuestras pasiones, como el papá que le pega a sus hijos o el político que sólo roba, no somos dueños de nuestra propia vida. Platón había aprendido de su maestro Sócrates que los hombres, por lo regular, no practicamos la virtud. Por eso Platón decía que vivíamos en el fondo de una caverna y confundimos la luz con la sombra, el bien con el mal, y la verdad que es la virtud misma, con nuestras opiniones que reflejan más nuestra ignorancia, que la esencia de las cosas mismas.

Un día un estudiante de la filosofía de Platón que se llamaba Aureliano, se decía a sí mismo:

“Creo que Platón exagera un poco. Dice que los hombres vivimos en una caverna, cuando lo que yo veo es una hermosa ciudad, con muchos cines y restaurantes. Es cierto, en la ciudad tenemos muchos problemas, como el tráfico y la con-

taminación, pero no veo por qué Platón decía que los hombres vivimos en una caverna. Platón exagera un poco”.

Aureliano llegó a casa de su hermano, que vivía en un pequeño departamento, en una zona de edificios multifamiliares. Hacía tiempo que Aureliano no veía a su hermano, y no conocía a sus hijos y a su esposa. Sería un bonito reencuentro. Y además sería agradable verlo convertido en un padre de familia.

–¡Ring! ¡Ring! – Aureliano tocó el timbre del departamento.

Poco tiempo después la puerta se abrió y vio a su hermano sonriente.

–¡Pasa, siéntate, que estamos viendo el fútbol!

Aureliano se sentó en la pequeña sala. Faltaban sólo 15 minutos para que terminara el partido. La concentración de su hermano y sus sobrinos en el juego era tanta, que no lo saludaron como él esperaba y mucho menos le hicieron caso cuando les preguntó cómo estaban y cómo les iba en el trabajo y la escuela.

–Espera tío a que acabe el partido– le dijeron.

A Aureliano no le quedó más remedio que ver el final del partido en silencio. Un aburrido 0–0. Cuando el partido terminó, Aureliano empezó a preguntarle a los niños y a su hermano cómo estaban, pero éstos sostenían a medias la plática, pues mantenían su atención en la televisión, sólo que ahora en el canal de las telenovelas. De tanto en tanto su hermano o sus propios sobrinos le ofrecían una mirada a su tío, para regresar al aparato, que presentaba interminables barras comerciales. Estaban esperando a que llegara su mamá para cenar.

Aureliano, como estudiaba filosofía, conocía muchos filósofos. Era un buen conversador y en particular le gustaba la filosofía de Platón. Pero prefirió dejar a un lado la filosofía, y abordar un tema de política. Le preguntó a sus sobrinos qué

les parecía el nuevo presidente. En el país acababa de haber una elección presidencial muy reñida y discutida, y quería conocer su opinión al respecto.

–¿El nuevo presidente...?– le preguntó el más pequeño
–¡Mira!– exclamó refiriéndose a la telenovela –la sirvienta del millonario, la india esa fea, sabe que su patrón tiene una amante. ¡La rubia que tiene un cuerpazo!

–Pero yo te preguntaba qué te parece el nuevo presidente– insistió Aureliano

–Eso no me importa– le respondió su sobrino– ¡Esa india sabe que su patrón millonario tiene una amante!

Cuando le iba a preguntar a su hermano sobre el nuevo presidente, llegó la esposa de éste, con unas pizzas.

Ya en la mesa, la televisión seguía encendida.

–Pásame un pedazo de pizza.

–Gracias.

–Dame una hawaiana.

Hubo un breve silencio, pues todos empezaron a cenar. Tras una larga barra de anuncios, comenzó el noticiero de la noche.

–Mira– le dijo su sobrino –ahí esta tu presidente. Ahí van a decir todo lo que tú quieras saber...

–Pero yo no quiero saber lo que dice la tele– le dijo Aureliano a su sobrino –quiero saber lo que tú piensas del presidente.

–¿Lo que yo pienso del presidente?– se dijo sorprendido a sí mismo el joven e inmediatamente respondió:

–Pues lo que dice la tele– le dijo al tiempo que su papá, su mamá y su hermano, veían otras noticias sobre un robo a un banco.

–¡Mira las camionetas de los policías, esas sí que son camionetas de verdad! ¡Algún día quisiera tener un camioneta como esa!– exclamó su hermano.



Tras ese último comentario, Aureliano se dijo a sí mismo: “Creo que Platón tiene razón cuando dice que los hombres vivimos en una caverna. Le pregunto a mis sobrinos y a mi hermano qué piensan sobre el nuevo presidente y me responden con lo primero que dice la televisión.

“Trato de conversar con ellos sobre cómo van en el trabajo y la escuela y no dejan de ver la televisión. Sólo les importa lo que dicen las telenovelas.

“Los hombres de ahora no tenemos un punto de vista propio sobre las cosas, sino que opinamos lo que nos dice la televisión.

“La televisión es la caverna de la que hablaba Platón”.

¿Estás de acuerdo con Aureliano? ¿Crees que actualmente los hombres dejamos de pensar por nosotros mismos, por hacerle caso a la televisión? ¿Te parece que los sobrinos de Aureliano no tienen un punto de vista propio y dejan de conversar por tener la tele encendida todo el tiempo, hasta para comer y cenar?

¿Crees que la televisión es como la caverna de la que hablaba Platón, que nos hace confundir la sabiduría con la ignorancia y las simples opiniones?

Aureliano, en medio de la cena, le preguntó a la esposa de su hermano, por qué se había pintado el pelo de rubio, si tenía un bonito cabello color negro azabache. Él sabía que esa pregunta era un poco extraña, pero tenía ganas de conversar y no le había hecho gracia que la familia dejara de hacerle caso por ponerle atención a la televisión.

–Bueno– respondió su cuñada– tenemos que estar a la moda.

–¿Y quién pone la moda?– preguntó Aureliano.

–Pues los artistas de la televisión– respondió ella, mientras veía la serie que comenzaba después del noticiario.

–Pero la mayoría de esas artistas son blancas, esbeltas, rubias naturalmente y de ojos claros ¿Cómo te vas a ver igual

que ellas, si tú eres morena y de ojos negros?– le preguntó nuevamente el filósofo.

–¡No me importa!– respondió ella visiblemente molesta, a la vez que un silencio incómodo se instaló en la familia, con el fondo de las voces de la televisión.

–Yo tengo que ser rubia, pues eso demuestra que tengo clase– añadió secamente.

–Pero la clase no se consigue pintándose el pelo, ni dejando de tener tu rostro moreno...– Le dijo Aureliano.

–¿Tú qué sabes qué es la clase? Nunca vienes de visita y cuando vienes, sólo te gusta molestar y hacer preguntas raras.

–¿Qué tiene de malo hacer preguntas? – le dijo Aureliano a su cuñada

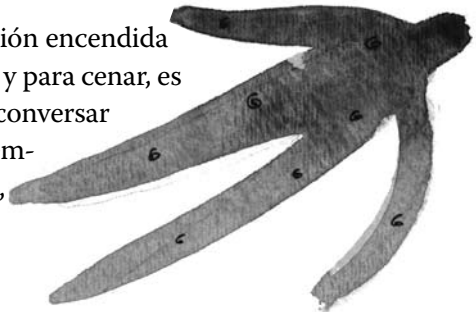
Pero nadie le respondió. La familia entera tenía otra vez la atención puesta en la televisión.

Aureliano nuevamente se dijo a sí mismo:

“Platón tenía razón. Vivimos en el fondo de una caverna. Mi cuñada quiere ser rubia, de ojos claros y piel blanca, sólo porque se lo dice la televisión. Ella en realidad es morena, de pelo y ojos negros. Pobre, se debe sentir muy mal al mirarse en el espejo por las mañanas”

¿Crees que Aureliano tiene razón cuando dice que los hombres vivimos en la caverna? ¿Crees que su cuñada se conoce a sí misma o más bien es esclava de sus vicios y sus pasiones, por su necesidad de ser rubia de ojos claros, cuando ella en realidad es morena de cabello negro? ¿Piensas que se puede ser feliz, cuando se le hace caso a la televisión que te dice que eres feo por ser moreno, como la sirvienta del millonario de la telenovela?

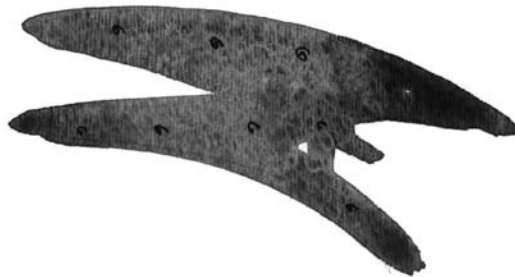
¿Una familia que tiene la televisión encendida todo el tiempo, incluso para comer y para cenar, es una familia que tiene tiempo para conversar y dialogar? ¿Una familia que tiene siempre tiene encendida la televisión,



puede hablar de sus problemas o de los problemas de su colonia y su país, para conocerse a sí misma y practicar la virtud?

¿Crees que la televisión, como pensaba Aureliano, es la caverna de la que hablaba Platón en sus libros?

Aureliano estaba cansado, se despidió de su hermano, de la esposa de éste y de sus sobrinos, y se fue a dormir a la cama que su cuñada misma le había preparado en la habitación de los pequeños.



4. La caverna de Platón, ¿se parece a las grandes ciudades donde hay mucho tráfico vehicular y contaminación?

Aureliano se sentía triste porque no podía hablar a fondo con su hermano, su cuñada y sus sobrinos, sobre temas que a él le interesaban, como si era bueno o no el nuevo presidente. Ni siquiera pudo saber si sus sobrinos estaban contentos en la escuela. No pudo seguir discutiendo con su cuñada sobre si las mujeres se pintan el pelo porque se siente menos por ser morenas y quieren parecerse a las artistas. Lo único que le importaba a sus familiares era la televisión. Y la televisión estaba siempre encendida.

Entonces pidió permiso y se fue a dormir. En la noche soñó que estaba en la azotea del edificio de su hermano. Había muchas antenas viejas, entre tendederos y fregaderos para lavar la ropa. Entonces, empezaba a saltar y se impulsaba moviendo las piernas como si estuviera andando en bicicleta. Se sostenía en el aire. Hizo un par de intentos y empezó a elevarse. Un instante después consiguió volar. Soñaba que volaba arriba del edificio de su hermano, luego por arriba del condominio multifamiliar, para finalmente volar encima de la ciudad.

Se sentía ligero y profundamente feliz en su vuelo. Veía como el sol salía detrás de las montañas, lanzando sus rayos sobre la ciudad que tenía todavía sus focos encendidos entre jirones de niebla. De pronto el disco del sol se puso a girar y

en el centro había una espiral. En ese momento, una voz lo despertó:

–Tío, hora de levantarse– Sus sobrinos, juguetones, ya estaban desayunando. Su cuñada y su hermano estaban de buen humor y parecían haber olvidado la pequeña discusión de la noche anterior. Todos estaban listos para salir. Los niños a la escuela, los papás a sus trabajos.

Aureliano estaba también contento, su vuelo arriba de la ciudad había sido un sueño agradable. Todos salieron de prisa y se encaminaron hacia la parada del transporte colectivo.

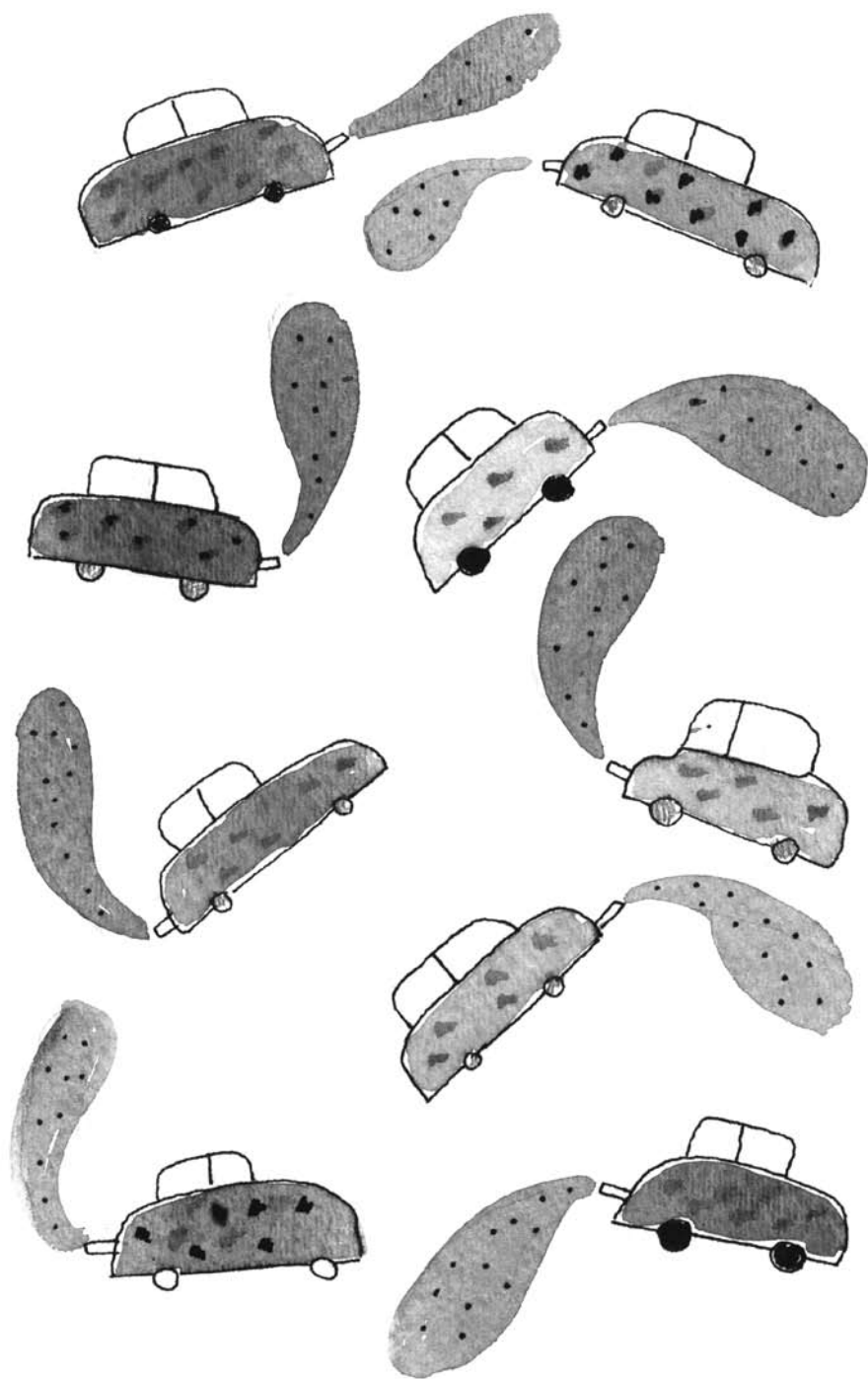
En el camino Aureliano se decía a sí mismo:

“Soy un poco exagerado. Me dormí triste por pensar que la televisión es como la caverna de Platón. Finalmente, si mi cuñada se pinta el pelo de rubio, es cosa suya. Si quieren tener encendida la tele todo el día, sin poder conversar, es cosa que a mí no me importa”.

Una vez que Aureliano se subió al colectivo que lo llevaba hasta su casa, notó que la gente no hablaba. El transporte iba repleto y se movía muy poco. Avanzaba a vuelta de rueda. Eran las 7:00 de la mañana y Aureliano estaba en un embotellamiento. Eran las 7:20, Aureliano seguía en el mismo embotellamiento. 7:35, muy poco había avanzado. 7:50, todavía no llegaba a su destino. La imagen de la caverna de Platón volvió a instalarse en su mente.

“Este tráfico terrible es como la caverna de Platón– se dijo Aureliano a sí mismo –el ruido, el humo, ir todos apachurrados como sardinas impide a la gente hablar y debatir. Impide que la gente hable de sus problemas. Llevamos 50 minutos y no vamos ni a la mitad del camino para tomar el otro colectivo. Sin tráfico este recorrido no sería mayor a 15 minutos. Nadie se queja, todos tienen cara triste y cansada”.

¿Estás de acuerdo con Aureliano? ¿Piensas que él tráfico de la ciudad, los enormes ríos de latas humeantes donde mucha gente pierde años de su vida metida en un coche o en un



transporte colectivo, es como la caverna de Platón? ¿La gente puede hablar en el tráfico? ¿Puede discutir y debatir sobre sus problemas entre tantos coches y tanta contaminación?

Aureliano estaba impaciente, quería regresar a su casa, pues había algunos libros de filosofía que quería revisar. Quizá en alguno le explicarían por qué la gente, en las grandes ciudades, había permitido que hubiera tantos coches y la vida transcurriera entre el tráfico y la contaminación.

¿Tú por qué crees que hay tanto tráfico en las grandes ciudades? ¿Crees que a la gente le gusta pasarse horas y horas todos los días en el coche o el colectivo, sin respirar aire limpio, apretado como sardina?

¿Crees que Platón diría que los hombres de las grandes ciudades donde hay mucho tráfico y contaminación viven dentro de una caverna como presos? ¿Por qué?

Aureliano por fin logró llegar a la parada del colectivo que lo dejaba a dos cuadras de su casa. Tuvo que esperar otros 30 minutos en el tráfico pesado metido en un transporte colectivo en el que nadie hablaba ni se miraba a los ojos. Cuando llegó a su casa, los ojos le lloraban y estaba muy cansado. No tenía cabeza para leer.

Aureliano se dijo a sí mismo:

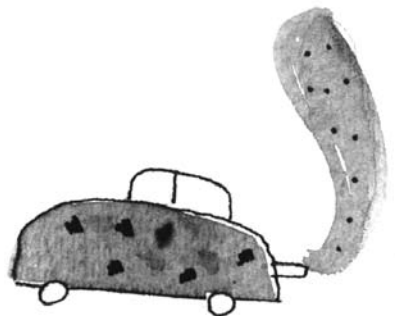
“Es muy triste, los hombres modernos, aunque hemos inventado muchas cosas, vivimos en el fondo de la caverna que Platón describe en sus libros. En nuestra casa no podemos conversar y debatir sobre nuestros problemas, pues la televisión está encendida. En la calle, para transportarnos, perdemos mucho tiempo, pues todos compran los coches que anuncian en la televisión y las calles siempre están a reventar”.

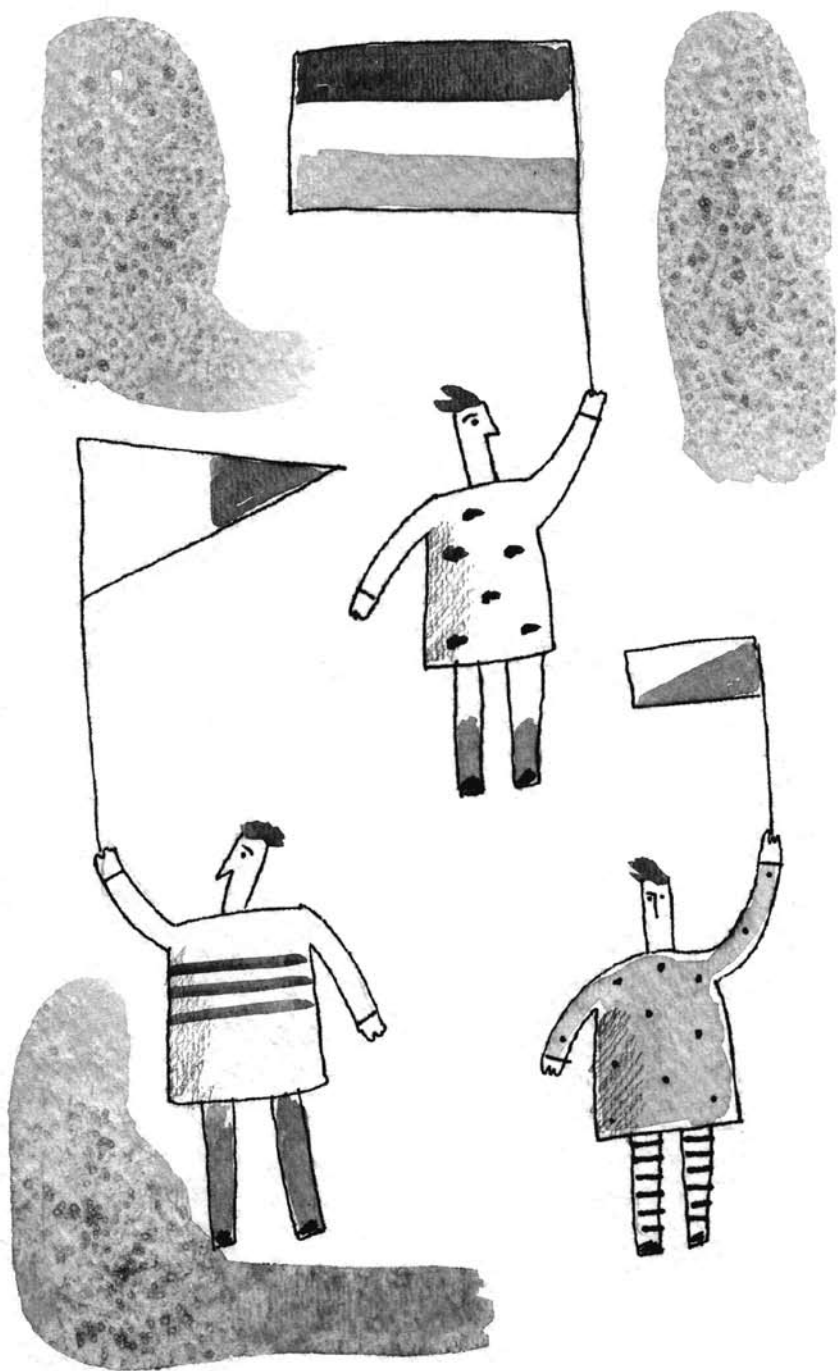
¿Estás tú de acuerdo con Aureliano? ¿Crees que las grandes ciudades, con su tráfico y su contaminación, son como la caverna de Platón? ¿Se puede conversar en el tráfico? Y si no se puede conversar de coche a coche, ¿la gente puede discutir

sobre su trabajo, para saber si lo hace bien o lo hace mal? ¿Por qué hay tantos coches en la ciudad?

¿La gente tiene tiempo para conocerse a sí misma, si llega cansada por el tráfico a su casa y enciende la televisión? ¿Tú crees que la vida en las grandes ciudades ayuda a la gente a practicar la virtud?

¿Cómo escapar de la caverna de Platón, si a fuerzas tenemos que estar en el tráfico y todo mundo ve todo el tiempo la televisión?





5. Los políticos y los presidentes ¿Son como los sofistas con los que Sócrates debatía?

¿**R**ecuerdas que en *Juguemos a preguntar* Sócrates se encontraba con un anciano de aspecto venerable, con una barba blanca y muy larga? ¿Recuerdas que ese anciano decía que él era muy sabio, que conocía la esencia de todas las cosas? Sócrates en aquella ocasión le preguntó a éste en qué consistía la sabiduría. Y bueno, como el falso sabio no sabía en qué consistía la sabiduría, le respondía con lo primero que se le ocurría para tratar de salir del paso. El anciano de barba blanca nunca se dio cuenta de que la sabiduría, como decía Sócrates, era la capacidad que tienen las personas de vencer los vicios y las malas pasiones, de conocerse y gobernarse a sí mismas, para practicar la virtud.

¿Recuerdas cuando Sócrates hizo quedar en ridículo al anciano en la plaza, cuando mostró en la plaza ante mucha gente que éste no podía decir qué es la virtud, pues justamente era víctima de sus vicios y sus pasiones?

Sócrates decía que el anciano de barba blanca no era un filósofo, un verdadero filósofo, pues no trataba de conocerse a sí mismo. Por el contrario, presumía que sabía la esencia de todas las cosas, aunque en realidad no sabía nada. A los falsos filósofos que no hacían el esfuerzo por conocerse a sí mismos, Sócrates los llamaba sofistas.

¿Conoces a alguien que cree saberlo todo? ¿Conoces a alguien que hable y hable no para buscar la verdad de las cosas, sino para convencer y sacar provecho?

¿Tú conoces a alguien o tienes un amigo que sea como el viejo sofista? ¿Tienes un amigo que siempre lo sabe todo, que habla y habla, se cree mucho, y siempre se sale con la suya? ¿Conoces a alguien que dice que lo sabe todo, sólo para aprovecharse de los demás?

Bien, un día, Genaro, el estudioso de la filosofía de Sócrates, caminaba por la calle y llegó a un puesto de revistas donde había muchos periódicos. Abrió un periódico y leyó los encabezados.

“El presidente fulano dice que él podrá acabar con la pobreza del país en tan sólo 6 años”.

“El presidente sutano asegura que podrá sembrar árboles en el país, para que la tierra no se seque y vuelva a llover”.

“El presidente mengano visitará los hospitales, para asegurarse de que no falten medicinas”.

Genaro leía los encabezados y pensaba para sí:

“Los políticos son como los sofistas. Dicen que lo saben todo, sobre cualquier cosa que se les pregunte. Los políticos son sabelotodos, pero en realidad sólo les interesa robar... Son como el anciano de la barba blanca al que se enfrentó Sócrates, esclavo de sus vicios y sus pasiones...”

Genaro se dijo a sí mismo en voz alta:

¡Vaya con los políticos, son como los sofistas!

Entonces una persona que estaba junto a él leyendo una revista, se volvió y le dijo:

–¿Qué quiere usted decir con que los políticos son unos sofistas?

–Pues que lo único que quieren es convencer a la gente para sacar provecho. Los políticos en realidad sólo son unos parlanchines, pero no saben nada con profundidad.



–Por supuesto que los políticos saben de lo que hablan– respondió el señor que tenía la revista entre las manos –¡los políticos son los encargados de hacer las leyes y de gobernar al país. Han estudiado para ello y ese es el trabajo de toda su vida!

–Pero se ha fijado usted que los políticos siempre prometen todo, pero las cosas siguen igual. Hablan de la pobreza, pero sigue habiendo pobres. Hablan del trabajo, pero a la gente le sigue faltando trabajo.

–Bueno, es que los políticos tienen problemas muy difíciles de resolver– le respondió el señor visiblemente molesto.

–Pero si no pueden resolver los problemas, ¿por qué dicen que los resolverán? – le dijo Genaro al señor.

–Alguien tiene que hacer el intento– respondió éste.

¿Tú estás de acuerdo con Genaro o con el señor de la revista? ¿Piensas que los políticos sólo buscan convencer a la gente de que saben arreglar los problemas, como la pobreza, por ejemplo, cuando en realidad no lo saben? ¿O estás de acuerdo con el señor de la revista en que los políticos trabajan mucho y se nota poco, pues los problemas como la pobreza misma son muy difíciles de resolver?

¿Crees que los políticos que salen en el periódico y la televisión son políticos de verdad o sólo son sofistas?

–Mire esta noticia– le dijo Genaro al señor de la revista:

“El presidente fulano, fue sorprendido usando el dinero del pueblo, para contruirse un balneario enorme, en una playa que era reserva ecológica”.

–¿Qué le parece? ¿Usted cree que ese político sabe qué es la política, si prefiere usar el dinero del pueblo para construirse un balneario en una zona ecológica, destruyendo la vida de muchos animales y plantas, en lugar de repartirlo entre los pobres que lo necesitan?

–Mire, yo no se si el político sabe qué es la política, pero alguien tiene que construir balnearios para que la gente se vaya de vacaciones y se relaje.

–Pero es que construye ese balneario con el dinero del gobierno, y además en una zona que es una reserva natural.

–Pero el político tiene derecho a hacer negocios, como cualquier otra persona– le respondió el señor de la revista a Genaro.

En ese instante, el periodiquero, que estaba escuchando la conversación, intervino:

–Yo estoy de acuerdo con el señor que dice que los políticos son unos sofistas. Me parece que alguien que es esclavo de sus vicios y sus pasiones, como la sed de riqueza, no puede ser un buen político. Es como dice el señor, un sofista, que sólo quiere convencer a la gente para sacar provecho.

El señor de la revista le respondió molesto:

–El esposo de mi hija es un gran político. Si, él ha construido para la familia ya tres casas, si, muy grandes. Pero trabaja duro. Se las merece sin duda.

–¿Pero construyó esas casas con dinero que no le correspondía?– le preguntó a su vez el periodiquero.

–Bueno... Tal vez...– respondió el señor de la revista.

Entonces Genaro preguntó:

–¿Entonces caballero, usted piensa que el esposo de su hija sabe qué es la política, si no puede ser dueño de sí mismo? ¿Usted cree que los políticos son buenos políticos, si no se conocen a sí mismos? ¿Cómo su yerno va a ser dueño de sí mismo, si es esclavo de su sed de riqueza y utiliza el dinero que no es suyo para construirle casas a su familia? Yo creo que la mayoría de los políticos son sofistas, que hablan y hablan, tratan de convencer a la gente, pero en realidad no se conocen a sí mismos y no practican la virtud.

–¿El esposo de mi hija es una persona muy seria y honesta, aunque construyera un balneario con el dinero del gobierno y lo construyera en una selva virgen!– respondió el señor de la revista enojadísimo.

–No se enoje señor– simplemente estamos conversando.

–Por supuesto que me enojo– usted me está faltando el respeto.

–De ninguna manera, estamos dialogando.

Entonces el señor guardó su revista en un portafolio que había dejado en el suelo, y sin decir una palabra, dio media vuelta y se marchó.

Genaro y el periodiquero guardaron silencio viéndose a los ojos.

–Es que se necesita valentía para reconocer que no se practica la virtud– le dijo Genaro al periodiquero.

–Es difícil reconocer que se es esclavo de los vicios y las pasiones– éste le respondió.

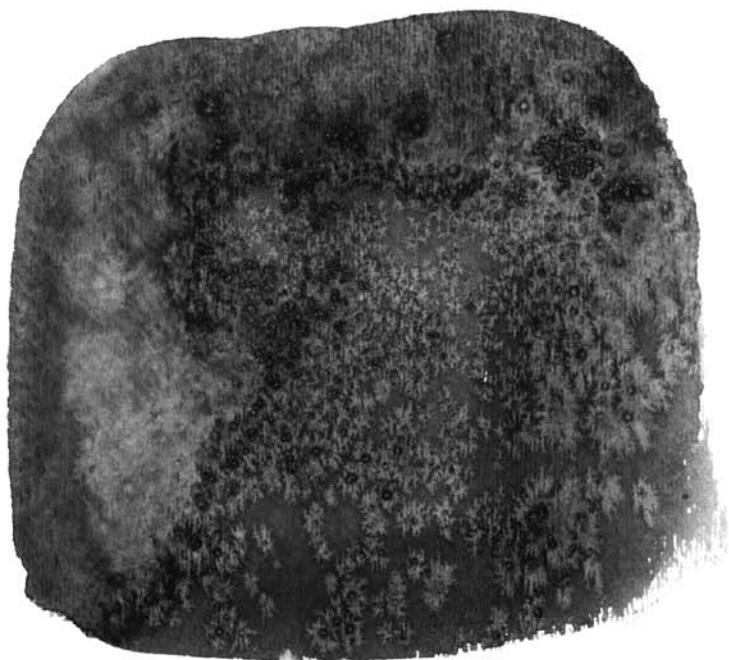
¿Crees que es fácil practicar la virtud? ¿Si tú pudieras tener un dinero que no es tuyo, tendrías el coraje y valor para no gastártelo y dárselo a quien le corresponde? ¿Crees que la gente adulta, como los políticos, pueden escapar a la sed de riqueza y a todas las pasiones como la envidia y la avaricia, que hacen que la gente no sea dueña de sí misma?

¿Crees que los políticos que salen en los periódicos y la televisión practican la virtud y se conocen a sí mismos? ¿Crees que sus largos discursos dicen la verdad, o sólo son un montón de palabras para ocultar que roban?

¿Crees que los políticos son verdaderos filósofos, que tratan de conocerse a sí mismos y dominar su vicios y sus pasiones, o simples sofistas que sólo buscan convencer a la gente para tener poder?

¿Cómo distinguirías entre los políticos que practican la virtud y se conocen a sí mismos, de los políticos que tan sólo son sofistas y sólo buscan sacar provecho?





6. Pico de la Mirándola y la gente amontonada en los vagones del metro

Luis Fernando era un estudioso de la filosofía de Pico de la Mirándola. Luis Fernando admiraba a ese filósofo, pues estaba de acuerdo con él en que los hombres no tenemos una forma definida, sino que podemos convertirnos en cualquier cosa. ¿Recuerdas en *La historia de las preguntas ¿por qué?* cuando Pico entra al establo y ve que las vacas y los chivos sólo pueden ser vacas y chivos, y no se pueden convertir en arquitectos o pintores? ¿Te acuerdas que Pico ve a un violinista que toca hermosas melodías, y a un hombre borracho que esta tirado en una calle maloliente, diciendo tonterías?

¿Piensas que los hombres tenemos un forma definida de una vez por todas, como el chivo o la vaca, o que nos podemos convertir en cualquier cosa, como un gran artista que toca el clarinete?

Luis Fernando un día bajó por unas escaleras del metro, para ir al otro extremo de la ciudad donde vivía su tía. Nunca se había subido al metro, porque desde niño su escuela estaba cerca de su casa.

Cuando estuvo en los andenes para subirse al vagón del metro, su sorpresa fue grande. Veía cómo la gente, para entrar al vagón, era apachurrada por unos señores muy fuertes. A la

gente la empujaban hasta que de un golpe seco, se cerraban las puertas corredizas y arrancaba el tren.

Luis Fernando tomó aire y se dijo a sí mismo: “¡Allá voy!”

Entonces sucedió lo que sucede todos los días en la gran ciudad: Luis Fernando entró al vagón y ya una vez adentro, sus pies no podían prácticamente tocar el suelo y no se podía mover. Era una sardina enlatada, junto con muchas sardinas que iban a trabajar. El codo de un señor bien vestido se le enterraba en la espalda, y tenía que hacer un esfuerzo para alcanzar el tubo para sostenerse y no perder el equilibrio.

Entonces una señora gorda que venía a su lado le dijo:

–Se ve que usted no viaja en metro. No se sabe sostener del tubo para no caerse.

–Es que ni siquiera puedo poner lo pies en suelo– le respondió Luis Fernando.

–Es que somos como puerquitos que viajamos en un camión– le dijo la señora riendo. Todos los días apachurrados y amontonados, sólo para ir a trabajar.

–No diga eso señora, el metro es un medio de transporte muy eficiente– le respondió Luis Fernando.

–Es un medio de transporte muy eficiente para llevar ganado. Somos todos obreros de una fábrica, donde estamos encerrados todo el día haciendo lo que no nos gusta, y regresamos a nuestra casa, en estos vagones, siempre apachurrados. Somos como puerquitos, puerquitos trabajadores– dijo nuevamente la señora riéndose de su situación.

–Luis Fernando estaba sorprendido. La señora que seguramente nunca había estudiado a Pico de la Mirándola, decía, de alguna manera, que los obreros y los trabajadores, se estaban convirtiendo en animales de establo, pues vivían todos los días encerrados y amontonados. Del metro a la fábrica y de la fábrica al metro.

–Señora, ¿usted ha estudiado filosofía?– preguntó Luis Fernando.

–¿Filosofía?– respondió con ironía la señora –¿qué es eso? Yo lo que veo es que los hombres nos estamos convirtiendo en animales, pues nos tienen encerrados en estos vagones, que no van a ningún lado.

–No sea pesimista señora, el metro es un sistema de transporte muy eficiente– le repitió Luis Fernando.

–Discúlpeme caballero, yo paso entre el colectivo y el metro de 4 a 5 horas diarias. Mi vida la estoy dejando en el metro. ¿Le parece que es un transporte muy eficiente? Nos estamos convirtiendo en ganado, en puerquitos encerrados en un establo– repitió la señora sarcásticamente.

–Pero señora, los humanos siempre seremos humanos, aunque vivamos en el metro... Todos tenemos una dignidad humana.

–Si, todos tenemos una dignidad humana, pero esa dignidad se gana cuando los hombres dan lo mejor de sí, cuando trabajan para hacer algo que vale la pena con sus vidas, no cuando nos convertimos en animales encerrados– dijo la señora a la vez que el vagón frenaba bruscamente y los pasajeros eran sacudidos.

A pesar de que Luis Fernando consolaba a la señora, se decía a sí mismo:

“Es increíble. Esta señora piensa igual que Pico de la Mirándola. Dice que los hombres no tenemos una forma definida y podemos convertirnos en animales. Dice que el hombre alcanza su dignidad, sólo cuando trabaja para conseguirla.

¿Estás de acuerdo con Luis Fernando? ¿Estás de acuerdo con la señora? ¿Efectivamente piensas como ellos y opinas que el tráfico en las grandes ciudades, las horas perdidas en el metro y los colectivos, pueden convertir a los hombres en animales, pues se la viven encerrados, casi sin poder moverse y conversar? ¿Crees que pasar tanto tiempo en el tráfico impide a los hombres convertirse en lo que quieren ser, como arquitectos o doctores, para alcanzar su dignidad humana?

En ese momento Luis Fernando le preguntó a la señora:

–¿Qué podemos hacer para dejar de convertirnos en animales? ¿Cree usted que podemos convertirnos en algo mejor, como en artistas o poetas que por su perfección y su belleza se parecen a los mismos ángeles?

Luis Fernando se acordaba de la filosofía de Pico de la Mirándola y tenía en mente a los músicos que tocan suaves melodías o a los poetas que con sus palabras crean mundos y paisajes, y pensaba que eran como los ángeles que cantan en el cielo.

–Señora– insistió Luis Fernando –¿cree usted que podemos convertirnos en ángeles, en lugar de seguirnos transformando en animales que están siempre encerrados?

–La señora vio a Luis Fernando de frente. Su mirada era muy intensa y llena de rabia. Mil preguntas y mil respuestas se agolpaban detrás de sus ojos. ¿Cómo dejar de estar atrapados en el metro y en el tráfico para convertirnos en ángeles que tocan bellas melodías?

En ese momento el vagón del metro se detuvo. La señora que tenía que bajar en la estación, se dejó arrastrar por la multitud que salía de los vagones del metro.

Luis Fernando se quedó solo con sus propias preguntas:

“¿Qué podemos hacer para dejar de convertirnos en animales? ¿Es posible dejar de pasar encerrados tantas horas en el tráfico y el metro, para convertirnos en ángeles que tocan bellas melodías?”



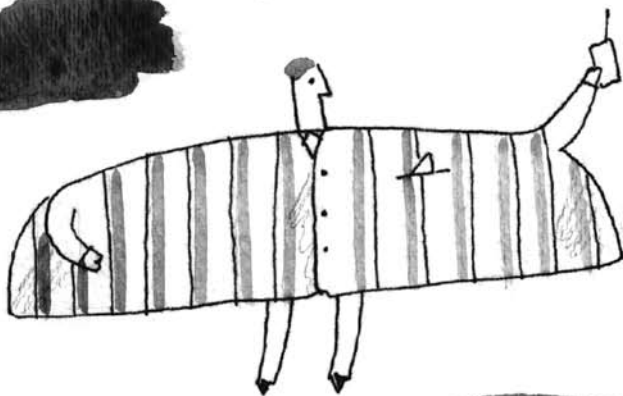
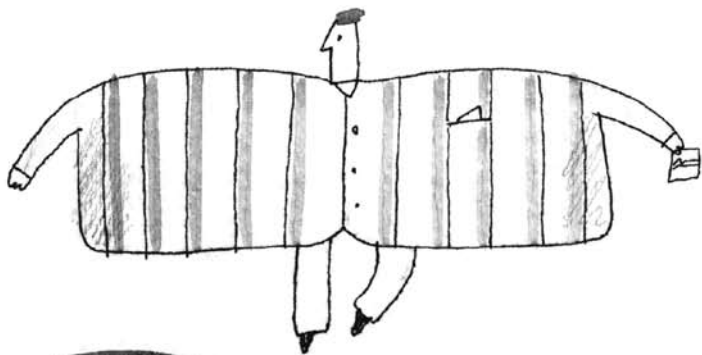
“¿Por qué vivimos en una ciudad en la que estamos encarcelados en el tráfico y el transporte colectivo?”

¿Cómo responderías tú a estas preguntas? ¿Estás de acuerdo con Pico de la Mirándola en que los hombres no tenemos una forma definida y nos

podemos convertir en cualquier cosa, como en una vaca que no hace nada y está encerrada en un corral o un artista que crea música muy bella?

¿Crees que el hombre tiene su dignidad asegurada o tiene que luchar por ella? ¿La tremenda pérdida de tiempo en la gran ciudad le ayuda a los hombres a alcanzar su dignidad?





7. Pablo y la comida chatarra

Un niño que se llamaba Pablo iba de la mano con su mamá caminando en un mercado sobre ruedas que se ponía todos los jueves a una cuadra de su casa. La mamá de Pablo se preocupaba mucho de que Pablo y su hermano Hugo tuvieran una buena alimentación. En la bolsa del mandado la mamá de estos niños traía frutas, verduras, carne, pescado, huevo y todo lo que sus hijos necesitaban para crecer fuertes y sanos. Y efectivamente, Pablo y Hugo eran niños fuertes y sanos que rara vez se enfermaban.

La mamá de Pablo estaba comprando unos jitomates, cuando su hijo vio pasar a un niño muy gordo. Era como si ese niño estuviera hinchado o inflado. Pablo se dio cuenta de que los papás del niño, también tenían esa gordura especial. La familia entera estaba inflada. Los papás junto con los dos niños estaban sentados en un puesto de fritangas, tomando refresco.

Entonces Pablo le preguntó a su mamá:

–Mamá, ¿por qué está tan gorda esa familia?

La mamá de Pablo no le puso atención a su hijo.

–Un kilo de zanahoria– le dijo a la señora del mercado.

–Mamá, mamá, ¿por qué esta tan gorda esa familia?– repitió Pablo su pregunta.

Su mamá, reparando en la pregunta misma, puso su atención en la familia a la que Pablo se refería.

–Pablito, hay familias que engordan y se vuelven obesas, pues tienen una mala alimentación.

Pablo guardó silencio, pero inmediatamente se puso a observar a la gente del mercado y a la gente que caminaba por la calle. Se dio cuenta de que había mucho más gente obesa que la que él creía.

Un policía que dirigía el tráfico estaba obeso.

Otra familia que comía fritangas en el mercado también lo estaba.

Los señores del puesto de los quesos, eran una pareja de obesos.

Pablo le dijo a su mamá:

–Mamá, ¿ya te diste cuenta de que hay mucha gente obesa en la calle?

Su mamá seguía haciendo sus compras sin escuchar a su hijo, de modo que no respondió a su pregunta.

¿Tú te has fijado que hay mucha gente obesa? ¿Tú tienes algún amigo o compañero de la escuela que tenga esa gordura especial?

–Mamá ¿por qué hay mucha gente obesa?– repitió Pablo su pregunta.

Entonces una señora que estaba junto a ellos en el puesto de los jitomates le respondió:

–Pues porque ahora la gente come basura, la gente come puras porquerías.

Pablo estaba sorprendido por la respuesta de la señora. Ante la cara de asombro de Pablo, esta repitió su respuesta:

–La gente ya no come comida. Ahora come basura, puras porquerías. Antes, cuando yo era joven, la comida era sana. La gente comía comida fresca del campo, aunque fueran puras hierbas y raíces. La gente comía huevos de rancho, leche bronca y tomaba agua. Ahora comen pura comida enlatada

y toman puro refresco. Claro que se ponen obesos y se enferman.

–¿Pero por qué la gente dejó de comer comida sana?– le preguntó Pablo a la señora que aunque tenía una voz regañona, su mirada era cálida y sincera –¿Por qué en lugar de tomar agua, la gente toma refrescos?

–Yo no entiendo– le dijo la señora– tenemos aguas frescas de jamaica y tamarindo, tenemos aguas de limón y de naranja. No entiendo por qué la gente toma refrescos y come porquerías.

¿Tú por qué crees que la gente come mal? ¿Por qué crees que en lugar de tomar agua pura o aguas frescas la gente prefiere tomar refrescos que le hacen daño? ¿Te has fijado que cada vez hay más gente obesa en la calle? ¿Por qué crees que hay tanta gente obesa?

Cuando la señora acababa de decir que no entendía por qué la gente no tomaba agua, la mamá de Pablo intervino en la conversación:

–¿Ahora entiendes Pablo, por qué no quiero que veas más de media hora al día de tele?

Pablo escuchaba atentamente a su mamá.

–Las papitas, los pastelitos, los dulces, los refrescos que anuncian en la tele le hacen mal a los niños. Son pura azúcar. No alimentan. Y los niños se ponen obesos.

Pablo guardó silencio unos segundos y luego le dijo a su mamá:

–¿Pero porqué en la televisión anuncian refrescos y papitas, si le hacen daño a la gente?

–Pues por qué es un negocio– le respondió la señora a Pablo –lo único que quieren es vender. Lo único que les importa es el negocio. No la salud de los niños, ni la de los adultos.

Pablo estaba consternado. No podía creer que en la tele anunciaran productos que le hicieran daño a la gente, sólo con el propósito de vender.

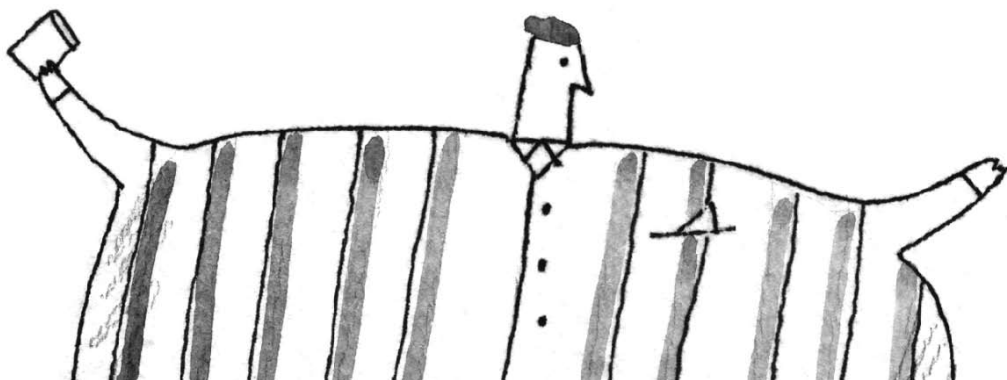
¿Tú estás de acuerdo con la señora o crees que exagera? ¿Te parece que en la televisión anuncian productos como las papas y los refrescos que no alimentan y que por el contrario le hacen daño a los niños y a los adultos? ¿Crees que en la televisión lo único que les interesa es vender aún a costa de la salud de la gente?

¿Qué le pasa a un país cuando en la televisión le venden a la gente comida chatarra que la convierte en gente obesa? ¿Es un país de gente sana y despierta? ¿Tú tomas refrescos? ¿En tu casa toman refrescos a la hora de la comida en lugar de tomar agua?

En ese momento pasó una familia en la que el papá, la mamá y los pequeños estaban obesos.

Pablo notó que se veían felices, pero su felicidad tenía algo raro. Como si dentro de sus enormes cuerpos inflamados se escuchara el llanto de un niño maltratado.

Pablo le pidió una manzana al señor de la fruta. Se fue de regreso a su casa con su mamá, que era hora de comer.



II. La vida en el campo

1. Sócrates y las preguntas ¿Nos preguntamos qué le pasa a nuestros pueblos, cuando los adultos se van al Norte?

Un día llegó una visitante de la ciudad que se llamaba María a un pueblo que estaba en el centro del país, a 5 horas de la capital. El pueblo era muy bonito. Tenía las bardas de adobe y árboles muy altos sembrados a lo largo de las calles de piedra. En el centro del pueblo había una iglesia antigua y la nubes, blancas, esponjosas, enormes, flotaban en un cielo muy azul, que brillaba con la luz del sol.

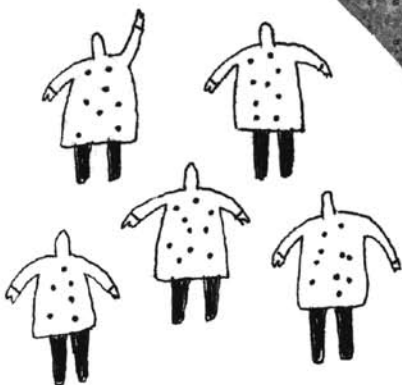
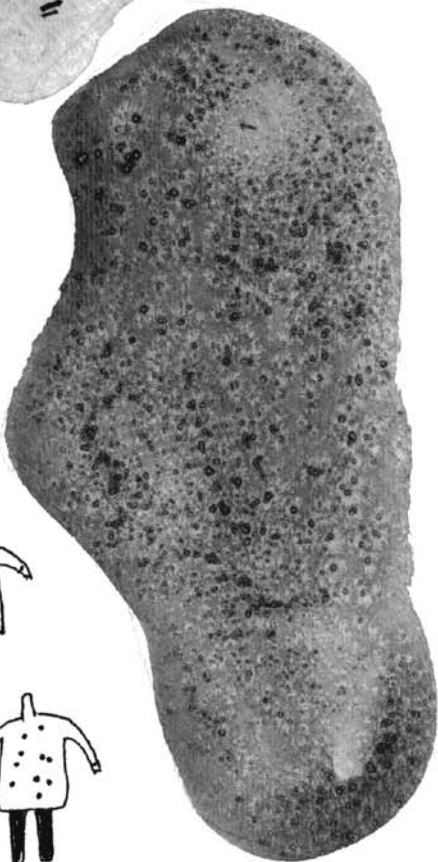
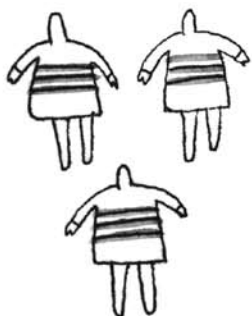
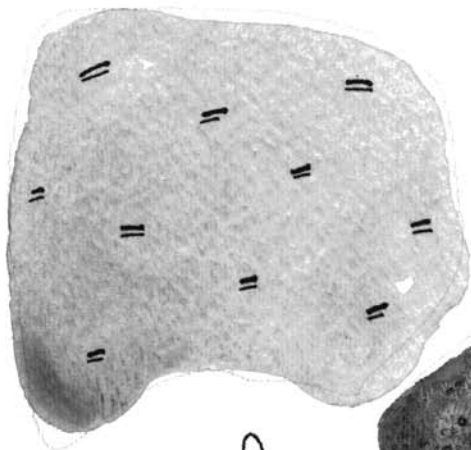
María quería pasar unos días en el campo pues los coches, el ruido y la contaminación de la ciudad la tenían harta y necesitaba descansar.

Cuando llegó al centro del pueblo, se dirigió a una paletería. Una mujer muy joven con algunos niños jugando a su alrededor, le vendió una rica nieve de limón.

Después se sentó un rato en la plaza, donde un viejo pasó arrastrando un carrito cargado de sillas pequeñas y mesas.

Un poco más tarde sonaron las campanas. Era la hora de la misa. Quizá porque no tenía nada que hacer, quizá por curiosidad, María entró a la iglesia.

Escuchaba las palabras del cura, cuando se dio cuenta de que en la iglesia no había hombres. Si, no había hombres. Había viejos y niños, pero hombres jóvenes, en edad de trabajar, prácticamente no había ninguno.



¿Tú sabías que en muchísimos países, como México por ejemplo, en los pueblos hay pocos hombres jóvenes? ¿Por qué no hay hombres en los pueblos? ¿A dónde se van?

A María le gustaba mucho estudiar filosofía. Conocía la filosofía de Heráclito, de Sócrates, de Platón, de san Agustín, de Spinoza y otros muchos filósofos. Conocía los filósofos que tú conociste cuando leíste *La historia de las preguntas ¿por qué? y Juguemos a preguntar*.

Entonces María, al acabar la misa, decidió tomar el papel de Sócrates y abordar a las mujeres que salían de la iglesia:

—Señora, ¿por qué hay tan pocos hombres en el pueblo?— le preguntó a una mujer ya entrada en años, vestida con un bonito delantal.

—Pues porque la mayoría se van al Norte a trabajar. Aquí no hay trabajo.

La señora tenía el rostro duro. Sin duda la pregunta que le hacía María se la hacía ella misma muy a menudo.

—¿Y por qué aquí no hay trabajo?— preguntó a su vez María.

La señora guardó silencio. Por un instante dudó. No sabía qué responder. La cara se le endureció a un más y frunció el ceño.

Otra señora, que estaba junto a ella, respondió en su lugar:

—No hay trabajo, pues porque algunos acaparan todo y no dejan nada a los demás. Sólo nos queda ir a trabajar a los Estados Unidos.

—¿Y las mujeres que se quedan con sus hijos, se quedan contentas cuando sus esposos se van?

Esta vez las dos mujeres guardaron silencio. Esas preguntas sin duda eran desgarradoras y difíciles de responder.

¿Te parece bien que María tome el papel de Sócrates? ¿Crees que es correcto que María le pregunte a las señoras si se quedan contentas cuando sus maridos las dejan solas por irse a Estados Unidos? Probablemente te parecerá que no tiene

derecho a preguntar cosas que a los demás les hacen sufrir. Pero si no fuera así, las personas no se preguntarían nada, no reconocerían sus problemas y no se conocerían a sí mismas. Al menos eso es lo que decía Sócrates y María estaba de acuerdo con él. ¿Estás tú también de acuerdo con Sócrates? ¿Crees que para que la gente se conozca a sí misma es importante que alguien de vez en cuando le haga preguntas, aunque sean difíciles de responder? María siguió preguntando:

–Señora, ¿alguna vez se reúnen todas las mujeres del pueblo para discutir por qué los hombres se van a los Estados Unidos?

Otra señora más, que tenía trenzas muy largas y que había escuchado la conversación intervino:

–No, nunca nos reunimos para hablar de eso.

–Pero es importante– respondió María.

El pequeño grupo que se había reunido alrededor de María escuchaba atentamente.

–¿Por qué no se han reunido para discutir lo que pasa cuando se van sus maridos al Norte?– volvió a preguntar María.

–Nadie nunca nos enseñó a discutir nuestros problemas– dijo una señora bajita.

–Pero sus hijos se quedan sin papás, ¿no es cierto?– dijo María, y después añadió:

–¿Qué les pasa a las familias cuando los papás se van? ¿Los niños crecen fuertes y seguros de sí mismos?

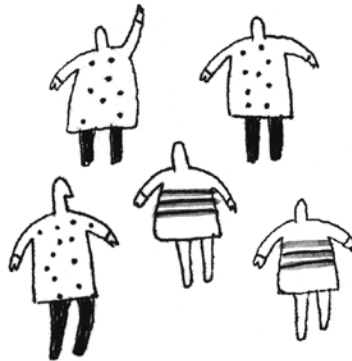
Otra vez la conversación se puso muy tensa. Un silencio de piedra se había apoderado del ambiente. De pronto una de las señoras dejó caer una lágrima.

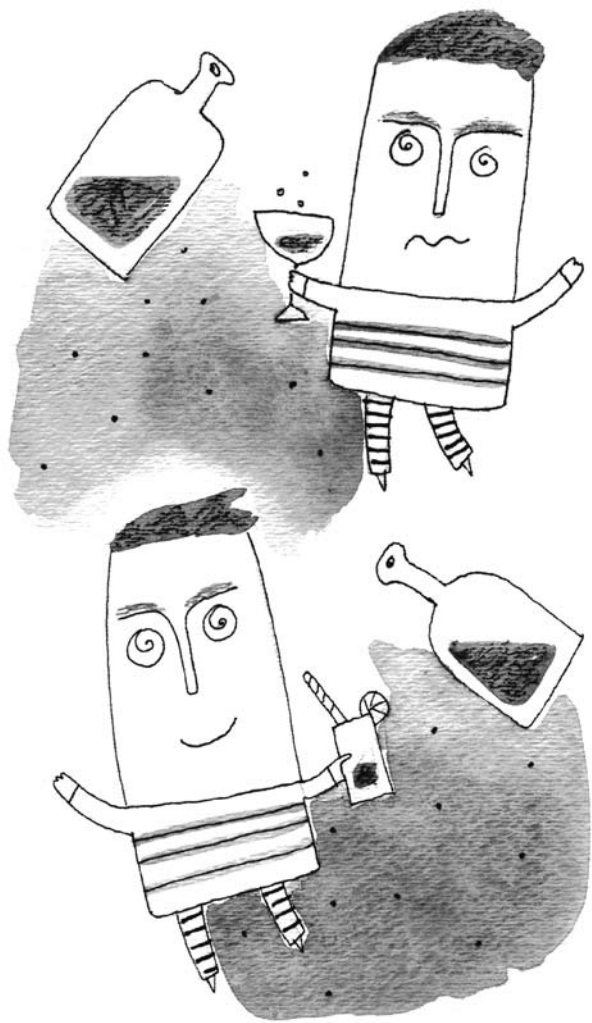
¿Te parece bien que María le pregunte a las señoras por qué no discuten sus problemas? ¿Cómo resolverían las señoras sus problemas, si no se hacen preguntas y no discuten jamás? ¿Aunque sea difícil y se toquen algunos sentimientos, crees que es importante preguntar y dialogar? ¿Por qué crees tú que

las señoras no preguntan y discuten para tratar de enfrentar el problema de que sus maridos se van a trabajar al Norte?

¿En tu familia tus papás y tus hermanos se hacen preguntas y debaten sobre sus problemas?

¿Crees que en nuestro país la gente discute y analiza sus problemas? ¿Qué le pasa a un país en el que nadie debate y discute sobre lo que le pasa?





2. Platón, el mito de la caverna y los borrachos: ¿Los borrachos en nuestras comunidades, viven en el fondo de la caverna?

María caminaba hacia la carretera para tomar el autobús de regreso a la capital. El campo y el aire puro le habían hecho mucho bien, aunque estaba un poco triste tras su encuentro con las señoras del pueblo. Eran muy lindas y buenas, y sin embargo estaban desconsoladas porque no tenían a sus maridos.

Al doblar una esquina, se encontró con una de las señoras que le dijo:

–Señorita, hay una fiesta de 15 años. Vamos a hacer un mole, venga con nosotras.

María, que la verdad empezaba a tener hambre, no dudó en aceptar la invitación.

La fiesta era en el patio de una casa. Había mucha gente y un grupo de música ranchera animaba el lugar. María al llegar notó que había algunos hombres. Eran los pocos que quedaban en el pueblo.

–Siéntese señorita, ¿quiere un molito?– le dijo una de las señoras.

El mole estaba buenísimo. Aunque había pocos hombres, el baile estaba animado y hasta el cura del pueblo bailaba con una viejita.

Un muchacho muy joven sacó a bailar a María. Bailó dos canciones con él y regresó a su lugar, para comerse una pata de pollo que estaba buenísima.

María se dio cuenta de que casi todos en la fiesta estaban un poco borrachines. Las señoras que bailaban tomaban cerveza. Y los pocos hombres de pueblo bebían tequila.

Un señor se le acercó a María:

–Tómese un tequilita, señorita –le dijo– Es bueno para la digestión.

–Ya me tomé una cerveza, muchas gracias– le respondió María.

–Ándele, para que se anime.

–No, no muchas gracias, así está bien...

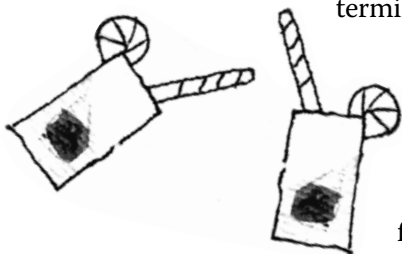
La fiesta seguía, los músicos tocaban alegres tonadas y María se daba cuenta de que los asistentes tomaban cada vez más cerveza, pues algunos ya bailaban en zig-zag y una señora se había caído al suelo.

Repentinamente estalló una botella de vidrio y empezó una pelea entre dos señoras que se jalaban de los cabellos y las trenzas. Uno de los señores trató de separarlas, pero otro señor lo empujó. Hombres y mujeres se daban jalones en medio de la fiesta. Los perros ladraban y la música seguía.

¿Has estado alguna vez en una pelea de borrachos? ¿Te parece agradable? ¿Por qué crees que se emborrachaba la gente de este pueblo?

María estaba un poco inquieta. La pelea había terminado. La música seguía como si nada, la fiesta continuaba y la gente seguía bebiendo.

María hubiera querido llegar a la carretera para tomar el autobús y regresar a su casa. Pero ya era de noche, y la fiesta seguía y seguía, y todos continuaban emborrachándose.



La señora del delantal se le acercó a María, aquella con la que había tenido la conversación sobre los hombres que se iban al Norte.

–¿Usted no ha tomado?– le preguntó la señora.

–Un poco– le respondió María.

–¿Por qué no toma? Si, ya sé, porque no tiene ganas– se respondió a sí misma la señora antes de que María pudiera decir algo.

–¿Usted toma porque tiene penas?– le preguntó María a la señora.

–¡Claro!– le respondió ésta. –Nuestros maridos no tienen trabajo, pues se van al Norte. Es muy peligroso, mientras tanto nosotras nos emborrachamos, pues nos quedamos solas.

–Pero es que todo el pueblo está borracho– dijo María.

–Es que todo el pueblo está triste– le dijo la señora.

–Pero no se emborrache– le dijo María –no lleva a ningún lado. No es la solución.

–Todo el pueblo está triste– repitió la señora.

María veía a la señora a los ojos. No sabía qué decirle.

¿Te parece a ti que es una buena idea emborracharse cuando se está triste o se tienen problemas? ¿Qué le va a pasar al pueblo, si todos se emborrachan y cuando están borrachos se pelean? ¿Qué le pasa a un país en donde todos sus pueblos la gente está triste y se emborracha?

La música seguía y otro par de hombres ebrios se estaban dando empujones, pero como apenas podían caminar, no alcanzaban a hacerse daño y nadie les hacía caso.

–Señora– dijo María angustiada –si se emborrachan, no pueden ponerse a debatir para arreglar sus problemas. Ponerse borrachos no es una solución.

–Claro que es una solución, nos da consuelo– le respondió la mujer.

La música continuaba y los perros ladraban junto a dos señores que decían necedades con voz pastosa.

¿Éstas de acuerdo en que emborracharse es un consuelo? ¿No será más bien una de las causas de los problemas? ¿Por qué se emborracha la gente?

Si tuvieras muchos problemas, ¿qué preferirías hacer ¿tratar de hablar sobre ellos para ver cómo los vas a resolver o emborracharte?

María estaba cansada. Se fue a un pequeño cuarto que le habían ofrecido. Se acostó en la cama y se quedó dormida.

Sonó que iba caminando en un mercado con mucha gente junto a unas ollas muy grandes de barro que ella sabía que eran para guardar semillas. Se asomó a una de las ollas y vio que estaba vacía. Luego caminaba por un callejón, había un señor viejo y feo que le daba miedo. María se despertó a media noche. Dio algunas vueltas en la cama y se volvió a dormir.

Al día siguiente se levantó cuando el sol estaba poco alto. Debían ser las 9 o 10 de la mañana. Salió de la habitación. Sólo quedaban mesas llenas de botellas vacías y platos con restos de comida. Al salir de su cuarto se dio cuenta de que en el suelo estaba tirado uno de los señores que bailaban en zig-zag. Salió de la casa y se fue hacia la carretera. Vio que había 2 o 3 borrachos más que no habían podido llegar a sus casas y estaban tirados en la banqueta.

María venía ya en el camión de regreso a la capital y se decía a sí misma:

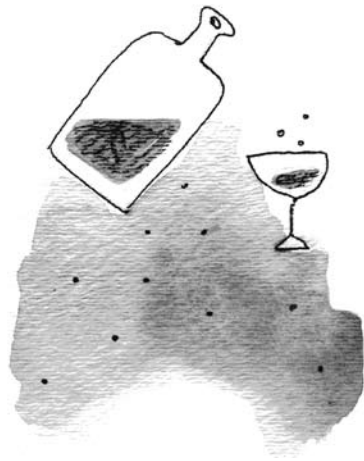
“Mi país parece que está metido en la caverna de Platón. En los pueblos todos se emborrachan y nadie hace nada”.

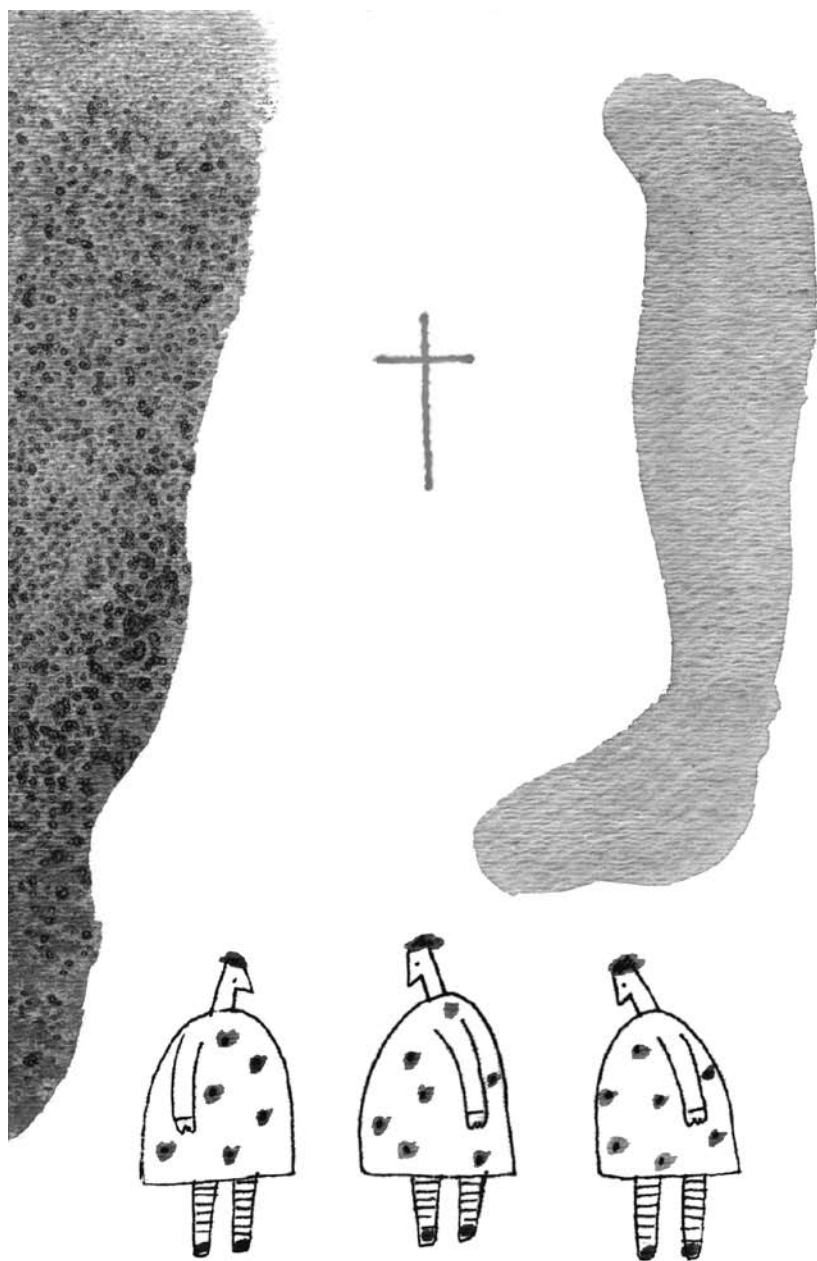
¿Crees que en un pueblo donde todos se emborrachan y se quedan tirados por ahí se parece a la caverna de la que hablaba Platón? ¿Te parece que un pueblo donde la gente se emborracha se practica la virtud y la gente es dueña de sí misma? ¿Te puedes conocer a ti mismo si te emborrachas hasta quedarte tirado por ahí, sin enfrentar tus problemas?

¿Estás de acuerdo con María? ¿Conoces a alguien que haga algo para que en los pueblos la gente ya no se emborrache y se

quede tirada en la calle? ¿Conoces a algún político o a algún presidente que se preocupe porque la gente se emborracha en los pueblos? ¿Te parece que el alcoholismo es un problema importante que deberían tratar los políticos?

¿Estás de acuerdo con María? ¿Piensas que un país entero se puede convertir en la caverna de Platón, pues en los pueblos todo mundo se emborracha? ¿A alguien le conviene que en los pueblos la gente se emborrache? ¿Quién fabrica el alcohol?





3. San Agustín y la ciudad de Dios: ¿Nuestros pueblos, donde los adultos se emborrachan y se van al Norte, dan lugar a la Ciudad de Dios?

¿Te acuerdas de san Agustín? ¿Recuerdas que san Agustín decía que todos los hombres deberían amarse los unos a los otros para construir el reino del amor de Dios en la Tierra? ¿Te acuerdas que en *La historia de las preguntas ¿por qué?* y en *Juguemos a preguntar*, san Agustín decía que el amor a los hombres nos permite sentirnos fuertes y completos?

¿Estás de acuerdo con san Agustín? ¿Crees que los hombres se sienten fuertes y completos, si consiguen construir el reino del amor de Dios en la Tierra?

Un día Joaquín, que era un estudioso de la filosofía de san Agustín, se subió a un autobús que venía de un bonito pueblo y se dirigía a la capital. Joaquín traía en la bolsa uno de los libros más importantes de san Agustín que se llama *La ciudad de Dios*. Al tomar su asiento, sacó su libro y comenzó a leer. Junto a él venía ni más ni menos que María, que al ver que Joaquín traía un libro le preguntó:

–¿Qué lee usted, señor?

Joaquín, que le gustaba conversar, inmediatamente le respondió:

–*La ciudad de Dios*.

–¿Y de qué trata?

–Pues de cómo los hombres, al amarnos los unos a los otros, podemos construir pueblos y ciudades justas, en los que todos tengan lo suficiente para vivir y ser felices.

–Ah, entonces yo vengo de un pueblo donde no está Dios, donde nadie quiere construir la Ciudad de Dios.

Joaquín estaba sorprendido ante lo que decía María. Le despertaba una gran curiosidad el hecho de que le dijera que conocía un pueblo donde nadie construía el reino del amor de Dios entre los hombres.

Joaquín sacó una torta que traía para el camino, abrió una lata con jugo de naranja y se dispuso a escuchar.

–Explíqueme por favor– le dijo– ¿qué quiere usted decir con que conoce un pueblo donde nadie quiere construir la Ciudad de Dios?

Pues mire, vengo de un pueblo que es muy bonito. Está a media hora de camino de aquí. Y bueno, resulta que en ese pueblo no hay hombres. Todos los hombres se van a trabajar al Norte, pues no hay trabajo en el pueblo.

–¿Y por qué no hay trabajo en el pueblo?– le preguntó Joaquín.

–Pues porque unos pocos tienen toda la tierra y la única tienda del pueblo. Nadie tiene dónde sembrar ni que vender y la mayoría tiene que dejar a su familia– le dijo María.

–Vaya problema– le respondió Joaquín –¿Cómo van a construir el reino del amor de Dios en la tierra, si las mujeres están solas con sus hijos? Es difícil construir el reino del amor de Dios cuando unos pocos lo tienen todo y el resto no tiene nada. Dios no se pasea mucho por ese pueblo.



¿Estás de acuerdo con Joaquín y María? ¿Crees que en ese pueblo no está Dios, pues nadie construye su reino de amor? ¿Cómo puede haber amor en un pueblo, si todos se tienen que ir dejando a sus familias solas, pues unos pocos son dueños de todas las tierras y de la tienda del pueblo?

En ese momento, una persona que venía sentada detrás de ellos les dijo:

–Señores, ustedes se equivocan. Por supuesto que Dios está en el pueblo. Se equivocan rotundamente. Yo ví a esta muchacha. Estaba en la iglesia. Resulta que yo soy el párroco y les puedo garantizar que Dios y su reino viven en nuestra comunidad.

Joaquín y María quedaron sorprendidos. Detrás de ellos venía el cura del pueblo, que estaba escuchando su conversación. El cura continuó diciendo:

–Claro que Dios está en nuestra comunidad. Hemos construido un bonito jardín frente a la iglesia. Y con el dinero de las limosnas, hemos pintado las paredes del templo. Los fieles tienen un lugar muy digno para escuchar misa y conversar con Dios.

–Pero para conversar con Dios, se necesita que haya amor. Todos tienen que tener trabajo para que las familias estén unidas– le respondió Joaquín al cura.

–El amor de Dios está en todas partes...– le dijo a su vez el párroco a Joaquín.

–No, de ninguna manera– le respondió Joaquín –El amor de Dios lo tienen que construir los hombres, con justicia, repartiéndose entre todos lo que necesitan para vivir bien.

El cura del pueblo estaba extrañado y un poco molesto. Estaba orgulloso de que la iglesia fuera muy bonita y estuviera bien pintada, y que hubieran sembrado un bonito jardín. Pero no se había puesto a pensar que el reino del amor de Dios lo tuvieran que construir los hombres, a partir de la justicia, repartiéndole a todos lo que necesitaban para vivir. El cura era muy amigo de la dueña de la tienda del pueblo y su familia. No creía que ellos iban a querer repartir las tierras.

–La Iglesia del pueblo tiene muy buena reputación en la comarca– respondió el cura secamente –la cuidamos esmeradamente y cada domingo con puntualidad ofrecemos la palabra del Señor.

–Pero es que la palabra del Señor tiene que ser vivida con la construcción de su reino de amor en la Tierra– le



respondió Joaquín enseñándole el libro de san Agustín– Y el reino del amor de Dios entre los hombres, se construye con la justicia para que todos tengan trabajo y no se tengan que ir al Norte.

–Cada domingo hablamos con el Señor, pues nos reunimos a hablar de su palabra en la iglesia– dijo nuevamente el cura con un tono obsesivo, a la vez que veía con recelo el libro que Joaquín traía en la mano.

¿A quién le darías tú la razón? ¿A Joaquín o al párroco del pueblo? ¿Crees que el reino del amor de Dios se construye únicamente pintando y arreglando la iglesia, u organizando un pueblo donde todos puedan trabajar y la gente no tenga que dejar a sus familias para irse al Norte? ¿Estás de acuerdo con el párroco del pueblo en que el amor de Dios está presente en el pueblo porque la gente va cada domingo a misa, o piensas más bien como Joaquín, que el reino de Dios en la Tierra se lleva a cabo cuando los hombres tienen trabajo y pueden estar con sus familias? ¿Crees que puede haber amor sin justicia? ¿Crees que Dios está presente si los hombres no se reparten lo que necesitan para vivir bien?

En ese momento María le dijo al párroco:

–Es que en el pueblo todos se emborrachan. No pueden soportar que las familias estén rotas, pues todos los hombres se tienen que ir para el Norte, dejando a sus hijos y a sus mujeres solas.

–En el pueblo hay muchos pecadores– respondió el cura con una expresión severa en el rostro –no atienden a la palabra del señor y por eso se entregan a sus vicios. La Iglesia les tiende la mano, pero no hacen nada para dejar el vicio.

María escuchaba al párroco con atención, para responder correctamente a sus argumentos.

¿Estás de acuerdo con el cura? ¿Crees que la gente se emborracha porque es pecadora? ¿Piensas que la Iglesia le ayuda a la gente del campo a dejar de emborracharse, si no hace nada para

que los hombres tengan trabajo y no abandonen a sus familias por ir al Norte? ¿Basta con reunirse una vez a la semana para que las personas dejen de encontrar en el alcohol un consuelo para su tristeza? ¿No tendría la Iglesia que pedirle a los dueños de la tierra que la repartieran entre los que no tienen donde sembrar, para que todos puedan tener trabajo?

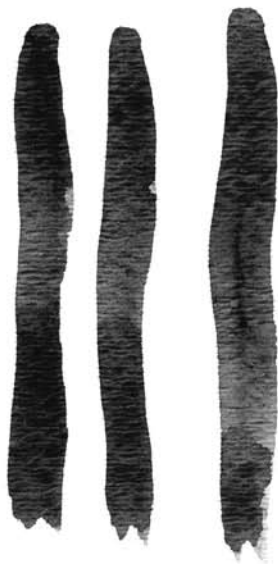
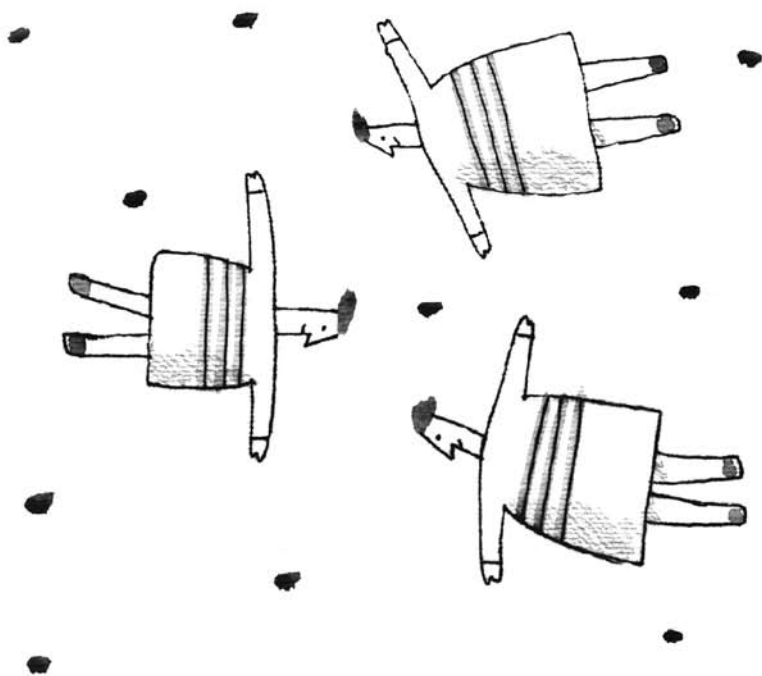
—No creo que sean pecadores, sólo tratan de olvidar sus penas, están desesperados porque no tienen a sus familias— le dijo María.

—Son pecadores, pues al beber le dan la espalda a Dios— le respondió el cura.

La discusión entre el párroco y Joaquín y María había subido de tono. Tanto, que otros pasajeros del autobús escuchaban atentamente, aunque ninguno había intervenido. En ese momento, las televisiones del autobús se encendieron. Una película de acción estaba por comenzar. Inmediatamente el párroco de la iglesia y todos los pasajeros pusieron la atención en las pantallas que mostraban autos, balazos, persecuciones y mujeres seductoras. Joaquín y María ya no tuvieron con quien debatir. Ellos hubieran querido seguir conversando con el cura, pero las luces de la televisión y el alto volumen de la misma lo impedían.

Joaquín retomó su libro, *La ciudad de Dios* de san Agustín, y María se quedó dormida, pues la noche anterior había dormido poco por la fiesta.

¿A quién le darías la razón? ¿A María o al párroco? ¿Piensas que la gente en los pueblos toma porque es pecadora o porque trata de olvidar problemas muy difíciles como la migración? ¿Cuál sería la mejor manera de ayudar a la gente de los pueblos? ¿Diciendo que es pecadora o repartiéndole tierra a todos para que los hombres no tengan que ir al Norte y las mujeres no estén tristes porque ellas se quedan solas y sus hijos sin papás? ¿Cómo construirías el reino del amor de Dios en los pueblos?



4. San Agustín y el cristianismo ¿Es bueno que nuestras comunidades sean tan pobres?

— ¡D*esp*ierta, despierta!— Le dijo Joaquín a María —el camión se descompuso. Hace ya una hora que lo tratan de componer. Vino una grúa y se lo van a llevar.

María, todavía un poco dormida, le preguntó a Joaquín:

—¿Dónde estamos?

—En un pequeño pueblo al lado de la carretera. Va a venir otro autobús a recogernos. Tenemos que esperar.

María tomó su mochila y bajó del autobús. Ya todos los que habían bajado estaban alrededor de una señora que tenía un puesto de quesadillas.

—Una quesadilla de hongo, por favor.

—Si señorita— le dijo la señora a María.

—Otra de papas con rajas— le dijo Joaquín.

Mientras Joaquín y María comían sus quesadillas, un grupo de niños flacos, sucios, sin zapatos y vestidos con ropita rota y andrajosa, se acercó a ellos.

—¿Nos regala una moneda señor? ¿Nos da para un taco?— le dijeron los niños a Joaquín y María.

Éstos, cuando vieron a los niños, se les rompió el corazón. En verdad los niños estaban flacos. No tenían mucho qué comer. Entonces María le dijo a Joaquín:

–Nos falta mucho para construir el reino del amor de Dios en la Tierra del que hablaba san Agustín. La pobreza de estos niños impide que Dios tenga su reino de amor entre los hombres.

Pero antes de que Joaquín pudiera responder, la voz del cura del pueblo, que también había bajado a comer unas quesadillas, intervino:

–El reino de Dios ya está completo. Sólo que nosotros no lo podemos entender. Todo está en el plan de Dios, pues Dios es bueno y perfecto, y todo sucede como él quiere.

Joaquín y María se quedaron estupefactos. La voz del cura era clara y segura, pero algo dentro de ellos no estaba conforme.

Entonces Joaquín le dijo al cura:

–Es que los hombres tienen que trabajar para construir el reino del amor de Dios entre los hombres. Se le tiene que repartir a todo el mundo lo que necesita para vivir. Tiene que haber justicia.

–Te equivocas muchacho– le dijo el cura. –la justicia de los hombres nada tiene que ver con la justicia divina. La justicia de los hombres es sólo orgullo y vanidad. Dios ha creado un mundo perfecto, aunque nosotros no lo podamos entender.

–Pero es que Dios confía en los hombres. Dios espera que los hombres construyan su reino de amor en la Tierra.

–No, Dios es perfecto. Él no necesita nada de los hombres. En todo caso lo que Dios espera de los hombres es humildad. Lo que los hombres tienen que hacer es adorar a Dios y aceptar su orden y su justicia.

–¿Pero cómo va a haber orden y justicia, si estos niños, y muchos más en el país y el mundo, tienen hambre?

–Claro que hay orden y justicia –respondió el cura– existe el orden y la justicia de Dios, que el hombre, por ser una criatura limitada, no puede comprender del todo. El hombre debe ser humilde y esperar la salvación que nos dará el Señor.

Nuevamente, como unas horas antes en el autobús, la discusión con el cura iba en aumento. Los argumentos iban y venían y no se llegaba a ningún acuerdo.

¿Tú a quién apoyas? ¿A Joaquín y María o al cura? ¿Piensas que la pobreza de los niños impide que los hombres construyan el reino del amor de Dios entre los hombres? ¿O estás más bien de acuerdo con el cura que todo lo que sucede –aún la pobreza de los niños– está dentro del plan de Dios?

¿Piensas como el cura que la justicia de los hombres no tiene nada que ver con la justicia de Dios, y que es natural que haya unos hombres ricos que lo tienen todo y les sobra, y otros pobres que no tienen ni qué comer? ¿Crees que la justicia de los hombres es pura vanidad y que no entendemos la justicia divina? ¿Piensas que el hombre debe esperar la salvación de Dios sin hacer nada ante las injusticias?

–Es que usted no ha leído a san Agustín– le dijo Joaquín al cura –la Iglesia tiene que ser la Iglesia de los pobres, de los que trabajan para construir el reino del amor de Dios entre los hombres. ¡No es posible que los niños no tengan qué comer!

–Pero san Agustín ya está pasado de moda– respondió el cura. Siempre estuvo pasado de moda. El filósofo santo y verdadero es santo Tomás. Nosotros construimos grandes iglesias, pues entendemos y aceptamos la justicia divina, donde hay seres perfectos como los ángeles y seres imperfectos como los animales y las plantas. Entendemos que el mundo es una pirámide que refleja la justicia divina. No venimos a romper esa justicia. Venimos a adorar a Dios.

–San Agustín no está pasado de moda– exclamó Joaquín indignado –no podemos permitir que haya niños con hambre y que pidan dinero en los semáforos y en las esquinas. No podemos permitir que haya niños que no vayan a la escuela y vendan chicles o limpien los parabrisas de los coches.

Pero antes de responder, el cura tomó sus cosas y se subió a una camioneta especial que había venido a recogerlo. De esa

manera no tendría que esperar. Antes de subirse a la camioneta el cura alcanzó a decirle a Joaquín y a María:

–El filósofo y santo verdadero de la Iglesia es santo Tomás. La justicia de Dios debe ser entendida y respetada. No debemos consentir la vanidad de los hombres.

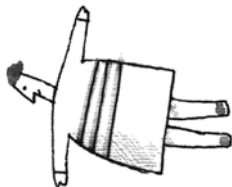
Joaquín y María ya no pudieron decirle nada al cura. La señora de las quesadillas y el resto de los viajeros guardaron silencio. Uno de los pasajeros le había comprado a los niños una quesadilla, que devoraban ávidamente.

¿Recuerdas que en *La historia de las preguntas ¿por qué?* santo Tomás dice que los hombres estamos ordenados en una pirámide y en una jerarquía? San Agustín por el contrario piensa que los hombres debemos de formar una ciudad en la que todos los hombres seamos iguales. ¿A quién le darías la razón?

¿Crees que san Agustín está pasado de moda? ¿Piensas que repartirle a todo el mundo lo que necesita para vivir es vanidad del hombre frente a Dios y que no tiene sentido en la actualidad? ¿Te parece que la justicia entre los hombres, es algo que vaya en contra de la justicia divina?

¿Crees que es bueno que los pueblos que están a las orillas de las carreteras, o algunas colonias de la ciudad, sean tan pobres?

¿Recuerdas que en *Juguemos a preguntar*, el fraile franciscano, que era un estudioso de la filosofía de san Agustín, debate con santo Tomás sobre la pobreza y la justicia entre los hombres? ¿Crees que ese debate está pasado de moda o que es vigente en nuestros días?



5. Nietzsche y la Iglesia: ¿La Iglesia en los pueblos nos hace fuertes o nos vuelve débiles y perezosos?

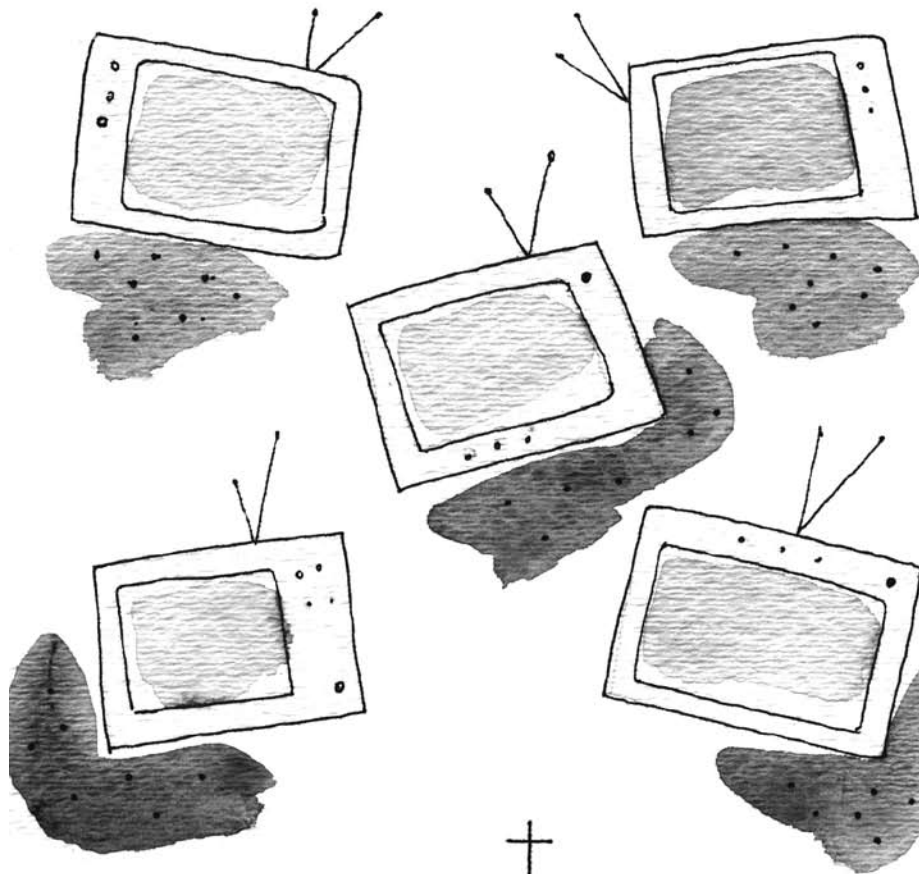
María y Joaquín estaban sorprendidos por la rápida partida del cura del pueblo. Se habían quedado con ganas de debatir sobre la pobreza de los pueblos y la necesidad de construir el reino del amor de Dios entre los hombres.

–San Agustín es claro– dijo Joaquín – el reino del amor de Dios en la Tierra se construye con la justicia entre los hombres. La mejor forma de expresar el amor es la justicia, que le permite a los hombres repartirse lo que necesitan, para tener todos una vida digna y buena.

En ese momento, uno de los pasajeros que tenía grandes y anchos bigotes, y que también comía quesadillas, intervino sorpresivamente:

–Vengo escuchando su conversación desde el autobús. Y bueno, me parece que los hombres, para ser fuertes y plenos, no tienen que construir el reino del amor de Dios en la tierra, ni siquiera tienen que construir iglesias grandes y bonitas. Lo que los hombres deben hacer es, sencillamente, vivir la vida con alegría y energía ¿Y qué es lo que hace la Iglesia y la religión? Pues atontar a la gente con fanatismo y superstición.

–¿Qué quiere usted decir?– preguntó Joaquín al pasajero deseoso de saber lo que éste pensaba.



–Es claro, muchos hombres son fuertes. Otros son débiles y perezosos. Los fuertes tienen una vida digna, pues se preocupan por vivir la vida. Los débiles no se ocupan de la vida. Por el contrario, se preocupan por los débiles. Luego la debilidad se les contagia y se multiplica. Entonces lo que queda es pereza y debilidad por todas partes. Como usted por ejemplo. ¿Cree que estos niños pobres algún día estarán sanos y fuertes? Sus papás eran pobres y débiles y sus abuelos también. Ellos lo serán por siempre. Adoran a un Dios débil y flaco, clavado en una cruz, que fomenta la debilidad y no el gusto por vivir la vida. Usted, por tanto pensar en los pobres y en el reino de Dios en la Tierra, pronto se volverá pobre y débil como estos niños, sus papás y sus abuelos. Pronto se volverá un perezoso y no tendrá el gusto de vivir la vida.

–¡Claro que tengo el gusto por vivir la vida!– respondió Joaquín indignado.

–Claro que no– respondió el misterioso pasajero –¿cómo le va a gustar la vida, si se preocupa por los pueblos pobres? Esta gente tiene que cambiar por sí misma. Sólo así su cambio será verdadero ¿Y sabe por qué no lo hace? Porque su Dios, ese que tienen crucificado en la iglesia, ese Dios pálido y huesudo, dice que hay que ser como los pobres, dóciles y perezosos, sin coraje para vivir la vida.

–Es que yo vivo la vida amando a los pobres– le dijo Joaquín.

–Usted vive amando a los flojos y a los perezosos que nunca van a cambiar y no se da cuenta. Usted se está volviendo un perezoso– le respondió el viajero.

Joaquín no sabía qué decir. Nunca había encontrado a nadie que pensara como el pasajero del autobús.

¿Estás de acuerdo con el pasajero? ¿Crees que no vale la pena perder el tiempo amando y ayudando a alguien que no puede cambiar, no puede dejar de ser débil y no vive la vida con gusto y alegría? ¿Crees que tratar de construir el reino del amor

de Dios entre los pobres y los débiles es perder el tiempo y convertirse poco a poco en una persona débil y perezosa?

–Este es un país de flojos y holgazanes– dijo el pasajero –mire, las calles están sucias, la gente se conforma con lo que les dice el cura de la iglesia, y para colmo, se la pasan viendo la televisión.

–La Iglesia y la televisión no son lo mismo– respondió Joaquín consternado ante lo que decía el viajero –estoy de acuerdo en que la televisión sólo busca que la gente compre. Pero la Iglesia nos enseñan a amar a los hombres.

–¡No!– exclamo el viajero –en la Iglesia enseñan a la gente a ser conformista y perezosa, igual que en la televisión, que sólo quiere que estemos sentados ahí, perdiendo el tiempo, listos para comprar cosas. La Iglesia y la televisión sólo buscan que los perezosos sean más débiles y perezosos, y que la gente no sea dueña de sí misma y le saque jugo a la vida. En este país todos ven la televisión y van a la iglesia. Vivimos en un país de perezosos.

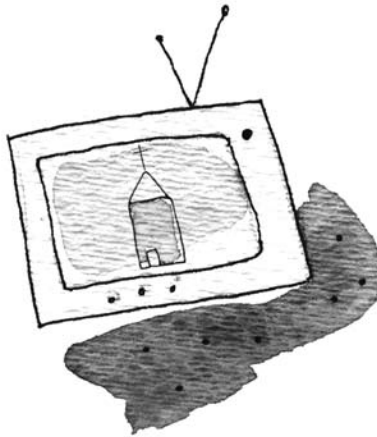
¿Estás de acuerdo con el viajero? ¿Crees que vivimos en un país de perezosos porque mucha gente va a la iglesia y ve la televisión? ¿Cómo sería nuestro país si nadie viera la televisión? ¿Tú crees que es lo mismo ver la televisión que ir a la iglesia? ¿Por qué? ¿Crees que la Iglesia quiere convertirnos en un país de perezosos que no tienen coraje para vivir la vida y hacerse cargo de sí mismos, de modo que todos se emborrachen en los pueblos y los hombres dejen a sus familias para ir al Norte?

La discusión entre el pasajero del autobús y Joaquín era cada vez más acalorada. Joaquín creía que Cristo era hijo de Dios. Joaquín era cristiano, pensaba que la vida que se vivía bien, era el amor entre los hombres. No pensaba que la Iglesia y la televisión fueran lo mismo. Pensaba que los curas se podían equivocar, como el cura de la iglesia que no entendía que el mensaje de Dios era el amor y la justicia entre los hombres,

pero no que la Iglesia hiciera débiles a los hombres. Entonces el pasajero le dijo a Joaquín:

–El cura lo único que quiere es sacar provecho. El cura envenena almas para hacer débil al pueblo y sacar provecho. El pecado, la culpa, la penitencia, son invenciones de los curas para que la gente no se atreva a vivir la vida por sí misma. El cura no vive la vida, sólo le chupa la vida a los demás. Él no vive su propia vida. Engaña a la gente, diciéndole que es bueno ser débil y perezoso. La Iglesia no enseña a la gente a vivir la vida, sino sólo engañarse a sí misma y consentir la falta de fuerza y coraje para vivir la vida. En los pueblos todos se emborrachan pues no tienen la firmeza para enfrentarse a la vida. Los niños están flacos, pues sus papás se emborrachan o se van al Norte en lugar de ayudar a sus hijos a crecer fuertes y sanos. Vivimos en un país de perezosos, que se emborrachan, ven tele y creen en todo lo que les dicen los curas.

Joaquín y María estaba sumamente consternados. No sabían qué responder. Joaquín y María creían que el cura del pueblo no entendía el mensaje de amor de Cristo. Pero nunca habían pensado que el cura y la Iglesia se dedicaran a envenenar el alma de la gente para hacerla perezosa y débil.



¿Estás de acuerdo con el pasajero? ¿Piensas que la Iglesia y la religión no enseñan a la gente a ser honesta consigo misma y a tener la fuerza para vivir la vida, y que por el contrario, engañan a la gente al decirle que es bueno vivir una vida mediocre que se conforma con la tristeza esperando la salvación de Dios?

Entonces Joaquín le dijo al viajero:

–¿Sabe usted algo de filosofía?

–Claro– respondió éste e inmediatamente añadió:

–Ni san Agustín ni santo Tomás. El mejor de los filósofos es Nietzsche. Es el único filósofo que enseña a los hombres a vivir la vida.

¿Recuerdas que en *La historia de las preguntas ¿por qué?* Nietzsche decía que la vida es poder y fuerza como el rugido del león y el paso del elefante, y que los cristianos encierran a Dios en una iglesia haciéndolo pequeño al decir que era débil como Cristo, que amaba a los débiles? ¿Te acuerdas que en *Juguemos a preguntar* el estudioso de la filosofía de Nietzsche decía que no vale la pena amar a los débiles y perezosos pues nunca van a cambiar, como la viejita que encontró en el camino?

–Lo importante es amar la vida– dijo el pasajero. –Amar a los débiles como san Agustín, o usarlos para sacar provecho como el cura del pueblo, es un error. Eso nos hace débiles. Por eso vivimos en un país pobre, de gente perezosa. Los pobres son como la plaga, que nos infectan con su mediocridad.

–Pero es que el amor a los pobres es la mejor manera de vivir la vida– repitió Joaquín.

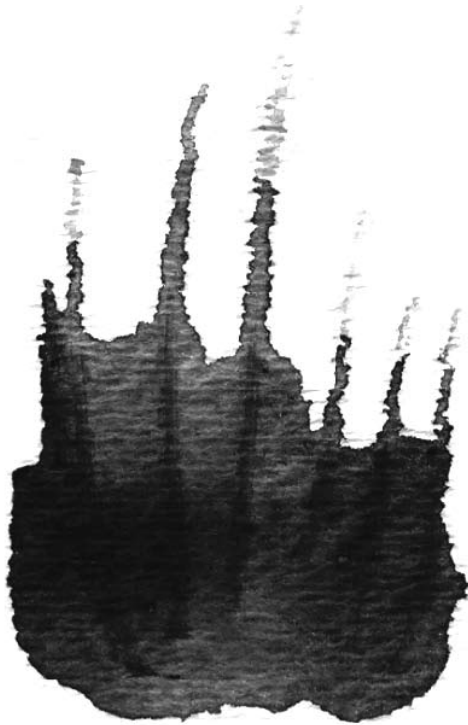
El viajero y Joaquín siguieron discutiendo y no lograban ponerse de acuerdo.

¿Tú qué opinas al respecto? ¿Crees que la Iglesia ayuda a los países a ser mejores? O por el contrario, ¿piensas que la filosofía de Nietzsche ayuda a los hombres a vivir mejor la vida y a los pueblos a ser fuertes, pues invita a la gente a no resignarse con una vida triste en la que todos se emborrachan y nadie hace el esfuerzo por ser mejor? ¿Piensas que la Iglesia es una

mentirosa y que sólo sirve para que los hombres se hagan más débiles al compadecer a los débiles, mientras los curas sacan provecho de ello?

¿Piensas que el amor a los débiles hace a la gente fuerte o por el contrario, la hace débil y perezosa?

El pasajero, María y Joaquín querían seguir discutiendo, pero en ese momento llegó el autobús que los llevaría de regreso a la ciudad. Le pagaron las quesadillas a la señora. Los niños pobres y con ropa vieja y sucia seguían jugando en la tierra. Hacía calor y subieron al autobús, donde de nuevo encendieron la televisión que por su volumen y sus imágenes de persecuciones en auto y explosiones, impidió que Joaquín, María y el señor de los bigotes anchos y largos, siguieran debatiendo.





6. Marx y los dueños de la tierra

Cuando María regresó a la ciudad después de su paseo en el campo, le contó a sus compañeros de la universidad todo lo que le había pasado. Había sido un fin de semana rico en experiencias que le parecían importantes y que quería compartir con otros estudiantes de filosofía. Sentada en la mesa de la cafetería de la facultad, en medio de humo de cigarro, libros y cuadernos, le contó a un grupo de amigos y maestros suyos los pormenores de la fiesta en la que todos se emborracharon, su encuentro con Joaquín en el autobús, la discusión con el cura, y su debate con el hombre misterioso de anchos y largos bigotes que defendía la filosofía de Nietzsche. Sus compañeros y maestros escuchaban atentamente. Todos estaban muy interesados en el relato de María, pues en los debates habían aparecido argumentos de filósofos como Sócrates, Platón y el propio Nietzsche que ellos estudiaban con gran entusiasmo.

Cuando María les contaba a sus compañeros que en el pueblo unos pocos tenían casi toda la tierra y por eso la mayoría de los hombres se tenían que ir a los Estados Unidos, un compañero de clase, que se llamaba Juan, le dijo a María:

—María, pero eso es natural. Es necesario que unos pocos tengan mucha tierra y la hagan producir con su dinero. De

nada sirve que todos tengan un poco de tierra, pero que no la hagan producir.

María estaba sorprendida. No esperaba que alguien pusiera en duda que en el pueblo todos deberían tener tierra. Entonces le respondió a Juan:

–Todos deben de tener algo de tierra. Si no, se van a Estados Unidos y dejan a sus familias solas.

–Pero que tengan tierra no quiere decir que la van a hacer producir y a generar riqueza. Con poca tierra no es posible sobrevivir. Lo que se necesita es que haya algunos que sean verdaderamente ricos, que produzcan mucho con sus tierras y que le den trabajo a los demás– le dijo Juan.

–Pero es que tienen tanta tierra, que a los otros no les dejan nada y tampoco les dan trabajo, por eso se tienen que ir al Norte– respondió María.

–Yo creo que un país sin ricos– le dijo Juan –es un país que no va a ningún lado. Los ricos trabajan mucho. Merecen ser ricos. No es justo quitarle a los ricos que trabajan mucho las tierras para dárselas a los pobres que no trabajan y que aunque tuvieran terrenos y parcelas, como no tienen dinero, no pueden sembrar más que un poco de maíz, apenas para el autoconsumo.

María y Juan no lograban ponerse de acuerdo. El resto de los compañeros escuchaba atentamente. La cafetería estaba envuelta en una espesa nube de humo.

¿A quién le darías la razón? ¿A María que dice que en los pueblos se tendría que repartir la tierra para que todos pudieran trabajar y los hombres no tuvieran que irse al Norte o a Juan, que opina que es necesario que unos pocos tengan mucha tierra y mucho dinero para que hagan producir la tierra misma y le den trabajo a los demás?

–Tener poca tierra no sirve de nada– le dijo Juan a María –de todas formas se necesita dinero para producir maíz y calabazas, manzanas y plátanos. De nada sirve tener poca tierra. Lo indicado es que haya grandes productores, que

vendan muchos productos y que le den trabajo a los que no tienen tierra.

–Pero los que tienen poca tierra no la pueden hacer producir porque los que tienen mucho acaparan todo el mercado. Tienen grandes bodegas en la ciudad, donde sólo guardan sus productos. Los que tienen poco no pueden competir y eso es injusto.

En ese momento un profesor que estaba sentado en la mesa dijo:

–Yo apoyo a María. María utiliza los argumentos de Marx. La tierra, como las fábricas, son de quién las trabaja. Yo estoy de acuerdo con Marx en que la tierra y las fábricas deben ser de los campesinos y los obreros. Ellos no tienen que pedirle trabajo a los patrones, pues ellos al trabajar tienen derecho a ser dueños de las fábricas y de las tierras.

Entonces otro profesor, que estaba sentado en el otro extremo de la mesa intervino:

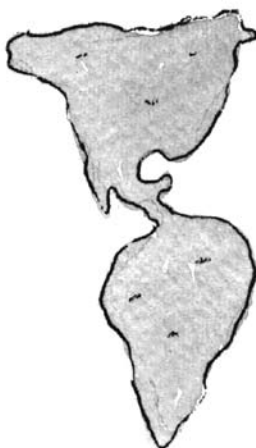
–No, yo no estoy de acuerdo. Marx se equivoca. Hacer a los campesinos y a los obreros los dueños de la tierra y de las fábricas es una fantasía. Los campesinos y los obreros no les gusta trabajar. Sólo los que verdaderamente trabajan deben ser los dueños. Y ellos les deben dar trabajo a los obreros y a los campesinos. Si un hombre se hace rico por tener una fábrica o muchas tierras, es gracias a su esfuerzo y a su inteligencia. Nadie debe quitarle lo que con su esfuerzo consiguió, además de que produce riqueza para el país. Darle tierra a todo el mundo o hacer de los obreros los dueños de la fábrica es matar al país. Marx se equivoca, el filósofo que entiende bien este problema es Adam Smith.

–¡Adam Smith!– exclamó el otro profesor –ese filósofo sólo piensa para los ricos, los dueños de las tierras y las fábricas, no para el pueblo. El filósofo del pueblo es Marx.

–Pero no siempre el pueblo tiene la razón. No podemos cortarle la iniciativa a la gente que sabe y que le gusta trabajar

—respondió el profesor que defendía a Adam Smith— si le damos las tierras y las fábricas a los campesinos y a los obreros, éstas quebrarían muy pronto. Los obreros y los campesinos no tienen la educación para hacer caminar al campo y a la industria. No saben hacer riqueza, y la riqueza es la sangre del país.

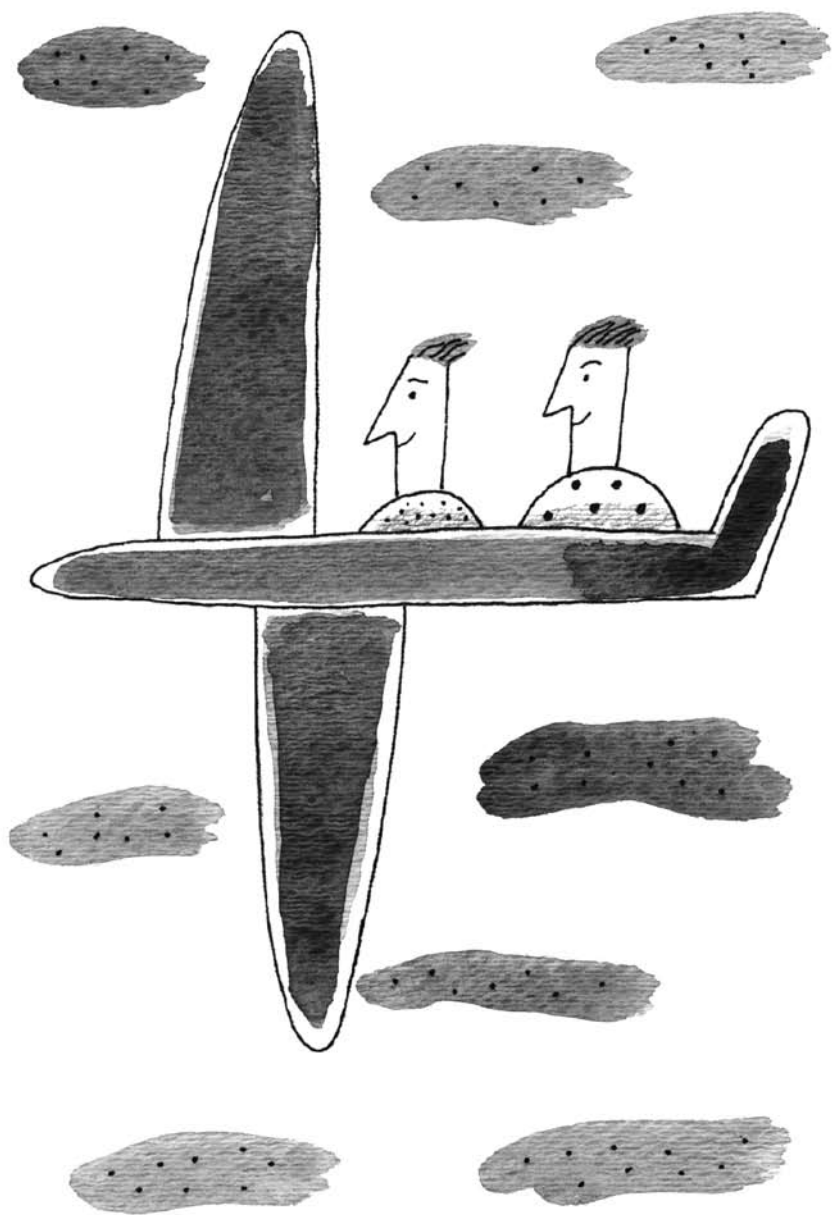
En ese momento, la discusión estalló entre todos los que estaban en la cafetería. Algunos defendían a María y al profesor que enseñaba a Marx, y otros a Juan y al profesor que enseñaba a Adam Smith. Los contrincantes de la discusión disparaban sus argumentas como dardos, que buscaban herir de muerte a sus contrincantes. Hacían preguntas y planteaban problemas que como obstáculos buscaban impedir a sus adversarios ganar terreno en el debate. Eran tantos los argumentos y tan acalorada la polémica que todos los estudiantes y los profesores que estaban en la cafetería de la facultad no se dieron cuenta de que era ya hora de ir a clases. No se daban cuenta de que era la hora de la clase, pero en realidad estaban tomando una muy buena lección, pues el debate les obligaba a conocer a su país, los problemas de su país y a fin de cuentas, los obligaba a enriquecer sus puntos de vista.



¿Del lado de quién estás tú? ¿De María o de Juan? ¿De Marx o de Adam Smith? ¿Crees que los campesinos y los obreros deben ser dueños de las tierras y de las fábricas? ¿O piensas más bien que algunos pocos deben ser dueños de todas las tierras y las fábricas, pues realmente son los únicos que saben producir riqueza y pueden darle trabajo a los demás?

¿Estás de acuerdo en que si todos tienen tierra no van a poder producir, pues a cada uno le toca un pedazo muy pequeño? ¿Te parece bien que unos pocos tengan toda la tierra y no le toque nada a los demás? ¿Cómo organizarías tú el problema de la posesión de la tierra y las fábricas para que la gente ya no tenga que irse a los Estados Unidos? ¿Te parece bien que los hombres se vayan a Estados Unidos y dejen solas a sus familias?

¿Qué crees que pasa en México? ¿Por qué tanta gente se tiene que ir al Norte?



7. San Francisco y Bacon:
¿los animales y la naturaleza
son una máquina?
¿Nos conviene abusar
de la naturaleza?

Un día un fraile franciscano llegó en avión a la ciudad de México. Venía de un pueblo en Europa muy pequeño, rodeado de montañas arboladas. Este fraile, como San Francisco, amaba la naturaleza. Amaba a los zorros y a los pájaros, a los venados y a los búhos y solía platicar con ellos en sus paseos por el bosque. El fraile franciscano había leído algunos libros de historia y sabía que el valle de México había sido un lugar excepcional: hermosos lagos se alimentaban de grandes ríos que bajaban de las serranías arboladas. El paisaje era famoso por su claridad y sus lejanías, coronadas por la nieve perpetua de dos colosales volcanes: el Popocatepetl y el Iztaccihuatl. El valle de México, sin lugar a dudas, era uno de los lugares más ricos y bellos del mundo.

“¿Cómo era posible que en el Valle de México en el que antes había lagos y ríos, árboles centenarios y tierra fértil, ahora existiese una capa de asfalto llena de coches que vomitaban ruido y humo? ¿Qué había sucedido para que un valle con el aire limpio y transparente, tuviese una permanente nube de plomo, que le había robado al cielo su profundo color azul? ¿Qué sucedió para que en lugar de águilas y halcones, en lugar de mariposas y golondrinas que cantaban al atardecer, hubiese embotellamientos y gente cansada dentro de sus coches?”

El fraile franciscano, al aterrizar sobre la ciudad de México se hacía preguntas como éstas. El fraile al ver por la ventana del avión se dio cuenta de la enormidad de una ciudad donde nadie sembraba maíz y no crecían flores. Sólo había coches y más coches, bajo un manto de contaminación. El fraile al ver la Ciudad de México, pensó que ésta nada tenía que ver con los libros de historia que había leído.

Pensando en voz alta, el fraile se dijo a sí mismo:

–“Dios mío, qué hemos hecho los hombres con este valle maravilloso. Lo hemos convertido en un gran cementerio donde no hay árboles, agua limpia ni animales. Hemos aniquilado la vida”

–Ese es el precio del progreso– le dijo un hombre que estaba sentado junto a él y que tenía una corbata muy fina.

–¿A qué se refiere?– le preguntó el fraile franciscano –explíquese por favor.

–El progreso ha hecho que los hombres seamos civilizados, quizá al precio de acabar con algunos árboles. Pero sin duda somos mejores ahora que tenemos autos y grandes ciudades, que antes cuando andábamos a pie o en el mejor de los casos a caballo.

–¿Pero si no sembramos, qué vamos a comer?– respondió el fraile franciscano.

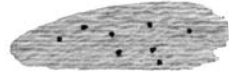
–La ciencia ha mejorado las técnicas de siembra y cosecha– respondió a su vez el hombre de la corbata.

–¿Pero, qué entiende usted con mejorar? Los fertilizantes y los insecticidas industriales, son venenos para la tierra y el cuerpo humano– replicó el fraile.

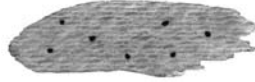
–El daño al cuerpo humano y a la tierra es mínimo. Es un costo que se debe pagar, en comparación con la gran cantidad de gente que puede alimentarse por hectárea cultivada con las modernas técnicas de siembra.

El fraile franciscano estaba atónito. El hombre de la corbata tenía respuesta a todas sus preguntas. A todas luces la Ciudad

de México era un desastre ecológico. Y sin embargo, los coches, la luz eléctrica, el metro, eran avances tecnológicos que ayudaban al hombre a ser mejor.



–Saber es poder, afirmó Bacon– le dijo el señor de la corbata al fraile franciscano –La ciencia y la tecnología



nos ayudan a dominar la naturaleza. De este modo el hombre no es aplastado por los ríos y las tormentas, por las plagas y las sequías.

–Pero si destruimos a la naturaleza, si acabamos con el agua y con los bosques, terminaremos por destruirnos a nosotros mismos– respondió el fraile franciscano– el hombre es sólo una parte de la naturaleza y si la destruye, se destruye a sí mismo.

–Pero es que tenemos que dominar y usar a la naturaleza, tenemos que construir carreteras y fábricas. El progreso es el motor de la economía, y si no hay una buena economía y mucho dinero, la vida no vale la pena.

–¡El progreso no debe destruir a la naturaleza. No por hacer dinero, el hombre ha de acabar con la naturaleza que es su madre y le da de comer!– le respondió el fraile alarmado.

–La naturaleza no es la madre de nadie. La naturaleza es sólo un recurso que hay que aprovechar– le dijo a su vez el hombre de la corbata.

El fraile franciscano y el hombre de la corbata discutían vehementemente, sin llegar a un acuerdo.

¿Tú a quién le darías la razón? ¿Al fraile o al estudioso de Bacon? ¿Recuerdas que en *La historia de las preguntas ¿por qué?* Bacon decía que el hombre debía hacer experimentos para dominar a la naturaleza? ¿Te acuerdas que decía que saber es poder?

¿Estás de acuerdo con Bacon en que hay que dominar a la naturaleza? ¿O estás de acuerdo con el fraile franciscano en que ese dominio de la naturaleza no se tiene que convertir

en su destrucción? ¿Te parece bien lo que los hombres hemos hecho con el valle de México y otros muchos lugares del planeta que eran bellísimos y ahora son ciudades enormes y llenas de contaminación?

¿Crees que el dominio y destrucción de la naturaleza debe ser el motor de un progreso y una economía que no tienen fondo y necesitan acabar con los bosques y las selvas para desarrollarse?

¿Cómo detendrías la destrucción de la naturaleza, si las grandes compañías necesitan vender autos que consumen petróleo, que al ser extraído de la tierra destruye selvas y bosques? ¿Cómo pararías la destrucción de la naturaleza, si todo el mundo compra los autos que anuncian en la televisión?

El fraile franciscano volvió a la carga y le dijo al señor de la corbata:

–Es que la naturaleza es nuestra madre. Tenemos que cuidarla, pues ella nos da la vida.

–Sin ciencia, sin tecnología y progreso no viviríamos más de 40 años. ¿Se imagina, antes para venir a México desde Europa en un barco sin motor, el hombre tardaba al menos tres meses, expuesto a muchas enfermedades y a los peligros del viaje, como las tormentas? Ahora, en 12 horas, podemos llegar cómodamente sentados en un avión.

El fraile franciscano guardó silencio unos instantes. En ese punto, el hombre de la corbata parecía tener razón.

¿Crees tú que el hombre podría sobrevivir en la selva o el bosque solo, sin tecnología? ¿Los hombres podríamos vivir sin los inventos que nos hacen la vida más fácil? Antes la gente se moría de un resfriado o de una muela infectada. ¿Crees que los antibióticos o los dentistas son malos, porque se apartan de la naturaleza?

Antes de que el fraile franciscano o el hombre de la corbata siguieran intercambiando argumentos, una de las azafatas que venía escuchando su conversación, les dijo:

–Es muy sencillo, tienen que alcanzar un equilibrio... Un equilibrio entre el cuidado de la naturaleza y el progreso.

–Pero el progreso es muy voraz– contestó el fraile franciscano –los hombres se hacen ricos con el progreso, con las máquinas que destruyen a la naturaleza, y la sed de riqueza de los hombres no cesa nunca.

–Lo que no cesa es el progreso de la humanidad. El hombre civilizado domina a la naturaleza sin cesar– dijo el hombre de la corbata.

–El hombre civilizado no domina a la naturaleza– corrigió el fraile franciscano –convive con ella, la ama y aprende de ella.

–Sin progreso no podríamos estar en este avión– replicó el hombre de la corbata. --probablemente usted ya se hubiera muerto de viruela en un convento medieval.

–Tal vez, pero ahora nosotros viajamos hacia una ciudad que es un gran desastre ecológico.

El fraile franciscano y el señor de la corbata empezaron a discutir nuevamente. Los argumentos formaban un torbellino vertiginoso. La azafata volvió a intervenir:

–Señores, lo importante es el equilibrio. Sin equilibrio, esto ustedes lo deben saber, nada es posible en la vida. Podemos vivir sin ciencia y sin progreso. Tal vez, pero la vida sería muy difícil. El progreso es necesario. Pero debemos cuidar a la naturaleza, miren lo que el hombre ha hecho con el Valle de México y cómo vive la gente en esa ciudad. Es una tristeza. Necesitamos un equilibrio entre el progreso y la naturaleza.

–¿Y cómo conseguiremos ese equilibrio, si los hombres utilizamos el progreso que destruye la naturaleza, para satisfacer su sed de riqueza?– dijo el fraile franciscano –sólo el espíritu, la comunión espiritual entre el hombre y la naturaleza nos puede llevar a salvarla y a salvarlos a nosotros mismos.

–Antes que cultivar el espíritu hay que comer y sobrevivir... y para ello hay que dominar a la naturaleza– respondió el señor de la corbata, desatando una vez más la discusión.

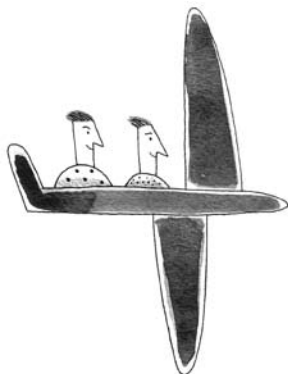
La azafata quiso intervenir para calmar los ánimos, pero la voz del capitán del avión anunció que había que abrocharse los cinturones y enderezar los asientos, pues estaban por aterrizar. Al fraile y al señor de la corbata no les quedó más que seguir las instrucciones del capitán y guardar silencio.

El fraile franciscano veía por la ventana el mar de luces que era la Ciudad de México. Era ya de noche. El avión aterrizó en el aeropuerto. Debido a la gente que salía a recoger sus maletas y el bullicio de los pasillos, el fraile no volvió a ver al señor de la corbata. El fraile se quedó pensando en la pregunta que le había hecho la azafata:

“¿Cómo alcanzar el equilibrio? ¿Cómo alcanzar el equilibrio entre el progreso y el cuidado de la naturaleza?”

¿Tú cómo responderías a esta pregunta? ¿Estás de acuerdo con la azafata en que esa es la mejor solución al problema de la destrucción de la naturaleza al que se enfrenta el hombre? Pero si los hombres son ambiciosos y se enriquecen con el progreso que destruye la naturaleza, ¿cómo combatirías la ambición de los hombres?

¿Crees que la vida del espíritu y la comunión con la Naturaleza es la mejor manera de salvar al hombre y a la naturaleza misma, como dice el fraile franciscano? ¿O piensas que es necesario dominarla para poder sobrevivir?



8. La basura y los pueblos

Un día un señor que se llamaba Pedro y que era un ecologista amante de la naturaleza, llegó a un pueblo muy bonito. Todas las bardas de las casas estaban pintadas de blanco y los techos eran de teja. El pueblo era muy pequeño, así que se alcanzaban a ver algunos sembradíos al final de las calles empedradas.

Sin embargo, Pedro notó que el pueblo tenía mucha basura: bolsas de plástico, botellas de refresco, latas de conservas estaban tiradas en la calle y también en los propios sembradíos de maíz, jitomate y frijol. Algunas bolsas de plástico estaban enredadas en las ramas de los arbustos y el río del pueblo olía a jabón y estaba lleno de espuma.

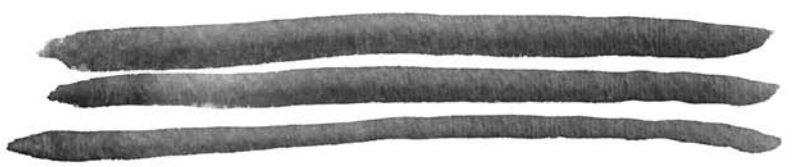
Pedro se dijo a sí mismo:

Es una lástima, este pueblo es muy bonito, sólo que todo está lleno de basura. Las calles, los sembradíos y el río tienen basura. Me parece que la gente de aquí no quiere a su pueblo.

Entonces Pedro le preguntó a un viejo que venía arreando a unas mulas cargadas de leña:

–Señor, ¿por qué hay tanta basura en el pueblo?

El anciano, que se llamaba Cipriano, en un principio se sintió molesto porque alguien de fuera del pueblo le hacía



una pregunta incómoda. Pero unos instantes después, le contestó:

–En mis tiempos, cuando yo era joven, este pueblo era muy limpio. Recién hace pocos años que nos llenamos de bolsas de plástico, botellas de plástico, todo de plástico. Antes nos bañábamos en el río, ahora es un cochinerito.

–¿De dónde viene la basura?– le preguntó Pedro a Cipriano. El viejo se quedó unos instantes en silencio pensando... “¿De dónde viene la basura?...”

¿Tú te has hecho esa pregunta? ¿Cuándo empezó a haber basura en los pueblos y en las ciudades? ¿Tú crees que siempre ha existido la basura? ¿Cuándo apareció la primera basura en el mundo? ¿Crees que en la época de Platón, por ejemplo, los ríos estaban llenos de botellas de refresco o latas de cerveza?

–Pues yo creo que la basura empezó con las compañías que venden sus productos– dijo Cipriano –Antes todo era natural y se deshacía con el sol y la lluvia o lo quemábamos. Como el rastrojo de la milpa, por ejemplo. Ahora no podemos quemar las latas de conservas y el plástico huele muy mal. Por eso creo que el río está lleno de botellas de plástico. Las compañías ensucian al pueblo– concluyó Cipriano entre enojado y triste.

–¿Pero por qué las compañías venden sus productos en botellas que se convierten en basura y contaminan?– le preguntó Pedro a Cipriano. –¿No se dan cuenta de que ensucian el pueblo?

Otra vez el anciano no sabía qué responder.

¿Tú te has preguntado por qué la Coca-cola por ejemplo, vende el agua o sus refrescos en botellas que se convierten en basura? ¿Por qué las compañías no toman cuidado de que los empaques de sus productos no ensucien los pueblos?

Yo pensé cuando llegué a este pueblo que la gente de aquí no quiere el lugar en donde vive, pues todo está lleno de basura– le dijo el ecologista a Cipriano.

–¡Claro que los que vivimos aquí queremos a nuestro pueblo!– dijo Cipriano con el orgullo herido– Por supuesto que lo queremos. Sólo que no sabemos qué hacer con la basura. ¿Ve usted esa loma? Bueno, atrás hay una barranca que está llena de basura. Antes en esa barranca había casi todo el año flores y mariposas. Ahora huele horrible. Es un cochinerito.

–¿Pero entonces las compañías no se ocupan de limpiar la basura de sus productos?– le preguntó Pedro a Cipriano.

–No, la verdad ellos no se ocupan de eso– le respondió el viejo secamente.

Esta vez quién guardó silencio fue Pedro que no podía creer que las compañías no se ocuparan de recoger los envases y los empaques de sus productos. Entonces le dijo a Cipriano:

–Entonces los que no quieren al pueblo son los dueños de las compañías. ¿Por qué venden productos que generan basura y además no la recogen?

–Si, las compañías no quieren al pueblo– respondió Cipriano –Y bueno, nosotros también somos culpables. Compramos los productos que nos anuncian en la televisión, aunque nos demos cuenta de que producen basura.

¿Estás tú de acuerdo con Pedro y Cipriano en que las compañías que venden sus productos en empaques que se vuelven basura, no quieren a los pueblos? ¿Por qué le venden basura a la gente? ¿Por qué no se preocupan por recogerla?

Cipriano y Pedro se miraban en silencio. Cipriano le dijo a Pedro:

–Venga usted a ver el río. Se va a morir de tristeza.

En el camino Cipriano le preguntó a Pedro:

–¿Por qué la gente compra productos que producen basura?

–Usted ya me lo dijo. Porque anuncian los productos en la televisión.

–¿Por qué le hacemos caso a la televisión?– preguntó a su vez Cipriano.

Pero antes de que Pedro le respondiera llegaron al río. Pedro, al verlo, efectivamente se puso muy triste. El río estaba muy sucio, tenía espuma, olía mal y por supuesto no tenía ningún pez.

–Es que río arriba, como a dos kilómetros– confesó Cipriano –hay una fábrica de zapatos. Echan todos los químicos al río...

Pedro ya no le quiso hacer ninguna pregunta ni ningún comentario a Cipriano. Los dos se daban cuenta de que ni la gente del lugar, ni las compañías que vendían sus productos en la televisión, ni la fábrica de zapatos, querían al pueblo.



–Es qué la gente no se quiere a sí misma– le dijo Cipriano a Pedro.

Pedro asintió con la cabeza y no dijo nada más.

¿Estás de acuerdo con Cipriano en que la gente tira basura y las fábricas contaminan los pueblos por que las personas no se quieren a sí mismas? ¿Por qué la gente y las fábricas tiran basura y contaminan los pueblos? ¿Para sacar dinero? Pero si a nadie le gusta vivir en lugares sucios y contaminados, ¿por qué hay tanta basura en algunos pueblos?

¿En tu pueblo o en tu ciudad, qué hace la gente con la basura? ¿Alguien se preocupa no sólo de recogerla, sino de que no se produzca?

¿Cómo solucionarías el problema de la basura? ¿No te parece que lo mejor sería no producirla, es decir, vender productos en envases que no contaminen y pedirle a las fábricas que no echen químicos a la tierra, el agua y el aire?

¿Tú crees que la Coca-cola, Sabritas y todas la compañías y las fábricas que generan basura y contaminan, quieren a México? ¿Por qué en la televisión anuncian compañías que producen basura? ¿Por qué la gente compra sus productos?

Pedro y Cipriano regresaron al centro del pueblo recogiendo bolsas de plástico y basura. Aunque no sabían dónde tirarlas, cuando menos dejaron el camino limpio. Más tarde fueron juntos a comer, pues se habían hecho buenos amigos.

III. Preguntemos por nuestro mundo

1. El niño que pregunta a su papá

Un niño que se llamaba Luis le hacía muchas preguntas a su papá:

–Papá, ¿por qué el cielo es azul?

–Papá, ¿dónde termina el tiempo?

–Papá, ¿por qué hay tantos coches en la ciudad?

–Papá, ¿por qué tienes la frente arrugada?

–Papá, ¿algún día te vas a morir?

–Papá, ¿Dios es bueno?

–Papá, ¿quieres a mi mamá? ¿Siempre van a vivir juntos tú y ella?

Muchas preguntas le hacía Luis a su papá. Y bueno, cuando su papá podía responderlas, pues daba su mejor respuesta. Cuando no podía, guardaba silencio. Y a veces, cuando estaba cansado, le decía:

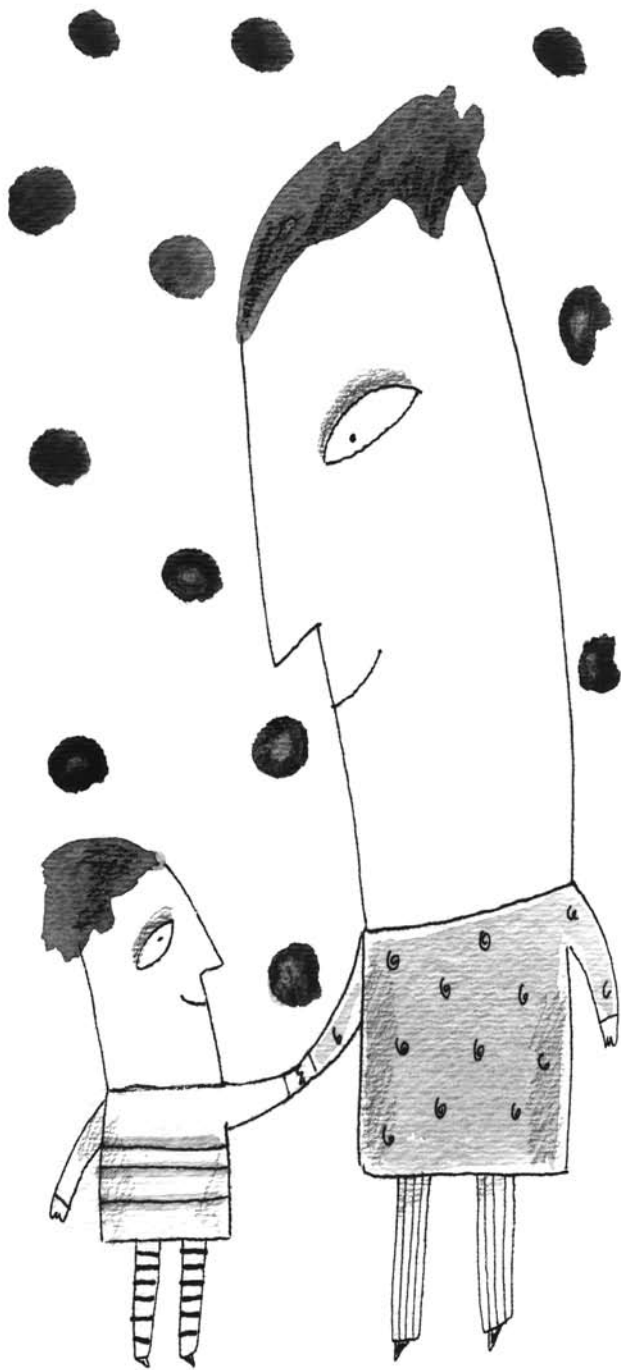
–Luis, hijo mío, ¡deja de preguntar!

¿Tú le haces preguntas a tu papá? ¿Por qué crees que los niños le hacen preguntas a sus papás?

Cuando tu papá no puede responder a tus preguntas, ¿qué es lo que hace? ¿Te dice que ya no preguntes? ¿Se queda callado?

Un día Luis le preguntó a su papá:

–Papá, ¿por qué los adultos no le preguntan a los niños cosas importantes respecto de cómo debería ser el mundo?



El papá de Luis se quedó callado, no sabía cómo responder.

–Papá, he oído que los adultos construyen un mundo para los niños, y sin embargo, nunca nos preguntan cómo debería ser el mundo. ¿Por qué los adultos no le preguntan a los niños cómo debería ser el mundo?

–Es que los niños tienen que crecer– le respondió Luis a su hijo.

–Pero si nosotros hacemos preguntas que nos ayudan a crecer y a ser mejores, por qué los adultos no nos preguntan a los niños cosas importantes. ¿Los adultos nos preguntan si nos gusta una escuela con maestros enojones que no quieren dar clases? ¿Los adultos nos preguntan si nos gusta una ciudad con tráfico? ¿Cómo van a saber los adultos de qué manera hacer un mundo agradable, con escuelas bonitas y ciudades sin tráfico, si los adultos no nos preguntan a los niños cómo debería ser el mundo?

El papá de Luis no sabía qué responderle a su hijo. Nunca se había puesto a pensar no sólo que los adultos no responden a las preguntas de los niños, sino tampoco les hacen preguntas.

¿Crees que el mundo sería mejor si los adultos preguntaran a los niños sus opiniones sobre cosas importantes, como el número de parques en la ciudad, la cantidad de coches que debería haber en las calles o la mejor manera de organizar las escuelas, para que no hubiera profesores regañones, que más bien parecen policías?

¿Por qué crees que los adultos no le preguntan a los niños?

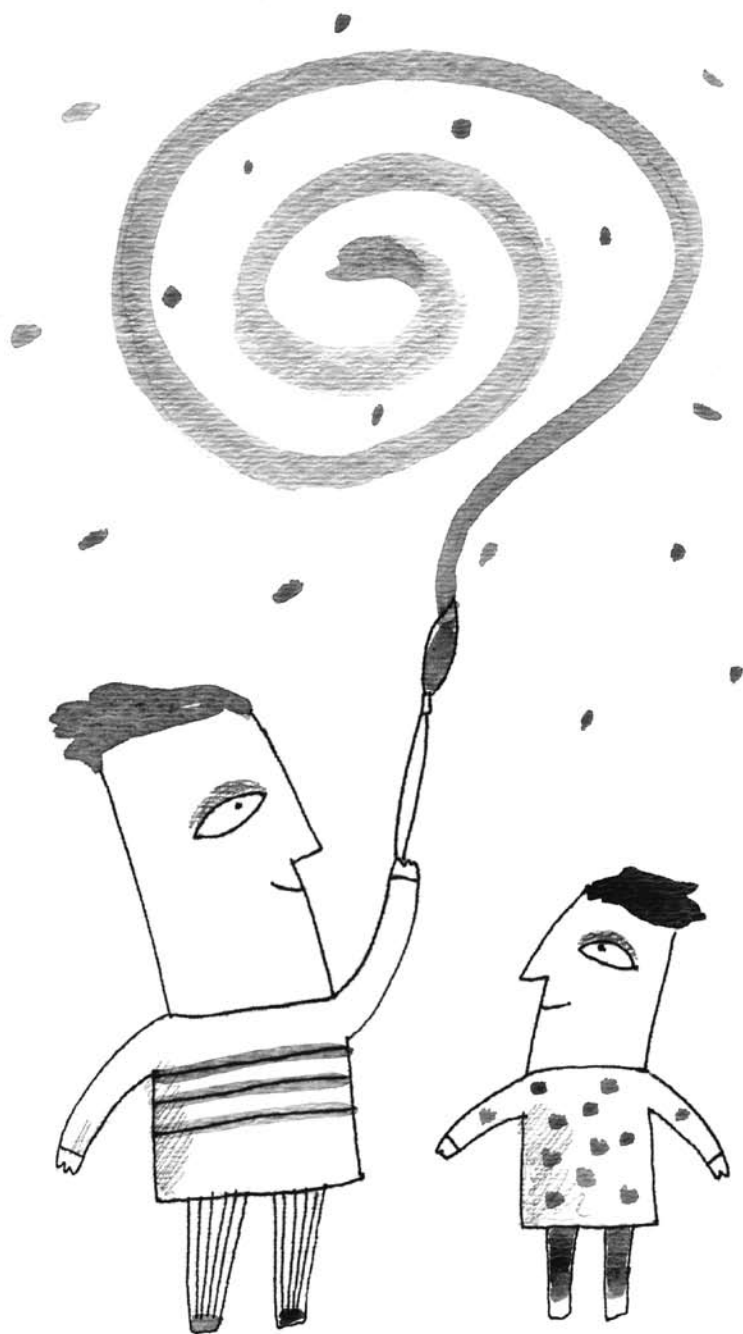
¿Será porque los adultos tienen miedo de sus respuestas?

¿Será porque a los adultos ya se les olvidó preguntar?

¿Cómo van a crecer los adultos, si no le hacen preguntas a los niños?

¿Cómo sería un mundo en el que los adultos se preocuparan por conocer las opiniones de los niños?

¿Le has preguntado a tus papás o a los adultos, por qué no le hacen preguntas a los niños sobre cosas importantes?



2. La pintura y las pantallas

Un día de otoño un Joven que se llamaba Nicolás fue a visitar a su abuelo que vivía en un pueblo rodeado de hermosos bosques. Su abuelo se llamaba Jacinto.

Nicolás había nacido en una ciudad con restaurantes, bares, centros comerciales, cafés y muchos cines. A Nicolás le gustaba ver en televisión documentales sobre animales, sobre historia y arte. También le gustaba ir al cine a ver los estrenos y los ciclos de cine internacional. A veces también veía alguna película en su computadora. A través de su computadora misma, de la televisión y de la gran pantalla, Nicolás conocía cómo vivían muchos pueblos y culturas de todo el mundo.

El abuelo de Nicolás era pintor de caballete. Su casa era muy bonita. Tenía cuadros colgados en todas las paredes, botes con pinceles y telas, libros en algunas repisas y eso sí, una tornameza, junto a un baúl con muchos discos antiguos con lo mejor de la música clásica y del jazz. Sin embargo, para asombro de Nicolás, el abuelo Jacinto no tenía computadora donde ver películas, DVD, ni televisión.

–Abuelo– le dijo Nicolás a Jacinto –¿por qué no tienes televisión?

–En mis tiempos apenas empezaba la televisión. Algunos tenían radio.

–Pero te compraste un tocadiscos– le respondió Nicolás

–¿Por qué no te compraste una televisión?

–No me gusta– le respondió su abuelo.

–¿No te gusta?– inquirió Nicolás, mientras se decía a sí mismo:

“A mi abuelo no le gusta la televisión. Entonces no le gusta ver películas”.

–¿Por qué no te gusta la televisión abuelo?– preguntó Nicolás e inmediatamente le dijo: –No tienes televisión, no tienes computadora y en este pueblo no hay cine. No puedo entender el mundo sin televisión ni cine.

–Ese es el punto– le respondió Jacinto a su nieto– El punto es que tenemos mundos diferentes. No es que yo no tenga mundo, sino que son diferentes– añadió colocando un lienzo sobre su caballete y disponiéndose a hacer una pintura del bosque que se veía por la ventana.

–¿Qué quieres decir?– le preguntó Nicolás.

–Mira– le dijo su abuelo– mi mundo es ese bosque, y la tela en la que lo plasmo. Poco a poco los colores caen sobre el lienzo, el volumen aparece con la luz, y la atmósfera y el tiempo nacen en el pincel, que es uno con el bosque y con mi cuerpo. Este es mi mundo. Pintar un cuadro me lleva a veces una semana o un mes. Mi tiempo y mi vida tienen los colores del bosque, y el bosque cambia cada mañana y cada atardecer, y se viste con diferente ropaje al paso de las estaciones. ¿Cómo es tu mundo? ¿Cómo es el mundo de la computadora, de la televisión y del cine? ¿Cómo es el mundo de la pantalla?– le preguntó entonces Jacinto a Nicolás.

Nicolás estaba desconcertado. Al principio pensaba que el que no tenía mundo era su abuelo, pues no tenía televisión y no iba al cine. Ahora se daba cuenta de que el mundo de la pintura era muy rico pues tenía un tiempo y una atmósfera, y el pincel y las telas jugaban con la luz, y los tonos verdes y ocre del otoño vibraba en el ojo y el corazón de su abuelo.

Jacinto le repitió la pregunta a Nicolás:

–¿Cómo es el mundo de la televisión y el cine?

¿Tú te has hecho esa pregunta? ¿Cómo describirías el mundo de las pantallas? ¿Es rápido o lento? ¿Qué siente tu cuerpo cuando prendes la televisión o cuando vas al cine? ¿Se siente lo mismo dibujar o pintar un cuadro, que te puede llevar toda una tarde o una semana, que ver una película? ¿Qué es más fácil, dibujar o ver la tele? ¿Qué te da más satisfacción, pintar y agregar poco a poco los colores, usando crayolas o pinceles, para sentir como nace poco a poco la figura, o ver una buena película en un pantalla de cine con sonido estéreo?

Antes de que Nicolás le respondiera a su abuelo, éste tomó la palabra:

–Es que cuando yo era joven había más tiempo para el arte. Ahora la vida es instantánea, como una foto digital que se toma y se puede borrar. Las imágenes de la pantalla no nos dejan tiempo para sentir y percibir. La gente vive la vida como un producto desechable, que se usa y se tira. Los jóvenes no tienen tiempo para vivir la sustancia de la vida.

–No lo creo– respondió Nicolás– Yo creo que son mundos diferentes. No creo que antes lo hombres sintieran más que ahora. Yo creo que cada época tiene su sensibilidad. Antes la gente disfrutaba pintando cuadros y pasando su vida sentada en la terraza de su casa. Ahora disfrutamos manejando un auto deportivo en la autopista y viendo películas en la pantalla de la computadora y la televisión. Cada mundo tiene su ritmo, cada mundo tiene su atmósfera y su sensibilidad.

–No, no estoy de acuerdo– respondió el abuelo Jacinto– Ahora ustedes ven tantas cosas, que en realidad no ven nada. Están ciegos por ver todo tan rápido, están ciegos por saturación.

–No lo creo– respondió Nicolás –el mundo de la comunicación, el mundo de las pantallas, nos dejan ver cosas que ustedes nunca vieron. Gracias a la televisión podemos conocer culturas y paisajes, épocas de la historia, que ustedes sólo

conocían por los libros o algunas revistas ilustradas. Nosotros vemos en televisión los viajes de los astronautas, la vida de los peces en el fondo del mar.

–Pero nosotros teníamos tiempo...– respondió el abuelo

–Tiempo para ver y para sentir. Ese tiempo hace visibles cosas que la prisa deja invisibles. Podemos sentir los colores de la montaña en nuestro propio corazón.

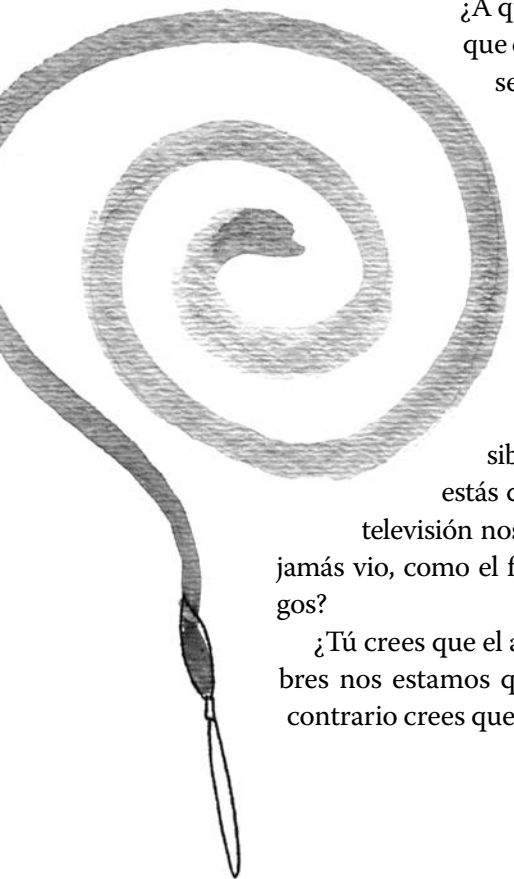
–Nosotros en la televisión vemos montañas muy altas como los Himalayas. Montañas que sin la televisión jamás los hombres hubieran podido ver– le respondió Nicolás a su abuelo.

Jacinto y Nicolás guardaron silencio. Un rayo de sol entró por la ventana a la vez que Jacinto dibujaba los primeros trazos del paisaje con un carbón sobre la tela.

¿A quién le darías la razón? ¿Al abuelo Jacinto que decía que antes la gente tenía tiempo para sentir y crear, como el pintor que le lleva semanas hacer un cuadro, o a Nicolás, que decía que gracias a la televisión, el Internet y al cine, la gente puede tener imágenes de todo el mundo en tan sólo unos segundos?

¿Estás de acuerdo con el abuelo Jacinto que dice que por tantas imágenes instantáneas, la nuevas generaciones no podemos ver nada, pues tenemos la sensibilidad anestesiada y atrofiada? ¿O más bien estás de acuerdo con Nicolás en que el cine y la televisión nos permiten ver cosas que el hombre antes jamás vio, como el fondo del mar o el vuelo de los murciélagos?

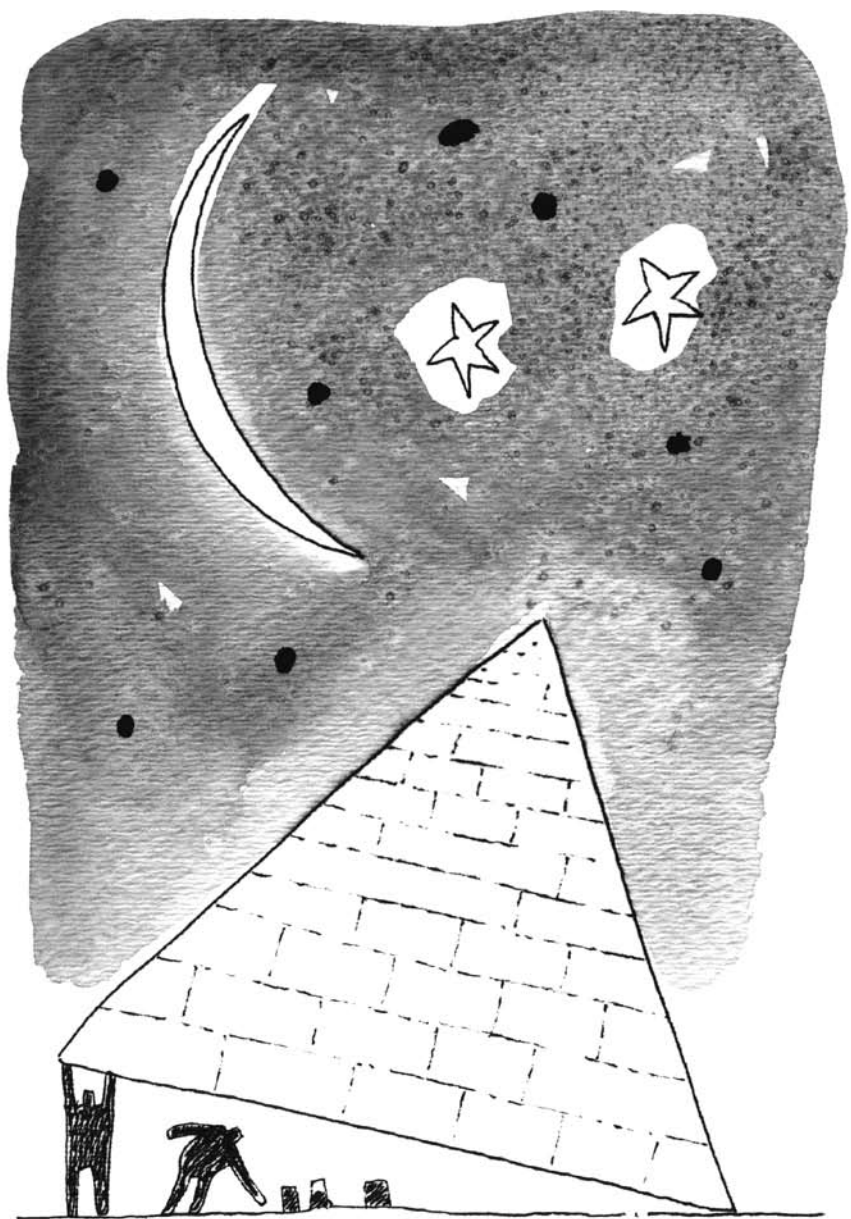
¿Tú crees que el abuelo Jacinto tenía razón y que los hombres nos estamos quedando ciegos por saturación o por el contrario crees que las imágenes de la televisión y el cine nos



permiten conocer muchos lugares y culturas y nos permiten también sentir y percibir?

¿Qué diferencia encuentras entre la vida que no tenía cine ni televisión y la vida actual?

¿Crees que es mejor un mundo que otro? ¿Cuál prefieres?
¿Por qué?



3. El arqueólogo Rufino

Un día un científico explorador que se llamaba Rufino llegó a un pueblo buscando algunos vestigios arqueológicos. Estaba tras unas pequeñas pirámides de una cultura antigua que estaban enterradas al pie de una montaña. Rufino repasaba mentalmente algunos datos de la cultura a la que pertenecían las pirámides:

“Las pirámides que deben estar al pie de aquella montaña pertenecen al periodo Pre-clásico de la cultura maya. La cultura maya, como todas las culturas prehispánicas, era una cultura primitiva que no conocía el uso de los metales”.

Rufino subió a su jeep con todos los implementos que necesitaba para sus excavaciones: una brújula, pico, pala, escobillas para limpiar las piezas como estatuillas, platos o jarrones que extrajera, así como un cuaderno donde anotar sus descubrimientos y observaciones. Rufino contrató en el pueblo a un joven que se llamaba Toño para que lo ayudara a excavar y guardar las piezas en unas cajas especiales, para después estudiarlas y llevarlas al museo arqueológico de la ciudad.

Cuando Rufino estaba escarbando en uno de los primeros montículos que estaban al pie de la montaña, encontró una vasija en perfecto estado.



–¡Que maravilla!– exclamó –¡Esta pieza corrobora mis investigaciones! Los dibujos de la vasija comprueban que los pobladores antiguos de esta región pertenecieron al periodo Pre-clásico de la cultura maya. En efecto, era una cultura precolombina que no conocía el uso de los metales. Sólo sabían rudimentos de agricultura y recolección. Esta cultura era una cultura primitiva.

Para sorpresa de Rufino, su ayudante, Toño, le respondió:

–No entiendo por qué usted dice que la cultura maya era una cultura precolombina. Los mayas de esos tiempos, no dirían eso, pues Cristóbal Colón ni siquiera había nacido. ¿Por qué no averigua como los mayas de esa época se llamaban a sí mismos, en lugar de decir que eran precolombinos. Simplemente eran mayas, me parece.

–¡No!– respondió Rufino –Tenemos que decir que eran precolombinos, pues la llegada de Colón marco el camino del progreso y la historia de todas las culturas de este continente. Si no hubiera sido por Colón, los pueblos de estas tierras no hubieran conocido la ciencia y la técnica, la navegación y el uso de los metales. Hubieran seguido siendo primitivos. La llegada de Colón fijó la entrada de estos pueblos a la historia. Claro que debemos llamarlas culturas precolombinas. Vivían antes de Colón.

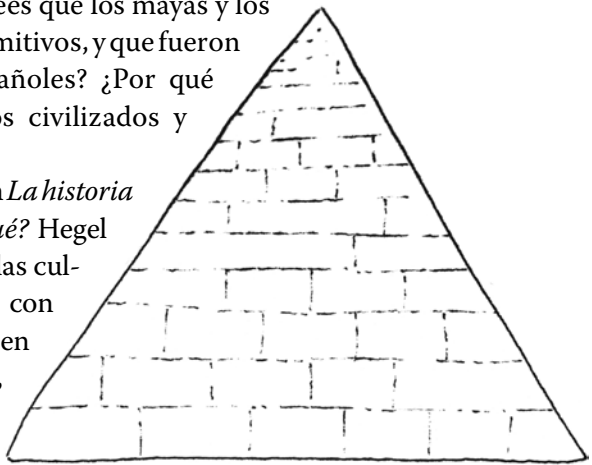
–¡Por supuesto que no!– dijo Toño– Debemos averiguar cómo era la vida de esos pueblos, sin pensar que eran primitivos. Ellos eran como eran, sabían relacionarse con la naturaleza, tenían sus leyes, su escritura. No porque no conocieran el uso de los metales eran primitivos. Eran grandes matemáticos y tenían conocimientos sobre plantas y medicina que nosotros no tenemos. No era una cultura precolombina, pues

Colón, le repito, ni siquiera había nacido. Tenemos que descubrir que pensaban ellos del mundo, como se llamaban a sí mismos, conocer su lengua y cómo vivían.

—De ninguna manera, muchacho. La manera correcta y única de estudiar las culturas, es con el hilo del progreso y la civilización. Y en este caso lo marca la llegada de los españoles a América— le respondió Rufino a Toño, a la vez que triunfalmente sacaba de la tierra una imponente pieza de una deidad sosteniendo una mazorca de maíz en cada mano.

¿Con quién estás tú de acuerdo? ¿Con Rufino que piensa que para estudiar las culturas de nuestro continente hay que ver qué lugar ocupan en la cadena del progreso, que se marca con la llegada de los españoles? ¿O con Toño, que piensa más bien que cada cultura tiene su forma, pero que unas no son la antesala de la otras y no dan lugar a una cadena ni a un progreso? ¿Te parece que los egipcios por ejemplo, eran menos civilizados que los griegos, sólo por ser más antiguos? ¿Crees que los mayas eran menos civilizados que los españoles? ¿Pero si los mayas conocían el poder curativo de las plantas y la arquitectura y las matemáticas de la pirámides que los españoles no conocían, podemos decir que eran pueblos primitivos? ¿Crees que los mayas y los aztecas eran pueblos primitivos, y que fueron civilizados por los españoles? ¿Por qué distinguir entre pueblos civilizados y pueblos primitivos?

¿Te acuerdas de que en *La historia de las preguntas ¿por qué?* Hegel hablaba del progreso de las culturas? ¿Estás de acuerdo con Hegel? ¿Recuerdas que en *Juguemos a preguntar*, Foucault discute en un bar donde tocan jazz



con un alumno de Hegel respecto del progreso de las culturas?

–Mira este ídolo– le dijo Rufino a su ayudante– Estos pueblos adoraban monstruos de la imaginación.

–¿Monstruos de la imaginación? Que falta de sensibilidad –respondió Toño– ¡Está pieza es una deidad de la fertilidad! Observe las mazorcas de maíz que tiene entre las manos. Las deidades de los antiguos pueblos de estas tierras, tienen tanto sentido y son tan venerables como el Dios europeo.

–De ningún modo. El Dios europeo es el Dios verdadero.

–Cada pueblo tiene sus dioses verdaderos– le respondió Toño a Rufino.

–Te equivocas. Esos dioses paganos han muerto, ya nadie cree en ellos. La historia demuestra que todas las culturas, como riachuelos, desembocan en el gran río de la cultura europea– respondió Rufino condescendentemente –África, América, Asia, todas las culturas se dirigen a Europa donde nace la verdadera civilización. En Europa se inventa la ciencia, la tecnología que llevó al hombre a la luna y nos permitió dominar a la naturaleza. Las culturas de América vivían en la prehistoria, casi en la Edad de Piedra. Eran casi cavernícolas.

Toño, que estaba bastante exaltado por la discusión, respondió de inmediato:

–¡Casi cavernícolas! ¡De ninguna manera! Cada pueblo tiene su rostro. No podemos decir que los antiguos pueblos de estas tierras eran primitivos, pues ni siquiera sabemos cómo vivían. ¿Cómo se llamaba América antes de que le pusieran ese nombre? Ahí ya vivía gente con una cultura que tenía nombre. ¿Qué significaba ese nombre? ¿Sabe usted cómo se llamaba antes? Ellos tenían una religión, tan verdadera como la europea. No podemos decir que vivían en la prehistoria, pues tenían su manera de comprender el tiempo ya que tenían calendarios.

–Te repito muchacho– eran pueblos primitivos– y los descubrimientos que hemos hecho hoy mismo vienen a corroborarlo. Mira este relieve tallado en ese muro, muestra que trabajaban la piedra con otras piedras. No conocían los metales.

–Pero mire este otro– dijo Toño apuntando al otro extremo de la pared –Conocían las plantas del lugar y las usaban para curar.

Rufino y Toño no lograban ponerse de acuerdo. Mientras Rufino decía que los mayas precolombinos eran pueblos primitivos, Toño decía que a esos pueblos no podía llamárseles precolombinos pues Colón no había nacido y que además no eran primitivos, pues conocían bien su medio ambiente, sabían curar y tenían dioses tan verdaderos como los dioses europeos.

¿Tú de qué lado estás? ¿Del lado de Rufino o del lado de Toño? ¿Piensas que los pueblos europeos son pueblos civilizados, pues llevan adelante el progreso de la humanidad a través de la historia y que el resto de los pueblos dejan de ser primitivos en la medida que conocen la cultura europea? ¿O piensas más bien que cada pueblo es civilizado a su manera y que como cualquier otro tiene aspectos como la medicina, la agricultura o el arte que vale la pena rescatar y otros deplorables y malos como la guerra y la esclavitud, que más bien hay que superar?

¿Crees que la cultura europea es la única verdaderamente civilizada? ¿Los mayas o los incas son primitivos porque no inventaron coches y aviones? ¿Los europeos son civilizados aunque no han dejado de hacer la guerra y de empobrecer y esclavizar a muchos pueblos alrededor del mundo? ¿Qué hace que un pueblo sea civilizado?

Rufino y Toño, aunque no dejaron de debatir, se volvieron buenos amigos y estuvieron todo el día desenterrando jarrones, vasijas y dioses antiguos, que estaban al pie de un muro de

una pirámide que estaba casi por completo oculta por la selva. Se hizo de noche, el cielo se llenó de estrellas, miles de luciérnagas empezaron a volar en el cielo. Rufino y Toño regresaron al pueblo para descansar y seguir con su labor al día siguiente.

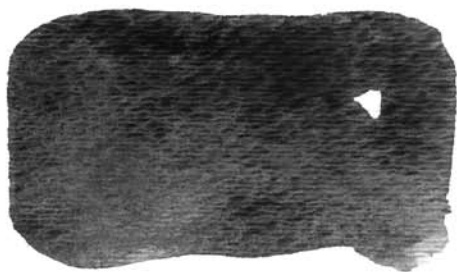
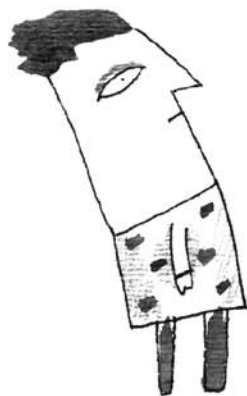
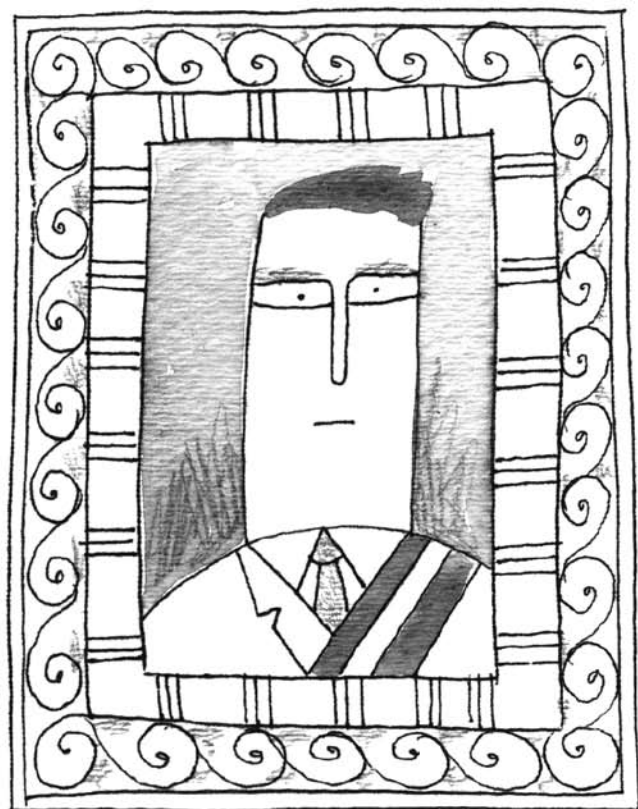


4. El estudiante de historia

Un estudiante de historia que se llamaba Ernesto llegó a una pequeña ciudad en la que el Palacio de Gobierno tenía colgados en las paredes cuadros con pinturas de los héroes de la patria. El Palacio de Gobierno era muy bonito, pues tenía techos altos, de donde colgaban hermosas lámparas de cristal. A Ernesto le gustaba mucho la historia, pues creía que si los pueblos entienden su pasado, pueden mejorar su presente y su futuro. Ernesto se decía a sí mismo:

“La historia de los pueblos es como la historia de los hombres. Cuando un hombre entiende cómo fue educado, cómo eran sus hermanos y sus papás cuando era chico, puede entender muchas cosas de su vida y puede planear su futuro. Lo mismo le pasa a los pueblos. Cuando un pueblo conoce su pasado, puede conocerse a sí mismo y trabajar para tener un futuro mejor”.

¿Estás de acuerdo con Ernesto? ¿Piensas que los pueblos, como los hombres, pueden tener un futuro mejor si conocen su pasado? Por ejemplo ¿crees que si tú sabes por qué tu papá escogió su trabajo, puedes escoger si quieres seguir haciendo el mismo trabajo que él cuando seas grande o puedes cambiarlo por otro? Quizá tu papá fue doctor, y tú, sin darte cuenta, también quieras ser doctor porque él a eso se dedicaba. A lo



mejor si tú averiguas por qué tu papá fue doctor y si realmente le gustaba, cambias de opinión y quieres dedicarte a otra cosa.

Ernesto estaba viendo los cuadros que estaban colgados en el Palacio de Gobierno y se decía a sí mismo:

“Estos héroes de la patria lucharon para tener el país que ahora gozamos. Tenemos que entender por qué lucharon y así conservar lo bueno que nos dejaron”.

Pero en ese momento, cuando veía uno de los retratos que estaba en el fondo del pasillo, unos trabajadores del Palacio de Gobierno empezaron a descolgar algunos cuadros y en su lugar a colocar otros.

“¿Qué sucede?” Se preguntó Ernesto a sí mismo. “¿Cómo vamos a recordar nuestro pasado, si éstos hombres quitan unos cuadros y en su lugar colocan otros? Es como si a un niños le quitan las fotos de sus papás y le ponen las de otras personas”.

Entonces Ernesto le preguntó a uno de los trabajadores:

–Señor, ¿por qué descuelgan los cuadros?

–Son órdenes. Órdenes del presidente municipal.

Al escuchar la respuesta del trabajador, Ernesto decidió ir al despacho del presidente municipal, para preguntarle por qué cambiaban los cuadros del Palacio de Gobierno. Una vez que hubo saludado el presidente le dijo:

–Señor presidente ¿por qué cambió usted los cuadros que estaban en el pasillo, si son parte de nuestra historia?

–Precisamente por eso– le dijo el presidente –Esos cuadros representan una mala reconstrucción de nuestra historia. Nuestro gobierno, que tiene una nueva propuesta para el país, debe recuperar las ideas de algunos hombres que han sido injustamente olvidados.

–Pero usted ha descolgado cuadros de hombres que lucharon por la patria– le dijo Ernesto al presidente municipal.

–Pero estoy colgando otros, de personas ilustres, que el presidente anterior tenía arrumbados en una bodega. Vienen tiempos nuevos. Hay que rehacer la historia.

–Pero la historia ya está hecha– le dijo Ernesto.

–No, respondió el presidente– la historia la hacemos quienes gobernamos al país, según los intereses y las necesidades del momento.

Ernesto estaba sorprendido. Los argumentos del presidente municipal le parecían en cierto modo convincentes, aunque en realidad no estaba de acuerdo.

¿Tú estás de acuerdo con el presidente municipal? ¿Crees que la historia es algo que esté ya hecho o más bien piensas que es algo que haya que reconstruir, como un juego de armar? ¿Crees que cada presidente tiene derecho a reconstruir la historia según sus intereses? Pero si cada gobierno o cada presidente hace la historia según sus intereses, ¿cómo ponerse de acuerdo?

Ernesto le dijo al presidente:

–Debemos respetar lo hechos del pasado para hacer historia– le respondió éste.

–Pero los hechos del pasado sólo tienen sentido cuando un presidente los utiliza para sacar adelante su gobierno. Por ejemplo, yo cuelgo el cuadro de este ilustre constructor de puentes y caminos, llega el día de su aniversario, yo hago una fiesta y junto a su fotografía, inauguro un puente. ¡Esto es un buen gobierno!

–¿Pero por qué descuelga la foto del presidente que reparó tierras a los campesinos para que éstos tuvieran trabajo?

–Eso no le interesa tanto a mi gobierno. Lo que le interesa a este gobierno es el progreso. Los caminos, los puentes y las fábricas. La tierra ya está repartida, ahora es tiempo de hacerla producir.

–Pero todavía hay campesinos sin tierra y son muchos– le respondió Ernesto al presidente –¿Dónde queda la historia del pueblo, la historia de los pobres?

El presidente miró sorprendido a Ernesto. Esta última pregunta lo incomodó un poco.

¿Estás de acuerdo con Ernesto? ¿Crees que el presidente no debe descolgar los cuadros de los héroes que lucharon por la tierra, pues queda mucha tierra por repartir? ¿O piensas como el presidente que la tierra ya está repartida y que conviene recordar la historia de otra cosa, como la de los empresarios y los constructores de puentes y caminos?

Entonces el presidente le dijo a Ernesto con voz altisonante y satisfecha:

–Los gobiernos conducen al pueblo, y la historia del gobierno es la historia del pueblo.

–Muchas veces el pueblo ha luchado contra los gobiernos– dijo Ernesto.

–Pero los gobiernos acaban siempre haciendo la historia– respondió el presidente– El pueblo es como un niño al que hay que llevar de la mano.

En ese momento, antes de que Ernesto pudiera seguir haciéndole preguntas al presidente, su secretaria le dijo:

–Señor, tiene una llamada del diputado Martínez. Es importante que la atienda.

–Con su permiso– le dijo el presidente a Ernesto.

Ernesto se despidió de él y ya no pudieron seguir conversando.

¿Estás de acuerdo con el presidente?
 ¿Crees que los gobiernos llevan de la mano a los pueblos, como si fueran niños?
 ¿Crees que la historia que hacen los gobiernos es la historia del pueblo? ¿O piensas que cada gobierno inventa la historia según sus intereses, sin tomar en cuenta los intereses del pueblo?
 ¿Qué le pasa a un pueblo que no hace su historia y deja que los gobiernos la hagan por él?



¿Quién hace la historia? ¿Los gobiernos o el pueblo? ¿Cómo harías tú la historia de tu pueblo o tu ciudad? ¿Tomando en cuenta los intereses del pueblo o los del gobierno? ¿Por qué?

Ernesto salió del Palacio de Gobierno pues ya era tarde y había quedado con unos amigos en el café de la plaza. Antes de salir, echó una última mirada al pasillo y vio que nuevos cuadros habían sustituido a los antiguos, que seguramente habían sido guardados en la bodega del palacio municipal, quizá hasta que hubiera un nuevo gobierno o el pueblo hiciera su historia y fueran colgados de nuevo.



5. El racismo en México

Un día un niño que se llamaba Pancho jugaba fútbol con otros niños de su cuadra. Sin querer, pateó mal la pelota y esta fue directo a la ventana de la casa de una vecina. Por suerte la ventana estaba abierta y no se rompió el vidrio. Pero la pelota entró e hizo algunos destrozos. Entonces el esposo de la vecina, Jonás, gritó:

–¿Quién diablos aventó esta pelota?

Instantes después, Jonás salió con la pelota bajo el brazo. Estaba muy enojado, pues ésta había caído justo en su plato de fideos.

–¿Quién aventó la pelota en mi casa?– preguntó a los niños.

Entonces Pancho, en lugar de pedir perdón, se empezó a reír.

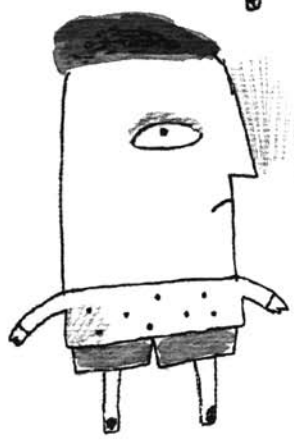
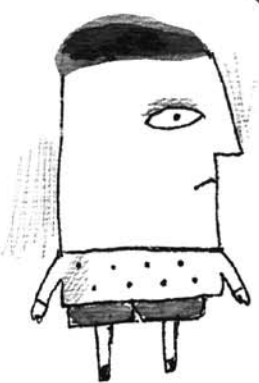
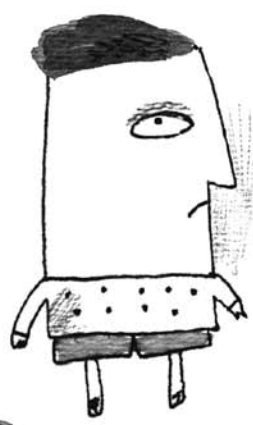
–¡Está enojado!– festejó en tono burlón y sus amigos se empezaron a reír también.

–No se enoje gordito– le dijo otro de los niños a Jonás.

–¿Por qué me hacen esto?– le dijo Jonás a los niños. ¿Sus papás no les enseñaron a respetar a la gente?

Los niños siguieron riéndose. Entonces Pancho le dijo a Jonás:

–No te enojés, pinche indio.



Los amigos de Pancho estallaron en horribles carcajadas. Entonces Jonás le dijo a Pancho:

–¿Por qué me dices indio?

–Pues mírate –le respondió el niño– tienes cara de indio.

–Jonás estaba enojadísimo y a la vez sorprendido del cinismo de los niños. Le dijo a Pancho:

–¿Tú crees que porque tienes los ojos azules y el pelo rubio tienes derecho de faltarme el respeto?

–No se enoje– respondió Pancho con su tono burlón– Mi papá dice que la gente blanca como él y como mi mamá somos de mejor raza. Somos mejores. Los indios como usted no son nadie.

En ese momento uno de los amigos de Pancho, que era moreno como Jonás intervino:

–El Papá de pancho tiene razón. Los indios como usted son unos nacos.

–Pero si tú eres como yo– le respondió Jonás al niño que había intervenido en la conversación y se llamaba Carlos. –Tú también eres moreno. ¿Qué tiene de malo ser moreno?

–Si, soy moreno, pero no soy un indio como usted– le respondió el pequeño.

–¿Sus papás no les enseñaron que todos los hombres somos iguales?– le dijo Jonás a los niños.

–No, mi papá dice que los indios son pobres y nacos– respondió nuevamente Pancho.

–¿Y tú? ¿No me digas que te crees americano o europeo?– le dijo Jonás a Carlos –tú eres tan mexicano como yo.

Carlos no sabía que responder. Entonces le dijo a Jonás con mucha rabia:

–Mis papás son ricos. Los indios son pobres. No entiendes nada.

Jonás estaba muy contrariado. No se imaginaba que los niños que vivían cerca de su casa, fueran a defender lo que a él le parecían groserías.

¿Tú crees que Jonás, como dice Carlos, no entiende nada? ¿Piensas como Pancho y sus papás que hay razas mejores que otras? Por ejemplo, ¿crees que los europeos y los americanos son de mejor raza que los mexicanos?

¿Qué piensan tus papás? ¿Le has preguntado alguna vez a tus papás si hay razas mejores que otras? ¿Tus papás creen que los americanos y los europeos de ojos claros y piel blanca, son mejores que los mexicanos de piel morena? ¿Por qué a la gente le molesta que le digan indio?

Pancho le preguntó a Jonás:

–¿No ve usted la tele? En los anuncios y en las telenovelas casi todos son güeros y guapos, excepto cuando son pobres o sirvientas. ¿Los artistas y los famosos son morenos? No ¿verdad?

–¿Pero tú tienes que ser como los artistas de la tele, aunque seas moreno?– le preguntó a su vez Jonás a Carlos y después añadió casi gritándole –¿Por qué quieres ser blanco de ojos claros, si eres moreno? ¿Nunca te ves en el espejo?

Esta vez Carlos no respondió inmediatamente a la pregunta. Jonás volvió a decirle viéndole fijamente a los ojos:

–Ser rico no te quita lo moreno. ¿Por qué no te gusta ser moreno?

Carlos guardaba silencio. Se quedó con los hombros encogidos y una lágrima le escurrió en la mejilla.

¿Tú por qué crees que a Carlos no le gusta ser moreno? ¿Por qué crees que quiere ser blanco y rubio, aunque nunca lo puede lograr, pues es moreno? ¿Crees que hay mucha gente que quiere ser blanca, cuando en realidad es morena?

¿Por qué en la televisión la mayoría de los artistas y actores famosos son blancos y de ojos claros, cuando vivimos en un país en el que la mayoría de la gente es morena de ojos oscuros?

¿Crees que la gente puede ser feliz, cuando en el fondo quiere ser de una raza diferente de la que es?

Pancho, que había escuchado las preguntas de Jonás a Carlos, también guardaba silencio. Los niños se miraron unos instantes y sus caras se pusieron más tristes aún.

Entonces Pancho se acercó al propio Jonás y le dijo:

–Perdón señor Jonás. Perdón por faltarle el respeto.

Jonás estaba sorprendido. No esperaba que los niños cambiaran repentinamente su actitud.

Carlos le dijo:

–Perdóneme a mí también.

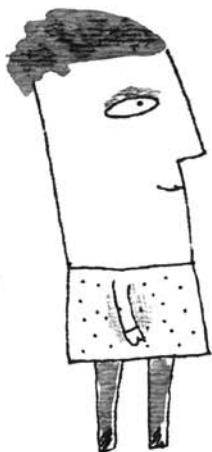
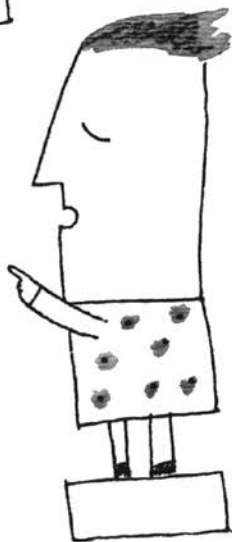
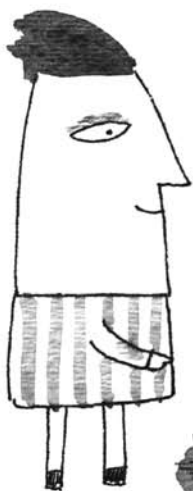
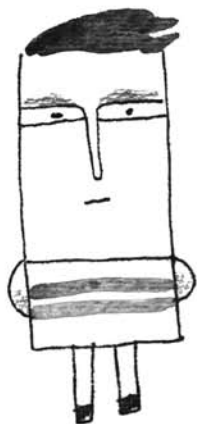
–Niños no dejen que les ensucien el corazón– le respondió Jonás a los pequeños.

Éstos escucharon sus palabras y asintieron con la mirada.

Jonás le devolvió la pelota a Pancho y a Carlos. Éstos tomaron la pelota y en lugar de jugar, regresaron a sus casas: iban a preguntarle a sus papás por qué creían que la gente de ojos azules y piel blanca es mejor que la gente de ojos negros y piel morena. Iban a preguntarle a su papás qué tenía de malo ser indios.

¿Qué crees que sus papás les contestaron? ¿Cómo crees que reaccionaron sus papás? ¿Por qué?





6. Bergson y la cultura europea

Un día Fermín, que era un profesor francés de Filosofía, fue invitado a un congreso que se llamaba “Ciencia y civilización” donde habría muchos profesores debatiendo y discutiendo sobre algunos filósofos muy importantes, como Descartes, Kant, Hegel, entre otros.

Fermín estaba hospedado en un hotel muy lujoso que tenía teléfono, fax, Internet, así como servicio de transporte con autos y autobuses último modelo. El congreso empezaba a las 10:00 de la mañana, así que Fermín solicitó en el hotel el servicio de transporte. Un auto de lujo estaba en la puerta listo para llevarlo al congreso que sería en un centro de convenciones que estaba a unas 5 cuadras de distancia. Fermín se subió al auto que tenía música estéreo y una pequeña televisión.

Había mucho tráfico, avanzaban a vuelta de rueda, pero iban con buen tiempo para llegar al congreso. Al llegar a un semáforo, un niño que vendía chicles extendió su mano, pidiendo limosna:

–Me da para mi taco.

Fermín, como era francés, no entendió lo que le dijo el niño, pero al verlo se conmovió. Inmediatamente sacó una moneda y se la dio al pequeño.

Una vez que llegó al centro de convenciones donde era el congreso, buscó entre el bullicio una edecán que le informara en qué mesa le tocaba leer su trabajo sobre Bergson. Le tocó la mesa número 2, a las 12:00 del día. Su mesa se llamaba como el congreso mismo “Ciencia y civilización.” Fermín, al ver el nombre de la mesa, se acordó de Bacon, que decía que el hombre al hacer ciencia, debía dominar a la naturaleza. También se acordó de Hegel, que decía que la historia de los pueblos era la construcción de una cadena muy grande que daba lugar al progreso de la humanidad.

¿Recuerdas que en *La historia de las preguntas ¿por qué?* Bacon hace experimentos? ¿Recuerdas que esos experimentos buscan descubrir las leyes de la naturaleza que nos permiten hacer ciencia y dominar a la naturaleza misma? ¿Te acuerdas que en *Juguemos a preguntar* Hegel decía que la historia de los pueblos tiene su punta mas alta, como la punta más alta de los pinos, en la cultura de Europa, que es según él la más civilizada?

Bueno, en la mesa “Ciencia y civilización” había varios estudiosos de las doctrinas de Bacon y Hegel, que seguramente iban a leer trabajos sobre estos filósofos.

La mesa empezó con la lectura de la ponencia de un señor llamado José Miguel. José Miguel tenía el pelo corto, unas largas patillas y anteojos negros. Su trabajo concluyó de la siguiente manera:

“La cultura europea es la cultura más civilizada, pues tiene la historia más rica y además ha inventado la ciencia. El tren, el avión, el coche, la televisión y las computadoras se las debemos a la cultura europea. Bacon, Descartes, Kant y Hegel, son el alma de una civilización perfecta”.

Fermín escuchaba atentamente la ponencia de José Miguel. No dejó escapar ni una de sus reflexiones. Cuando José Miguel terminó y preguntó si alguien tenía un comentario, Fermín alzó la mano para intervenir:

–Me parece que la cultura europea es muy rica. Tiene una gran historia y además ha dado lugar a la ciencia. A la vez que tiene un pasado maravilloso como la Grecia antigua, inventó la ciencia moderna, gracias a la cual el hombre progresó mucho y ahora tenemos, por ejemplo, transportes que nos pueden llevar a cualquier lugar, como la luna.

Todos los asistentes al congreso “Civilización y ciencia” escuchaban muy interesados los comentarios de Fermín, y por sus rostros, era evidente su aprobación a los mismos.

¿Estás de acuerdo en que la cultura europea es la cultura más avanzada, pues tiene un pasado riquísimo como la antigua Grecia, además de que pudo crear la ciencia que le ha permitido al hombre dominar a la naturaleza? ¿Crees que la cultura europea es una cultura perfecta?

Fermín continuó diciendo:

–En efecto, Sócrates, Platón y Aristóteles en Grecia, santo Tomás en la Edad Media y los padres de la ciencia como Galileo y Newton, Junto con Descartes, Kant y Hegel en la modernidad, le han dado a la cultura europea una fuerza que la hace una verdadera civilización, una civilización casi completa y perfecta.

Los asistentes estaban tan entusiasmados con la intervención de Fermín, que estaban a punto de aplaudirle. Sin embargo, una de las ponentes, que se llamaba Ana, preguntó:

–Señor Fermín, ¿por qué siendo usted francés, conocedor a fondo de la cultura europea, nos dice que ésta es una civilización “casi” completa y perfecta? ¿A qué se refiere usted con ese “casi”?

El público guardó silencio. Los asistentes estaban perplejos ante la pregunta de Ana. ¿Acaso Fermín, que era francés, dudaba de



la perfección de la cultura europea que tenía una historia larguísima y había inventado la ciencia?

Entonces Fermín le dijo a los asistentes:

Pues sí, de hecho, la civilización europea no es perfecta.

El silencio fue total. Todos los asistentes al congreso pensaban para sí:

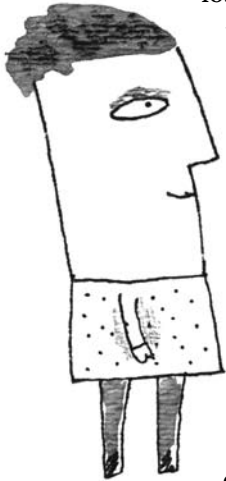
¿Cómo es posible que Fermín ponga en duda la perfección de la civilización europea? ¿Acaso ésta no goza de una gran historia coronada por una ciencia que le permite al hombre ser el centro del universo y dominar a la naturaleza? El señor Fermín, siendo francés, debería saber esto mejor que nosotros que somos mexicanos.

Entonces el presidente del congreso, que se llamaba Federico, y que era muy respetado por todas las universidades que habían enviado sus ponentes, le dijo a Fermín:

–Estimado señor Fermín, por favor explíquese. Su teoría de que la cultura europea no es perfecta va en contra del espíritu de este congreso. Necesitamos escuchar sus argumentos.

Entonces Fermín le dijo a los asistentes.

–Bueno, en realidad yo apoyo al filósofo Bergson. Este filósofo es muy conocido porque habla del tiempo.



Todos los asistentes conocían la filosofía de Bergson y sus teorías sobre el tiempo.

¿Recuerdas que en *Juguemos a preguntar?* Bergson debate con un estudioso de la filosofía de Kant? ¿Te acuerdas que Bergson decía que el tiempo de los relojes no es el mismo que el tiempo del corazón? ¿Recuerdas que Bergson decía que no son lo mismo 30 minutos jugando y divirtiéndose, que 30 minutos esperando a la novia

que llega en tren o 30 minutos castigado en el salón de clases, sin salir a recreo? Según Bergson para el corazón el tiempo no siempre transcurre de la misma manera.

Fermín le dijo a los asistentes:

–Bergson dice que Europa y el mundo entero es como un árbol que todavía no da fruto. Europa es como un árbol al que todavía le falta tiempo para dar lo mejor de sí. La civilización europea todavía no es una civilización completa y perfecta. Europa es una flor que todavía necesita tiempo para abrirse y regalarnos su aroma.

–Pero la civilización europea ya dio su fruto, pues representa el progreso de la humanidad. La cultura europea ha inventado la ciencia, por la cual el hombre lo puede dominar todo. Es cierto, hay cosas que la ciencia no ha descubierto, pero pronto las descubrirá– dijo Federico, que defendía la filosofía de Kant y Hegel.

–No, hay algo más que Europa tiene que desarrollar y que es una tarea pendiente– dijo Fermín tranquilamente.

Los asistentes al congreso se veían los unos a los otros. ¿Qué más podría desarrollar Europa si ya había televisión, Internet, aviones, coches, además de 2500 años de historia y arte?

Federico le dijo a Fermín:

–Por favor señor Fermín, díganos según Bergson qué es lo que le falta a la cultura europea para ser completa y perfecta.

–Bueno– dijo Fermín –A Bergson le gustaba mucho leer a san Agustín. Y san Agustín dice que los hombres no seremos perfectos, hasta que no construyamos el reino del amor de Dios entre los hombres.

Entonces José Miguel intervino:

–Pero Europa ha inventado la imprenta, el teléfono, el radio. Ha llevado el progreso a todos los rincones de la Tierra. Ahora, hasta los esquimales y los chinos usan teléfono, televisión, internet y todos los inventos de Europa. Europa ha llevado el progreso a toda la humanidad.

–Pero el progreso nos dice Bergson, no ha servido para construir el reino del amor de Dios entre los hombres, sino para propagar, como una plaga, la guerra y la injusticia. Ahora las guerras, con los aviones, las ametralladoras y los tanques, son más terribles que antes. Tenemos una increíble fuerza destructora. Ahora hay pueblos que se mueren de hambre. Europa y Occidente han utilizado el progreso y la ciencia no para construir el reino del amor de Dios entre los hombres del que hablaba san Agustín, sino para llevar la guerra, el hambre y la destrucción a todos los rincones del planeta. La cultura europea no es perfecta, pues practica la guerra y la destrucción.

–Pero es que sin la ciencia, las tormentas y las sequías, la pobreza y las enfermedades ya hubieran destruido al hombre– dijo José Miguel.

–Tal vez, pero la bomba atómica, los tanques y los aviones de guerra le han hecho más daño a la humanidad que todas las tormentas y todas las sequías. El hombre ha usado el progreso, la ciencia y la tecnología para la guerra y la destrucción y no para construir el reino del amor de Dios en la Tierra.

Los asistentes guardaban nuevamente silencio, pero no por curiosidad, sino por asombro. Nadie sabía cómo combatir a Fermín, que les daba los argumentos de Bergson. Aunque la mayoría de los asistentes conocía a Bergson, pocos sabían que este filósofo, al hablar del tiempo, decía que la cultura europea era como un fruto que le faltaba madurar, como una flor que necesitaba tiempo para abrirse y dar un delicado aroma: el aroma y el perfume de una cultura europea justa y pacífica que ya no hiciera la guerra y que más bien llevara el amor a todas partes.

Fermín le dijo a los asistentes:

–¿Han abierto un libro de historia? ¿Han leído los apartados de la primera y la segunda guerra mundial? ¿Leyeron lo que pasó en esas guerras? ¿Saben de los campos de concentración

y de la bomba atómica? ¿Se han puesto a pensar que en algunos países de África la gente se muere de hambre y siempre están en guerra? ¿Quién fabrica las armas? Ustedes que son latinoamericanos y han sufrido las conquistas de Europa, deberían saber mejor que yo que la cultura europea no es perfecta.

Ninguna de los asistentes tenía argumentos para debatir con Fermín.

¿Tú estás de acuerdo con él? ¿Crees que la civilización europea es perfecta y completa, puesto que ha inventado muchas cosas como los coches, las computadores y los aviones? ¿Pero si esos inventos se usan para la guerra y la destrucción, podemos decir que la civilización europea es completa y perfecta, o si quiera decir que es la civilización más avanzada?

¿Estás de acuerdo con Bergson que decía que a la cultura europea todavía le falta tiempo para construir el reino del amor de Dios entre los hombres del que hablaba san Agustín?

—La humanidad ha progresado gracias a la ciencia— dijo Fermín —y sin duda eso se lo debemos a la cultura europea, pero el progreso no tiene sentido si no tiene como guía a el amor y la justicia.

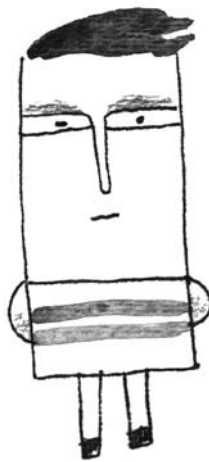
—¿Entonces sin justicia y sin amor la civilización esta incompleta?— preguntó Federico.

—Exactamente— le respondió Fermín —El Internet, las computadores, los aviones, no deben ser más instrumentos de la guerra. Deben ser instrumentos para que ya no haya niños con hambre.

¿Estás tú de acuerdo con Fermín? ¿Crees que la ciencia debe ser utilizada para promover el amor y la justicia? ¿Qué sucede cuando los hombres hacen ciencia y no se preocupan por su utilización? ¿Crees que la ciencia puede ser utilizada para cosas malas como la guerra, o para hacer injusticias con los pueblos?

Faltaban todavía 2 profesores que debían leer sus trabajos, pero el debate había sido tan intenso que el tiempo voló y la

hora del almuerzo había llegado. Los ponentes y los asistentes recogieron sus lápices y sus cuadernos y se fueron todos juntos a comer. En el comedor algunos profesores discutían si la cultura europea era completa y perfecta, o si todavía tenía que construir el reino del amor de Dios entre los hombres.



7. Chepina y el maíz

Una señora que se llamaba Chepina fue un día de paseo a un pueblo que tenía un mercado muy bonito. En ese mercado vendían fruta, platos de barro, hierbas para curar, ropa, juguetes y también había muchos puestos de comida.

Chepina tenía hambre, así que decidió comerse unas ricas quesadillas. Llegó a un puesto y le dijo a la señora:

–Marchanta, me da dos quesadillas de flor de calabaza.

–¿Con salsa verde o roja?– le preguntó la señora.

–Verde por favor.

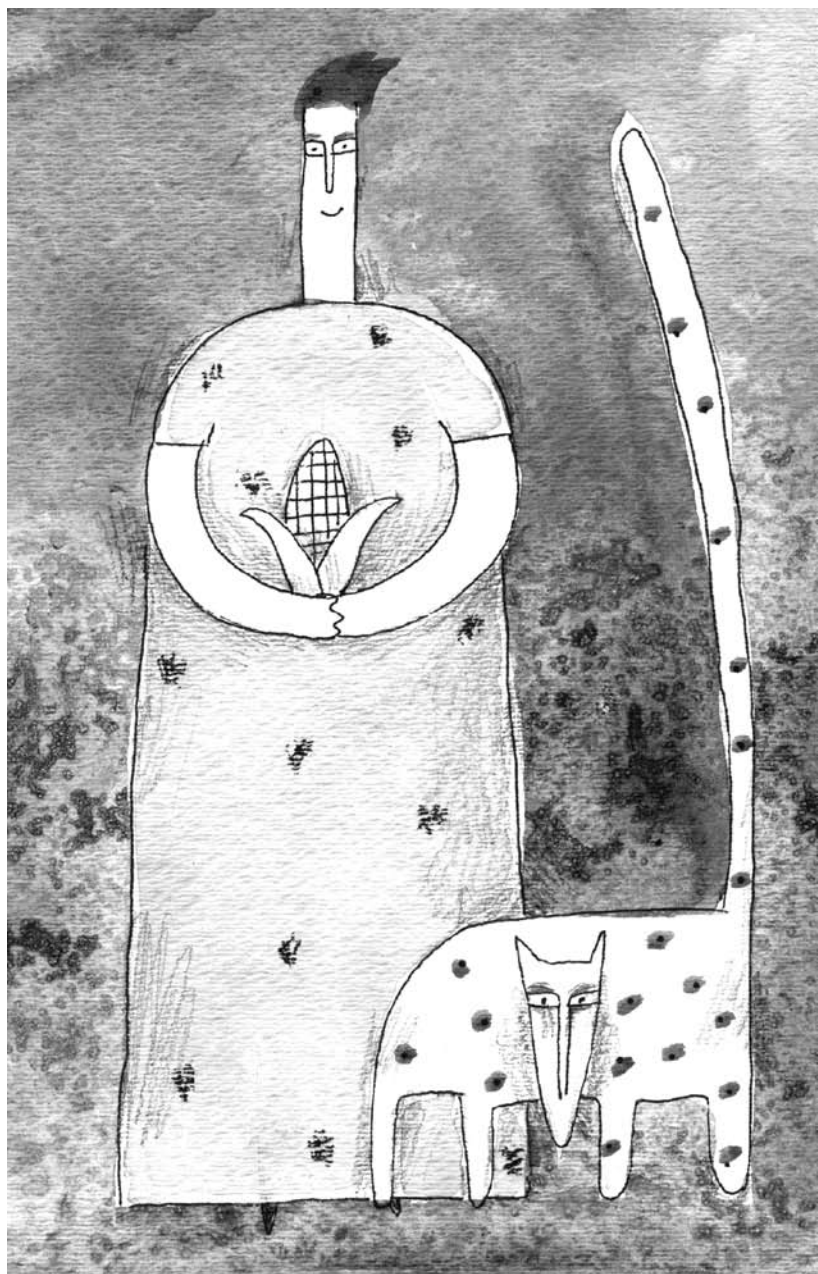
Cuando Chepina probó las quesadillas su sorpresa fue grande: las quesadillas estaban exquisitas. Hacía tiempo no comía algo tan rico. El maíz se deshacía en su boca. Eran un verdadero manjar.

Chepina se fijó en que la señora tenía bolas de masa de maíz y que hacía las tortillas a mano, y las cocinaba en un comal de barro.

–¡Que buenas tortillas! Son una delicia– le dijo a la señora.

–Son de maíz criollo– le respondió la señora orgullosa –Son de la milpa de mi papá. ¿Allá de donde usted viene las tortillas no están tan buenas?

–Chepina le respondió:



–No. En las ciudad las tortillas son de bolsa. Ya casi no hay tortillerías. La verdad no saben a nada y se deshacen cuando se las calienta.

La señora del puesto de quesadillas no lo podía creer. No podía creer que en otros lugares las tortillas fueran tan malas.

–¿Entonces nadie siembra maíz?– le preguntó azorada la señora a Chepina.

–No, en la ciudad todos compramos tortillas de bolsa de plástico.

–Aquí todos sembramos maíz– le respondió a su vez la señora.

En ese punto de la conversación, antes de que Chepina comentara algo, intervino un joven que se estaba comiendo una sopa de hongos. Éste le preguntó a la señora del puesto:

–¿Y desde cuando siembra maíz?

La señora se quedó pensando:

“¿Desde cuando siembro maíz?”

–Pues mi abuelo lo sembraba– respondió la señora.

–¿Y el abuelo de su abuelo?

–También.

–¿Y el bisabuelo de su abuelo?

–También.

–¿Y el bisabuelo de su bisabuelo?

–Pues también.

–¿Y el tatarabuelo de su tatarabuelo?

–Pues también– respondió la señora, a la vez que se reía junto con Chepina de lo divertido de la conversación.

El muchacho que se llamaba Arturo y estudiaba antropología, le preguntó a las dos mujeres con solemnidad:

¿Se han puesto a pensar desde cuándo en México se siembra maíz? ¿Quién llegó primero a México, el hombre o el maíz?

Las señoras no sabían qué responder. Nunca se habían hecho esa pregunta. “¿Quién llegó primero a México, el hombre o el maíz?” ¿Tú qué responderías? ¿El hombre? ¿El maíz?

Entonces Arturo les dijo:

–Llegaron juntos. Para los antiguos mexicanos el maíz era su Dios. Cuando los antiguos mexicanos cultivaban el maíz adoraban a Dios. Y cuando adoraban a su Dios es que los antiguos mexicanos, al sembrar, al cosechar, y al hacer deliciosas comidas, pues formaban una rica cultura. La palabra cultura viene de cultivo. Los mexicanos tenemos una cultura, pues cultivamos el maíz.

Chepina y la señora escuchaban absortas al joven antropólogo. Nunca se habían puesto a pensar que el maíz fuera tan importante y le permitiera a los hombres tener una cultura.

¿Tú te habías puesto a pensar lo importante que es el maíz en México? ¿Por qué crees que en los pueblos y aun en las ciudades a la gente le gusta tanto comer tortillas? ¿Tú te imaginas a México sin maíz y tortillas? ¿Por qué México tiene una cultura?

–Es como en otros pueblos– dijo Arturo –En China los hombres siembran desde siempre arroz. En el mediterráneo el hombre cultiva desde siempre pan y vino. Por eso en la misa, los curas dicen que el pan y el vino son Dios, el cuerpo y la sangre de Dios. La gente trabaja todo el año para hacer pan y vino. Por eso tienen una cultura.

Chepina y la señora de las quesadillas guardaban silencio. Estaban maravilladas con todo lo que les decía Arturo. De algún modo sabían que el pan y el vino tenían que ver con la religión y la cultura. Pero no se habían puesto a pensar, aunque también lo sabían de cierta forma, que el maíz fuera el principio de la cultura en México.

Arturo le preguntó a las señoras:

–Cuando los hombres no teníamos coches, ni carreteras, cuando no teníamos televisión, ni edificios, ¿qué era lo que más les importaba?

–Seguramente comer– respondió Chepina.

–¿Y cómo iban a comer, si la naturaleza era muy salvaje?– preguntó Arturo.

–Pues domesticando a la naturaleza– dijo Chepina.
 –Domesticando y cultivando al maíz– dijo la señora.
 –Entonces los hombres se domesticaron a sí mismos, se hicieron hombres, formaron una cultura, al domesticar y cultivar el maíz– dijo Arturo– El hombre dejó de ser salvaje y se volvió hombre, cultivando el maíz.

–Como un padre que educa a su hijo– dijo Chepina– El padre sólo se educa, cuando tiene un hijo a quien educar.

–¡Exacto!– exclamó entusiasmado Arturo porque las señoras comprendían sus argumentos.

¿Tú estás de acuerdo con Arturo? ¿Piensas que el hombre hizo una cultura, trabajó, adoró a sus dioses, se formó a sí mismo como hombre y dejó de ser una bestia, gracias a que cultivó el maíz?

¿Piensas como Chepina que el hombre se educó a sí mismo al cultivar el maíz, como un padre que se educa cuando educa a sus hijos?

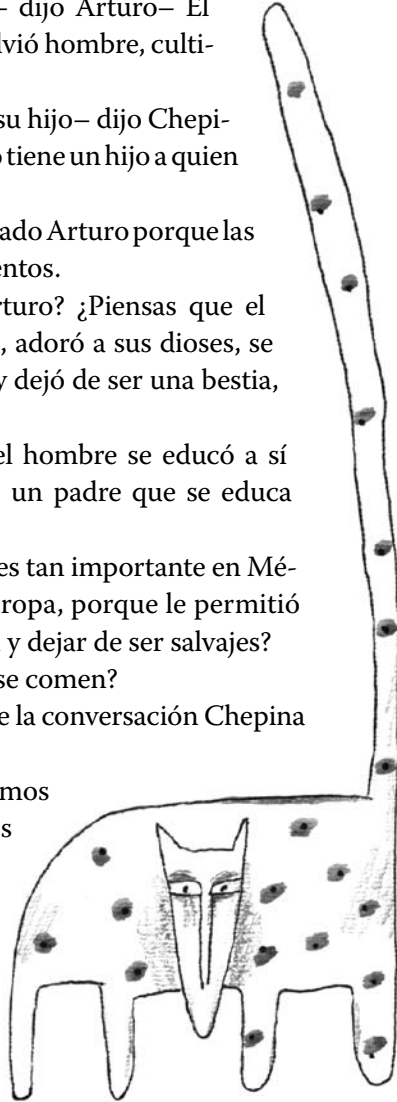
¿Crees que el cultivo del maíz es tan importante en México, como el pan y el vino en Europa, porque le permitió a los hombres formar una cultura y dejar de ser salvajes?

¿Los animales cultivan lo que se comen?

Cuando llegaron a ese punto de la conversación Chepina le dijo a Arturo y a la señora:

–En la ciudad ya no sembramos maíz. Y las tortillas que comemos de bolsa de plástico son malísimas.

–¿De dónde viene ese maíz?– preguntó la señora de las quesadillas muy enojada –¿Cómo alguien puede cultivar un maíz tan malo?



Chepina y Arturo miraban el rostro de indignación de la señora de las quesadillas.

¿De dónde crees tú que viene el maíz de las tortillas de bolsa de plástico? ¿Si es tan importante el maíz, si el maíz le permitió a los mexicanos domesticarse a sí mismos y formar una cultura, por qué lo hacen de tan mala calidad?

–De Estados Unidos– dijo seriamente Arturo –Los mexicanos ya casi no sembramos maíz. Ahora importamos la mayoría de nuestro maíz de los Estados Unidos.

La señora y Chepina estaban pasmadas. No podían creer que México, que se formó gracias al cultivo del maíz, ahora lo importara de los Estados Unidos.

–¿Y qué le va a pasar a México si ya no cultiva maíz y lo importa de Estados Unidos?– preguntó Chepina.

–Pues que ya no vamos a tener cultura– dijo la señora del puesto de quesadillas– Es como si a un padre le quitan a su hijo. ¿A quién va a educar? ¿Cómo se va a educar él mismo si ya no tiene a quién educar? Si México ya no cultiva maíz, deja de hablar con su propio corazón. Es como si en Europa dejaran de hacer vino y tomaran un vino muy malo, que les vendiera, muy caro, un país extranjero.

–¿Y qué le pasa a un pueblo que no tiene cultura?– preguntó nuevamente Chepina.

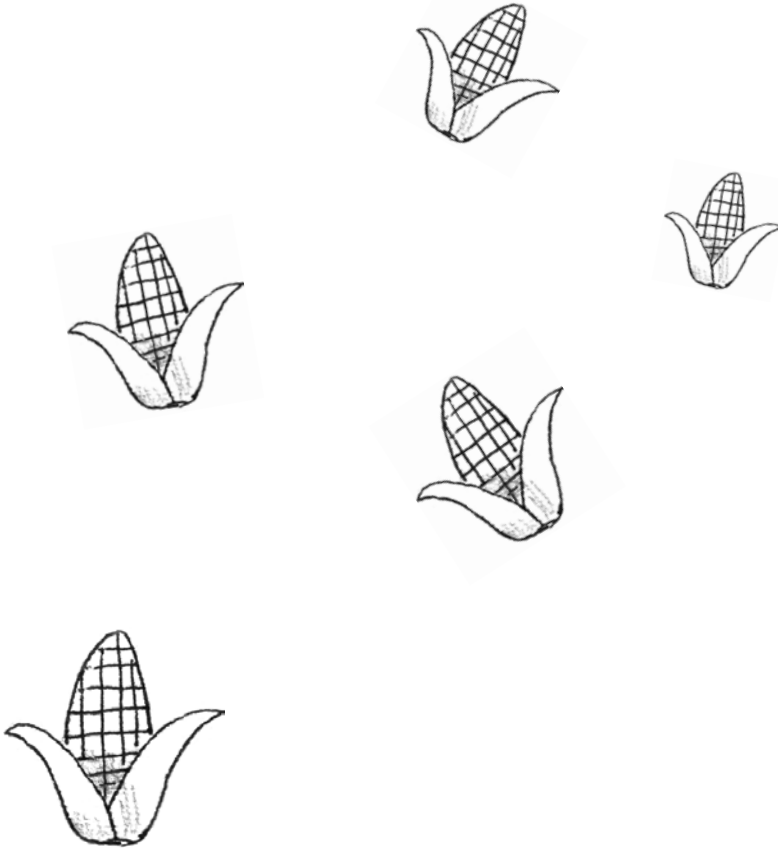
Arturo, la señora de las quesadillas y Chepina misma guardaron silencio ante la última pregunta. “¿Qué le pasa a un pueblo que se queda sin cultura?”

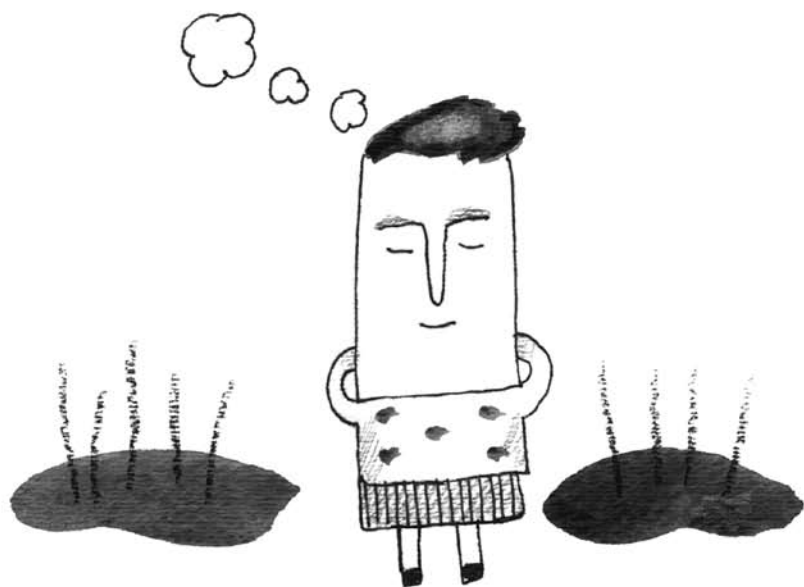
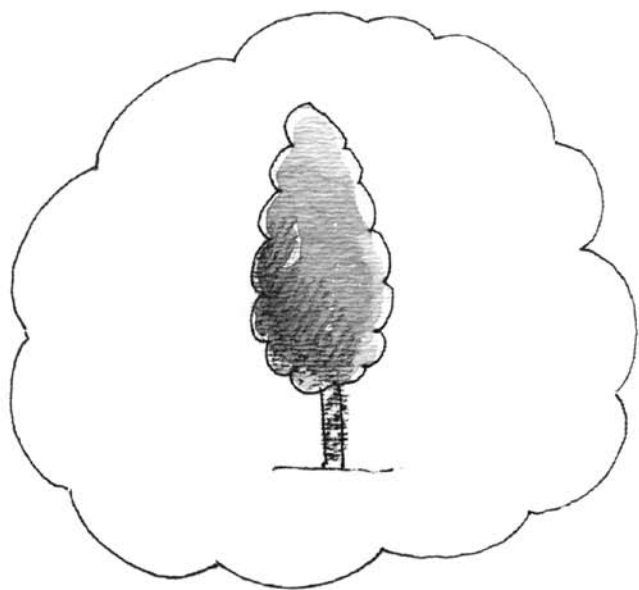
¿Cómo responderías a esta pregunta? ¿Estás de acuerdo con Arturo y con las señoras en que si México deja de cultivar maíz y por el contrario lo importa ya no va a tener cultura, pues ya no va a poder domesticarse a sí mismo, como un padre que se conoce a sí mismo cuando educa a su hijo?

¿Crees que da lo mismo comer el maíz que sabe delicioso de una señora que tiene una milpa, que unas tortillas feas, que vienen en una bolsa de plástico y que seguramente vienen de

Estados Unidos donde los mexicanos trabajan como ilegales y son maltratados?

¿Por qué hemos dejado de cultivar el maíz y lo importamos de los Estados Unidos?





8. Jung y la escuela: ¿En la escuela nos enseñan a acordarnos y a hablar de nuestros sueños?

Mateo era un niño que tenía un cuaderno en el que al despertar le gustaba apuntar sus sueños. Con el tiempo, se dio cuenta de que tenía un sueño que se repetía más o menos igual, pero que al cabo de una serie, formaba una pequeña historia.

Mateo iba a la escuela, y como todos sus compañeros, tomaba clases de geografía, de matemáticas, de español y de todas las materias que llevan los niños de su edad.

Un día, a media clase de geografía, Mateo le preguntó a su maestra:

–Maestra Carmen, ¿qué son los sueños?

La maestra Carmen, con cara que asombro, guardó silencio, pues no supo que responder... La pregunta de Mateo había sido sorpresiva.

Al día siguiente, en la clase de historia, Mateo repitió su pregunta:

–Maestro Alfredo, ¿qué son los sueños?

Alfredo, un tanto perplejo, le dijo:

–¿Pero por qué haces esa pregunta?

–Pues porque yo tengo un amigo en mis sueños– respondió Mateo.

–¿Qué quieres decir? Cuéntanos.

Entonces el maestro Alfredo y el resto del grupo, pusieron mucha atención.

–Bueno– dijo Mateo– lo que pasa es que ya hace un tiempo escribo a diario mis sueños y me di cuenta de que hay uno que se repite, pero que al cabo del tiempo forma una historia. El sueño va más o menos así:

“Subía una montaña. El clima era muy seco. Al llegar a la parte alta de la montaña había unas cuevas en las que entraba luz. Eran espacios grandes... En una de esas cuevas había un taller de herrería”.

Mateo le iba contando a sus compañeros su sueño y todos prestaban atención:

“Después entré en una de las cuevas, una cueva muy grande, como una galería, y vi que había un taller de herrería con unos señores trabajando. Había un joven fuerte, guapo y con barba cerrada que trabajaba golpeando un pedazo de hierro al rojo vivo con un martillo muy pesado. Me acerqué a él, pues se me hacía conocido. Entonces le dije:

–Yo te conozco. Me resultas conocido.

Entonces él, con ojos brillantes, me respondió:

–Sí, me conoces de otro sueño”.

–En ese momento desperté– concluyó Mateo.

Todo el grupo guardaba silencio. Todos habían escuchado atentamente el sueño de Mateo. Éste le preguntó a Alfredo y a sus compañeros:

–¿Qué quieren decir mis sueños?

–Nada, los sueños no quieren decir nada– respondió sorpresivamente la directora



de la escuela, que nadie había oído entrar al salón de clase y había escuchado la historia de Mateo –¿Por qué habrían de significar algo?

–Yo creo que los sueños tienen un significado– respondió Alfredo –sólo tenemos que saber interpretarlos.

–Por supuesto que no– contesto la directora– los sueños son puros disparates. Fantasías de la imaginación. Esta es una clase de historia, ¿por qué se desvían del temario hablando de los sueños?

–Yo sinceramente creo que los sueños son mensajes que nos da nuestra alma, avisos para poder caminar en la vida– le dijo Alfredo.

–¡Mensajes, avisos para poder caminar en la vida!– repitió irónicamente la directora –Al contrario, son incoherencias y cosas absurdas que mejor hay que olvidar.

–Directora– dijo el maestro Alfredo –En las noches cuando soñamos, nos llegan mensajes que si los desciframos, nos ayudan a conocernos a nosotros mismos y saber a dónde vamos.

–Lo único que hay que hacer con los sueños –le respondió la directora– es olvidarlos. No vale la pena recordarlos.

¿Tú con quién estás de acuerdo? ¿Con Alfredo o con la directora? ¿Crees que los sueños son mensajes que tienen que ser interpretados o piensas más bien que los sueños son puros disparates? ¿Te parece que los sueños son mensajes que hay que descifrar para vivir mejor la vida, o piensas que son simples imágenes absurdas que no vale la pena recordar, ni mucho menos dedicar tiempo para descifrarlos?

¿Tú sueñas mucho? ¿Te acuerdas de tus sueños? ¿Tienes algún sueño especial del que siempre te acuerdes?

–Señora directora– dijo Alfredo– hay un filósofo que dice que los sueños nos ayudan a conocernos a nosotros mismos, a entender cuando estamos en el buen camino que nos lleva a ser dueños de nuestra vida, a practicar la virtud, como decía Sócrates y también a reconocer cuando estamos en el mal

camino, cuando tenemos miedo o somos esclavos de nuestros vicios y nuestras pasiones.

Los sueños, dice este filósofo, son como la vocecilla de Pepe Grillo, la conciencia de la que hablaba Sócrates mismo, que tiene que ser escuchada y comprendida. De esta forma, podemos saber cómo actuar en la vida y cómo ser dueños de nosotros mismos.

–¿Cómo se llamaba ese filósofo– preguntó la directora.

–Jung. Carlos Gustavo Jung– le dijo Alfredo.

–Pues ese filósofo Jung dice puras tonterías– respondió la directora. –¿Cómo los sueños nos van a ayudar a guiar nuestra vida? Lo único que nos ayuda a guiar nuestra vida es la razón, la recta razón y el cumplimiento del deber. Los sueños son fantasías. Insisto. Lo mejor que podemos hacer es olvidar los sueños.

–Al contrario– respondió Alfredo– Hay que recordar los sueños. Como decía Sócrates, “conocer es recordar”, recordar los mensajes de los sueños. Cuando interpretamos y desciframos sus símbolos, sus enigmas, tenemos la clave para resolver las encrucijadas de la vida. Quien descifra sus sueños, se conoce a sí mismo, conoce su propio corazón.

–Los sueños son fantasías y ponen todo al revés– repitió puntualmente la directora. Son puras cosas raras y absurdas que no tienen sentido.

¿Tú qué piensas al respecto? ¿Crees como Jung que los sueños son como la voz de Pepe grillo, la voz de la conciencia que le ayudaba a Sócrates a distinguir el bien del mal? ¿O más bien estás del lado de la directora y opinas que los sueños son sólo disparates que no nos ayudan a vivir la vida?

¿Tú haces el esfuerzo por recordar tus sueños?

¿Te parece que los sueños son mensajes que te ayudan a conocerte a ti mismo y a reconocer tus miedos, tus vicios y tus pasiones como cuando sientes envidia por el juguete de otro niño, o sientes celos de tu hermano cuando abraza a tu mamá?

¿Crees que Jung tiene razón cuando dice que los hombres pueden practicar la virtud, cuando descifra sus sueños y actúa conforme su mensaje? ¿Crees que los sueños son importantes para entender la vida o que basta con la razón y el cumplimiento del deber, de los que hablaba la directora?

¿Qué son los sueños?

En ese instante, antes de que Alfredo o la directora de la escuela dijeran algo, Tomás, un niño que siempre estaba callado, se puso a llorar. Sus ojitos eran como una fuente de donde salían lágrimas pequeñas y brillantes.

–¿Qué te pasa, Tomás?– le preguntó el maestro y lo abrazó.

–Es que seguido sueño que mi papá me pega– dijo entre sollozos.

–¿Pero te pega tu papá?– le preguntó Alfredo.

–No, bueno, a veces, pero le pega a mi mamá.

Tomás seguía llorando. Todo el grupo guardó silencio. Nadie quiso decir nada, pues todos estaban conmovidos por sus lágrimas.

De pronto, sonó la campana para salir al recreo. Alfredo estaba junto a Tomás consolándolo. La directora guardaba silencio.

Cuando ya nadie quedaba en el salón, excepto Mateo, Tomás y Alfredo, éste último le dijo a Tomás:

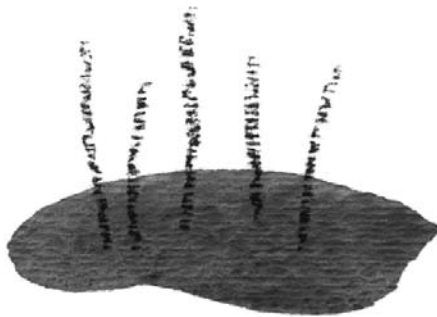
–Tomás, felicitaciones, tuviste el coraje para recordar tus sueños.

–A Tomás le cambió el rostro. El abrazo y las palabras de Alfredo fueron reconfortantes. Dejó de llorar y se puso contento. Salió junto con Mateo a jugar al patio y a disfrutar de su recreo.

¿Estás de acuerdo con Jung, en qué los sueños son importantes para conocernos a nosotros mismos? ¿Piensas como Alfredo que se necesita coraje y valentía para acordarse de los sueños y más aún, para atender a sus mensajes?

¿Por qué crees que la gente no pone atención a sus sueños?
¿En la escuela te enseñan a acordarte de tus sueños y a reflexionar sobre ellos? ¿Qué es más divertido e interesante, recordar y tratar de interpretar tus sueños o ver la televisión?

¿Cuál será el significado del sueño de Mateo, del sueño que encuentra al herrero trabajando el metal en la cueva de la montaña y le dice que ya lo conocía en otro sueño?

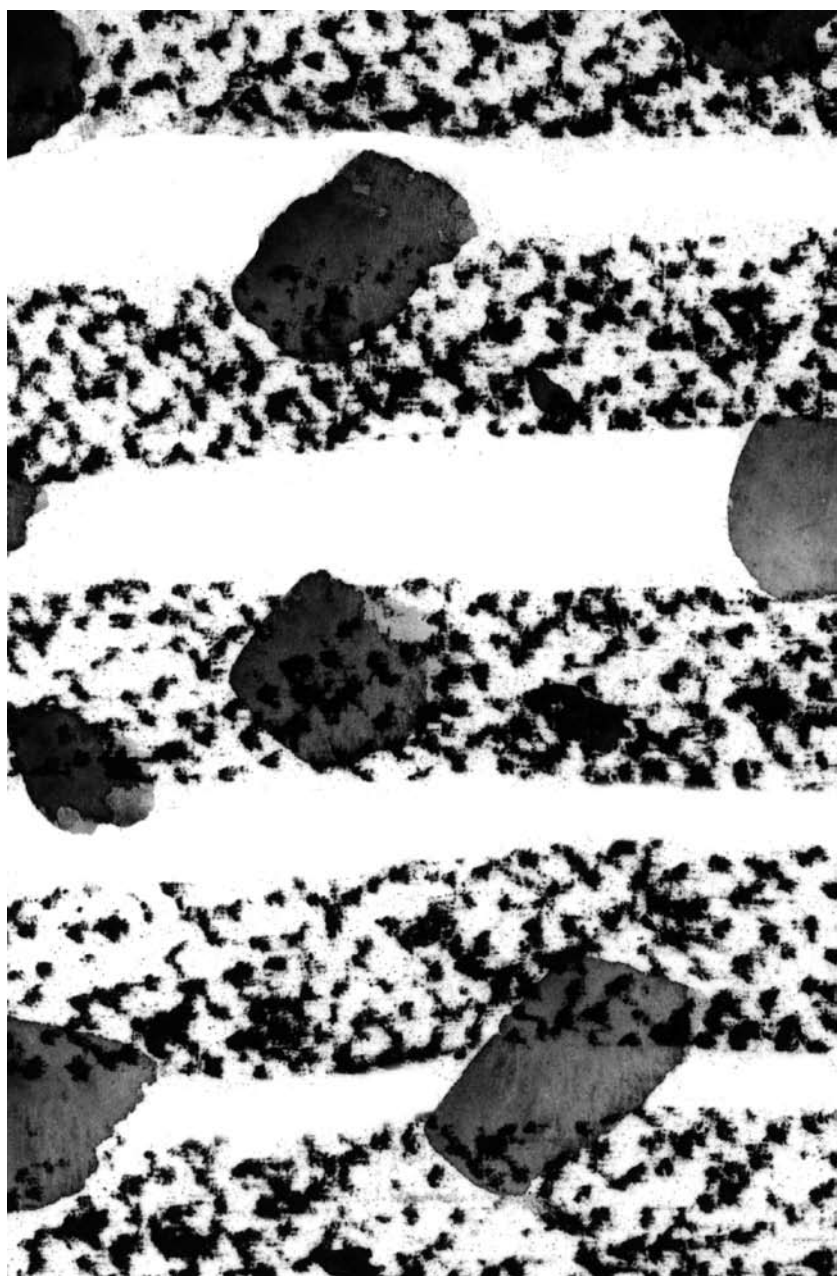


Conclusiones

Siempre ha habido filósofos, pues a la gente siempre le ha gustado preguntar. En este pequeño libro hemos abordado diversos problemas de nuestro mundo, gracias a las preguntas que se han hecho algunos filósofos de la tradición. Pitágoras y la belleza, Sócrates y la virtud, Platón y la caverna, san Agustín y la Ciudad de Dios, Pico de la Mirándola y la dignidad del hombre, Bacon y la ciencia, Nietzsche y la vida, Hegel y la historia, etc., han sido la ventana desde donde hemos podido preguntarle a nuestro mundo qué le pasa, qué le duele, para de este modo, tomar un poco de aire y empezar a respirar.

La belleza, el tráfico, la contaminación, el amor, la pobreza, la injusticia, la pereza, la ciencia o la historia son temas importantes de nuestro mundo, temas que cada día nos tocan más de cerca y que las preguntas de los filósofos nos han ayudado a encarar.

De este modo hemos tratado de que la filosofía se conserve viva. No hemos querido que los filósofos se conviertan en viejas piezas polvorientas en la bodega de un museo que nadie visita. Por el contrario, al traer a Pitágoras y a Platón a la ciudad de México, a san Agustín y a Nietzsche a los pueblos de nuestro país, hemos buscado que su filosofía se conserve fresca, pues con ella es que a ti te hemos invitado a preguntar. Tus



preguntas le dan vida a los filósofos y sus filosofías, ya que gracias a éstas la filosofía indaga qué le pasa a nuestro mundo y es que tú empiezas a pensar por ti mismo.

El camino ha sido difícil, pues el mundo que nos ha tocado vivir también lo es. Las respuestas a las preguntas y los problemas que hemos dibujado en este libro en ocasiones exigen un esfuerzo y duelen un poco, porque el mundo que vivimos nos duele por dentro.

Pero en el camino siempre hay una sonrisa, una mirada amable y sobretodo el regalo de tus preguntas y tus repuestas, preguntas y respuestas que, esperamos, te conviertan en un niño-filósofo, en un niño que saborea y vive la vida, pues tiene gusto por conocerse a sí mismo y se adentra en el siempre rico y sorprendente camino del filosofar.

Filosofando con los niños viene a cerrar la trilogía que se abre con *La historia de las preguntas ¿por qué?* y que continúa con *Juguemos a preguntar*. Esperamos que esta trilogía de libros de filosofía para niños te haya enseñado algunos senderos de la filosofía y sobretodo que, como un círculo mágico, te invite y te llame a encontrarte contigo mismo y con tu mundo, de modo que empieces a pensar por cuenta propia, que es uno de los frutos más valiosos resultado del estudio de la filosofía misma.

Índice

Introducción 7

I. La vida en la ciudad

1. Pitágoras y la belleza 11
2. Sócrates y la ciudad. ¿En nuestras ciudades podemos discutir y dialogar, como lo hacían los hombres en la antigua Grecia? 17
3. Platón y la televisión 23
4. La caverna de Platón, ¿se parece a las grandes ciudades donde hay mucho tráfico vehicular y contaminación? 29
5. Los políticos y los presidentes ¿Son como los sofistas con los que Sócrates debatía? 35
6. Pico de la Mirándola y la gente amontonada en los vagones del metro 41
7. Pablo y la comida chatarra 47

II. La vida en el campo

1. Sócrates y las preguntas ¿Nos preguntamos qué le pasa a nuestros pueblos, cuando los adultos se van al Norte? 53

2. Platón, el mito de la caverna y los borrachos:
¿Los borrachos en nuestras comunidades, viven
en el fondo de la caverna? 59
3. San Agustín y la ciudad de Dios: ¿Nuestros pueblos,
donde los adultos se emborrachan y se van al Norte,
dan lugar a la Ciudad de Dios? 65
4. San Agustín y el cristianismo ¿Es bueno que nuestras
comunidades sean tan pobres? 71
5. Nietzsche y la Iglesia: ¿La Iglesia en los pueblos
nos hace fuertes o nos vuelve débiles
y perezosos? 75
6. Marx y los dueños de la tierra 83
7. San Francisco y Bacon: ¿los animales
y la naturaleza son una máquina? ¿Nos conviene
abusar de la naturaleza? 89
8. La basura y los pueblos 95

III. Preguntemos por nuestro mundo

1. El niño que pregunta a su papá 103
2. La pintura y las pantallas 107
3. El arqueólogo Rufino 113
4. El estudiante de historia 119
5. El racismo en México 125
6. Bergson y la cultura europea 131
7. Chepina y el maíz 139
8. Jung y la escuela: ¿En la escuela nos enseñan
a acordarnos y a hablar de nuestros
sueños? 147

Conclusiones 153

Para la elaboración de este libro se utilizó el tipo Warnock Pro;
el papel fue bond crema de 90 gr.

La impresión y encuadernación de *Filosofando con los niños*
fueron realizadas por Jesús Aceves Hinojosa, José Ramón Ayala Tierrafría,
José Román López y Felipe de Jesús Solano Cuéllar
en diciembre de 2008, en el Taller del IEC.

Formación: Enrique Arzuffi Barrera
Cuidado de la edición: Luz Verónica Mata González

El tiraje fue de 1000 ejemplares.

ISBN 978-970-724-118-7



9 789707 241183

Filosofando con los niños cierra la trilogía de libros de filosofía para niños que se abre con *La historia de las preguntas ¿por qué?* y prosigue con *Juguemos a preguntar*. *Filosofando con los niños* busca no sólo que sigas a los filósofos cuando éstos preguntaban por lo que les pasaba o por lo que le pasaba a su mundo, sino que empieces tú a filosofar por cuenta propia, al preguntarte por lo que te pasa y lo que le pasa al mundo que te tocó vivir.

Así, los debates y las preguntas de los filósofos a lo largo de la historia, los argumentos que se lanzaban como flechas, serán las flechas y las preguntas que lanzarás sobre tu mundo, y se convertirán en las semillas que al dar fruto le regalarán una flor a tu mirar: *Filosofando con los niños* quiere que te conviertas en un filósofo de verdad, en un filósofo que no renuncia a hacer de la filosofía algo vivo, una melodía a la vez alegre y profunda, el canto de un pájaro, el misterio de una montaña de plata, un bello reencuentro contigo mismo, que es la propia esencia del filosofar.



EDICIONES LA RANA



Universidad de Guanajuato



Instituto de
Investigaciones en Educación



FONCA



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes